

VII

L A A T L A N T I D A

*Comunicación presentada al Congreso Histórico de Barcelona en noviembre de 1929. Se editó primero en Mercurio Peruano, Lima, mayo-julio de 1930, n° 141-143, pp. 277-285; posteriormente se reeditó formando parte de Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1937, T. I. pp. 91-102.*

TEMA favorito de divagaciones y quimeras ha sido siempre la *Atlántida* de Platón. A fines del siglo XVI, tuvimos por diez años en el Perú a un dominico toledano, Fray Gregorio García, que en su curiosa obra intitulada *Origen de los indios del nuevo mundo*<sup>1</sup>, expuso largamente las disparatadas teorías en boga entonces atribuyendo la población de América, además de los Tártaros y Chinos, a los Cartagineses de la misteriosa isla del pseudo Aristóteles (*Mirabiles Auscultationes*), a los Israelitas de las diez tributos perdidas del apócrifo Apocalipsis de Es-

---

1 La primera edición es de Valencia, 1607; la segunda, de Madrid, 1729. Imprimió además Fray Gregorio García en 1625 su *Predicación del Evangelio en América viviendo los Apóstoles*, y en 1629 su *Historia eclesiástica y secular de las Indias*, y dejó inédita su *Monarquía de los Incas del Perú*, a la que se refiere en el *Proemio* y varios capítulos del *Origen de los Indios*. Fray Gregorio fue durante nueve años prelado de su Orden en la Provincia de Palta, Audiencia de Quito, sur del actual Ecuador, y recorrió muchas regiones del Virreinato Peruano. Otro antiguo peruanista, el célebre capitán y navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, años antes que el P. García, había propugnado, en su *Historia General Indica* (2ª parte, cap. V) la población de América por los atlantes, los griegos de Ulises y los israelitas de las diez tributos del falso Esdras.

dras, y particularmente a los salvados de la famosa Atlántida. Alega infinidad de textos bílicos y clásicos, interpretados con el escaso criterio de la época; y los apoya en razonamientos a veces tan ingenuos que resultan ridículos.

En el siglo XVIII un distinguido arqueólogo italiano, el Conde Gian Rinaldo Carli, natural de Capo d'Istria, renovó la hipótesis de la Atlántida en sus *Cartas Americanas*<sup>2</sup>. Era el Conde Carli de mayor entendimiento y discreción que el Padre García, como debía suponerse de sus más avanzados tiempos, y según lo demuestran cumplidamente sus restantes disquisiciones sobre las doctrinas sociales de de Rouseau, las monedas y las antigüedades itálicas, que aun hallan algún lector. En estas agradables *Cartas Americanas*, rebatió con madurez y detención las ineptas diatribas que contra América y todos sus habitantes, antiguos, y modernos, había expelido el grosero y atrabiliario holandés Cornelio Paw en las hoy tan olvidadas *Recherches Philosophiques sur les Americains*<sup>3</sup>, cuyo ignorante e insolente dogmatismo provocó reñidas polémicas aquellos años, y obtuvo el inmerecido honor de ser refutado, además de Carli, por historiadores como Robertson, Raynal y Clavigero, y críticos como el célebre benedictino Feyjoó.

Para lo atañente al Perú, contó Carli por principal consultor con un ex-jesuita limeño, de los expulsos refugiados en Italia. Había éste residido larga temporada en el Cuzco, conocía bien el valle de Yucay y el interior del país, y la lengua quechua (Carta VI, fechada el 11 de Junio de 1777, y Carta XX). Descendía, por el lado materno, de la familia Orellana, o sea del antiguo Oidor D. Alonso y del

---

2 La primera edición fue de Florencia, 1780; la segunda, muy ampliada y corregida, de Cremona, 1781. Logró varias traducciones al francés, en Berlín y París, a fines de aquel siglo.

3 La primera edición de Paw es de Berlín, 1768. Hay otra de Londres, 1774.

Capitán D. Sebastián de Orellana y Meneses, sobrino quizá del Inquisidor y del Obispo de La Paz, de la casa de los Marqueses de Corpa y Condes de Torreblanca. Extraña que disponiendo de este docto amigo peruano, incurriera Carli en errores de entidad, como reputar al Inca historiador Garcilaso de la Vega, no hijo, sino mero protegido y adoptado del conquistador del mismo nombre.

Mas aunque el Conde Carli fuera hombre de no vulgar cultura. y le debamos agradecimiento por haber defendido nuestro Continente contra el desatinado y frenético Paw, no hay que negar que malgastó erudición y tiempo en las conjeturas acerca de la mítica Atlántida, que él mismo a ratos califica de "sueño y poema" (Tomo II, Cartas VI y XVII).

Basta leer con debida atención los diálogos platónicos el *Timeo* y el *Critias*, para convencerse de que la leyenda de la Atlántida es una fábula de las innumerables del filósofo poeta, bordada tal vez sobre ciertos versos de su pariente Solón y una obscura leyenda cosmológica, pero de la que un historiador no debe hacer mucho caso. Cuenta Critias que a Solón los sacerdotes egipcios de Sais le refirieron, con motivo del diluvio de Deucalión y Pirra, y los mitos de Niobe y Faetón, que 9,000 años antes, o sean más de 11,500 de nuestros días, era ya Atenas poderosísima y pobladísima, colmada de frutos, aguas y alimentos, fundada por Minerva y Vulcano. El anciano sacerdote egipcio añadió que eran comunes entonces las leyes y armas de Egipto y Atenas, como inspiradas por los mismos dioses, con separación de castas de guerreros, pastores y artesanos. Cabeza de toda Grecia, temidos de Europa y Asia, constituidos en ciudad a la vez socialista y aristocrática, a la manera de Esparta o de la anhelada por el mismo Platón en su República, con mujeres tan belicosas como las Amazonas, los atenienses combatieron y vencieron a los invasores atlantes, venidos de una isla allende las Columnas

de Hércules, mayor que el Asia y la Libia. Provenían estos atlantes, según el relato en que en que Solón comprendió las revelaciones hieráticas egipcias, del dios Neptuno, que se unió con Clito, hija de Leucipa y de Evenor, el nacido al principio de los tiempos de la Madre Tierra. Su progenie, en cinco partos de gemelos, pobló la isla Atlántida y las vecinas, confederadas bajo el mando supremo del descendiente primogénito de Neptuno. Duró muchas centurias este imperio, que abarcaba el lugar llamado Gadir en los extremos confines de la Atlántida, un vasto continente, y las demás islas que se extendían hasta el Egipto y el mar Tirreno. La capital, con maravillosos templos y palacios revestidos de oro, plata, estaño y bronce, y con techos de marfil e incrustaciones preciosas, adornada con varios puerros artificiales, puentes, canales y fosos, poseía múltiples recintos de murallas, fuentes frescas y termales, lavaderos especiales para mujeres, caballos y burros; acueductos, arsenales, cuarteles y gimnasios, a la vez que un inmenso hipódromo. Los campos y montes de la isla principal, ubérrimos y poblados de toros y elefantes, ofrecían lagos y selvas muy frondosas. Las leyes de Neptuno se conservan escritas en una columna de bronce del mayor templo. La federación de los diez reyes atlánticos subsistía en perpetua paz; y no podían condenar a ninguno de estirpe regia sin mayoría de votos en la solemne junta que, con extraordinarios sacrificios, se celebraba de noche determinados años en el templo de Neptuno, vestidos de celeste y extinguido el fuego sacro. Vivieron en justicia y prosperidad tan excelentes, hasta que se corrompieron las costumbres. Júpiter decidió castigarlos, y reunió en consejo a los dioses. Enorgullecidos los Atlantes al verse tan ricos poseedores de las islas, a más del continente o tierra firme y de la mitad del Mediterráneo, agredieron a los atenienses y egipcios, y fueron derrotados por los primeros, que libertaron todo el mar interior y las comarcas adyacentes hasta las Columnas de

Hércules. Sobrevivieron entonces terremotos e inundaciones que destruyeron Atenas y su ejército; y en un día y una noche, la misma ínsula Atlántida se sumergió en el Océano, el cual, tragándose tanta tierra, se hizo innavegable por fongoso (Mar de los Sargazos). ¿Cómo no reconocer una mítica leyenda en estos relatos que inspiraron a numerosos poetas, entre los que bastará citar al insigne catalán Mossén Jacino Verdaguer y al francés Stanislas de Guaita, el amigo de Barrés?

Crantor, el primer comentador de Platón, creía ingenuamente en la efectividad de la historia atlántica, por respeto a las palabras literales del filósofo; y lo mismo ocurre con Marsilio Ficino, el célebre traductor del Renacimiento (Edición de Francfort, infolio, 1612, págs. 1016, 1017, 1097. y 1098), y con el muy sabio y harto crédulo jesuita alemán Atanasio Kircher, el profesor del Colegio Romano en el siglo XVII (*Exercitatio de Atlantidae Platonis*)

Ya en la antigüedad Estrabon (*Geografía, II, 3*), Longino y Plinio (*Historia Natural, II, 92*) la declaraban pura quimera. Fue en la decadencia intelectual del mundo clásico cuando los neoplotónicos, Plotino, Proclo, Porfirio y Jámblico, y antes el judío Filón, el inocente historiador Amiano Marcelino, y los apologistas cristianos Arnobio y Tertuliano, aceptaron dicho relato como histórico, y lo recargaron algunos con alegorías complicadas. De ello se burló Montaigne (*Ensayos, I, 30*). Bacon lo trató como mera fantasía (*Nova Atlantis*); y luego Voltaire formuló las dudas y objeciones más evidentes contra su realidad<sup>4</sup>. Maltebrun (*Historia de la Geografía, lib. X*) califica la Atlántida de "cuento moralizador". Por todo esto es de asombrar que un viajero científico de mediados del siglo XIX, Mr. de

<sup>4</sup> Voltaire *Melanges, Du Timée de Platón. — Philosophie de l'Histoire, Changements arrives dans le Globe.*— Dict. Phil., art. Platon.

Castelnau, le prestara grave asenso como a positivo acontecimiento <sup>5</sup>; y más aun que en nuestros días logre adeptos, y que hasta recientemente (1926) se haya organizado en la capital de Francia una Sociedad Atlántida, con boletín y periódicas conferencias <sup>6</sup>.

A los ojos de la moderna arqueología, la duplicada narración de Critias en los dos diálogos platónicos indicados, en un desvarío de subido anacronismo. Porque nueve o diez mil años antes de nuestra era, Grecia no estaba civilizada, y apenas poblada por salvajes neolíticos; Atenas no ejercía primacía alguna; y las relaciones con Egipto hubieron de ser entonces nulas o escasísimas. Los mismos egipcios seis mil años antes de Cristo no conocían aún los metales. Muchos milenios después, en el período *heládico*

---

5 Castelnau, *Expedition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud* (París, 1851), tomo IV, págs. 254 y sgtes.

6 También aceptan la realidad de la Atlántida el profesor de Dijon, Paul Gaffarel, en su *Histoire de la découverte de l'Amérique* (París, 1892), tomo I; y Scott Elliot, *Histoire de l'Atlantide* (París, 1901; nueva edición, París, 1922).

Hace pocos años han aparecido varios opúsculos sobre este asunto: *Le Livre de l'Atlantide* (París, 1922) de Michel Manzi.— *Un Continent disparu, sixième partie du monde* de Roger Devigne (París, 1923).— R. M. Cattéfosse, *La vérité sur l'Atlantide* (Lyn, 1923).— Georges Brousseau, *L'Atlantide et les Atlantes* (Revue Mondiale, París, 15 Janvier 1924).— Lewis Spence *The Problem of Atlantis* (Londres, 1924).— Louis Germain, L. Joubin y E. Le Danois.— *Une esquisse du passé de l'Atlantique Nord (La Géographie, tomo XI)*.— Paul Coussin *Le mythe de l'Atlantide (Mercurio de Francia, tomo 194, año de 1927)*.— y L. Joleaud, *L'Atlantide* (Revue de París, 15 Aout 1929).

Entre los españoles consúltese Federico Botella, *La Atlántida, pruebas geológicas de su existencia*. (Madrid, 1884); y Eduardo Saavedra, en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo XXIX.

Entre los infinitos disparates inspirados por la Atlántida, se lleva la palma el libro arriba citado de W. Scott Elliot. Gracias a los métodos de la teosofía y el ocultismo, y a sagrados mapas guardados, desde edades inimaginables, en seguros rincones, muy lejanos de las turbulentas razas de Europa, ha averiguado sin la menor duda Mr. Scott que fueron cuatro los cataclismos del continente atlántico. El primero hace la friolera de 800,000 años, el segundo 200,000, el tercero 80,000, y el cuarto, que es el descrito

mientras en el Peloponeso Micenas y Tirinto, y en Beocia la Tebas de Cadmo y la primitiva Orcomene, muestran grandes palacios de jefes poderosos, el Atica permanecía dividida entre pequeñas tribus. No es posible admitir para aquellas remotísimas épocas, que confinan con la paleolítica, la avanzada cultura, la navegación atrevida, y la profusión de armas y estatuas de bronce que la leyenda de Platón supone. Es ésta, repetimos, una fábula, en la que una partícula de verdad se oculta, prodigiosamente trastrocados lugares y tiempos, entre ornamentos inventados a porfía por el mismo filósofo; por Solón, quien escribió o proyectó escribir sobre el asunto un poema<sup>7</sup>; por los fantásticos y mentirosos sacerdotes egipcios, responsables de tantas otras

---

por Platón, quien erró levemente en el cómputo, fue 9564 años a. J. C., ni uno más ni uno menos. Con tan seguros métodos de información, es natural que menosprecie la Egiptología y los modestos resultados de la descifración de la escritura cuneiforme. El sabe de ciencia cierta que los egipcios eran una simple colonia de los atlantes, "grandes iniciados en la Teosofía y toltecas decadentes"; y posee documentos contemporáneos que lo acreditan y remontan a un millón de años, época del apogeo de dichos atlantes. Los pobladores no bajaban entonces de la considerable cantidad de dos mil millones. Tánta gente y tánta antigüedad son nada en comparación con la primitiva raza de los Rmoahals, antepasados de los actuales lapones, y cuyas emigraciones suben a tres millones de años. El sentido crítico y cronológico de Mr. Elliot parece indostánico. La descripción de la capital atlántida, la Ciudad de las Puertas de Oro y de las Aguas, retiene algunos rasgos de la de Platón, deformados y agigantados; pero llega hasta atribuir a sus habitantes aeroplanos y buques acorazados eléctricos. Muy diferente de esta estrafalaria obra (verdadero caso de enajenación mental) es el recientísimo estudio, también arriba citado, de L. Joleau tentativa discreta para armonizar las adquisiciones de la Prehistoria y de la Protohistoria con la leyenda platónica, cuyas características anacrónicas y quiméricas reconoce. Apunta que el origen del mito, en época bastante reciente, debió de ser una isla pequeña, corroida por el Mediterráneo, semejante a la de Gerba, en las Sirtes de Libia, próximas al Egipto.

7 Vida de Plutarco, Vida de Solón.— Humboldt, *Examen critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent et des progrès de l'Astronomie nautique aux XV et XVI siècles* (París, 1836-39, in 8<sup>a</sup>, págs. 152 y sgts. del I. vol. y 193 sgts. del II).

patrañas<sup>8</sup>; y aun quizá por todo el pueblo ateniense, que dicen rememoraba a lo atlantes en las fiestas panatenaicas<sup>9</sup>.

Alejandro Humboldt, con su habitual sagacidad, ha desentrañado las moléculas de reminiscencias históricas que encubre el mito. Si bien se mira, éste expresa catástrofes geológicas, que ocurrieron sin duda en el Mediterráneo, y un conflicto entre sus habitantes orientales y occidentales, que sobrevino en período mucho más reciente. Idéntica en substancia es la leyenda de la Lictionia, continente desaparecido que aseguraban los griegos haberse extendido desde Chipre y la Eubea hasta Córcega, confuso recuerdo de los numerosos istmos que existieron entre el Asia, la Hélade, e Italia. No mucho más allá del mar Tirreno, por Cádiz (Gadir) y el monte Atlas, debió la primitiva y más fiel versión situar a los Atlantes<sup>10</sup>. Colocarlos, como algunos han querido, en plena América, y ver en los fosos de su capital los canales y lagunas de la Méjico azteca, merece calificarse, según lo hizo el inteligente P. Acosta, de cuentos de niños o de viejas<sup>11</sup>. Y habría que poseer inmensa

---

8 En apoyo del carácter mítico de la Atlántida, o extrema tierra occidental, atiéndase a que los egipcios colocaron siempre la mansión de los difuntos hacia el ocaso u occidente. De esta tierra de los bienaventurados, llamada por los antiguos egipcios Amenti, tomaron los antiguos griegos su Hesperia, que significa "región de la tarde u ocaso". Aquí está el origen común de infinitas leyendas, incluso la de la Atlántida. (Véase Estrabón, III).

9 Mr. Theodore Henri Martin, en sus *Comentarios al Timeo* (París, 1841), parece probar contra Humboldt, en una especial disertación muy nutrida acerca de la Atlántida, que el escoliasta de Proclo se equivocó en este punto, al contar que se recordaba a los Atlantes en las pequeñas panatenaicas, y que no se trataba sino de los Persas, cuya derrota celebraba esa fiesta.

10 Humboldt, ob. cit. págs. 152 y sgts. del t. I.— Análoga es la opinión del moderno arqueólogo Schulten, que asimila la Atlántida con Tartesios.

11 "Todo cuanto trata de aquella isla, no se puede contar en veras sino es a muchachos y viejas... Es inconsideración querer disfrutar de cosas que, o se contaron por pasatiempo, o puramente se dijeron para significar, como en pintura, la prosperidad de una ciudad, y su perdición tras ella", P. José de Acosta *Historia Natural y Moral de las Indias* lib. I, cap. XXII.

dosis de candoridad para aceptar la catástrofe en un día y una noche, y la rápida y milagrosa huída de los sobrevivientes hasta América, llevándose su decantada civilización, con elefantes, caballos, frutos europeos y mil otros primores, después olvidados para mayor lógica y verosimilitud. Ni se acierta a comprender con qué medios pudo efectuarse tan larga y súbita translación, pues Platón no dice en ningún texto que volaran; y sólo por chanza o mentecatez pueden hoy enunciarse proposiciones semejantes.

No se duda que en primitivas edades geológicas Europa y Africa se hallaban unidas a las Américas por anchas tierras, que sirvieron de puente a la flora y la fauna; y que grandes paquidermos, como el mamut y el elefante, y los lejanos antepasados del caballo, las atravesaron; y por eso sus fósiles se encuentran en el Nuevo Continente. Pero esos istmos, en opinión de los mejores geólogos, habían desaparecido al principio del período cuaternario<sup>12</sup>; y no nos hemos de imaginar a los primeros hombres, salvajes paleolíticos, a fines del plioceno, surcando a vela inmensas extensiones del Atlántico. La hondura del océano, precisamente en aquellos parajes, y la comprobada estabilidad geológica de las costas occidentales ibéricas y marroquíes y de las islas Canarias, desde el período cuaternario, vedan, por entero y sin restricción alguna, suponer la historicidad de la Atlántida, porque ni los Egipcios ni ningún otro pueblo han podido ser contemporáneos de la antiquísima y gradual inmersión de las tierras entre Africa, Europa y América.

El recuerdo histórico, si en el mito lo hay, y no es una fortuita coincidencia entre la fantasía y la realidad, ha de ser la lucha entre los pobladores del Mediterráneo occi-

---

12 R. F. Scharff; *Distribution and origin of Life in America*, (Londres, 1911).— Véase también Osborn: *The Origen and evolution of Life* (New York, 1917), citado por Giuseppe Sergi en *Gli indigeni americani* (Roma, 1928).

dental y los del oriental, o sea el choque entre el imperio egipcio a partir de la XIX dinastía, y las sárdanas o pueblos del mar, cretenses, aqueos, etruscos, sículos, libios, íberos, de que nos hablan los egiptólogos del siglo XV y Ramsés II, hasta el XI y grandes victorias de Ramsés III<sup>13</sup>. Entonces poseía ya Grecia caballos y metales; y su civilización comercial y marítima, su talasocracia opulenta, en Creta y las Cíclades, entró en contacto, no sólo con el Egipto y África, sino con Italia, las Baleares y España, y llevó sus productos quizá hasta Inglaterra. A todo ello corresponden en la mitología las figuras de Cérope, Dédalo y Minos; y la Atlántida pudo, dentro de ese ciclo, ser el espejismo de las islas mediterráneas y las Canarias, desplazado sobre los misteriosos mares de Occidente, así como entre nosotros, en la América de la Conquista, el Dorado y el Gran Paytiti fueron el ilusorio reflejo del imperio de los Incas y sus tesoros sobre las desiertas e inhospitalarias selvas amazónicas.

En todo caso, Herodoto no puede aducirse de ningún modo en apoyo de la Atlántida de Platón, tierra distinta del Antiguo Continente. Herodoto no conoce otros atlantes que los genuinos africanos, vecinos de los garamantes del monte Atlas, y del gran desierto de arena y sal (Libro IV). La isla más allá de las Columnas de Hércules, que dice visitada por los cartagineses, puede ajustarse a las Canarias, las de Cabo Verde, Azores o Maderas, nunca a las Antillas; y las dos largas navegaciones de que por aquel lado hace recuerdo, no son por cierto hacia la América, sino de circunnavegación del África, que fueron la ordenada por el Faraón Neco, y la del persa Jataspe, bajo Jerjes, siguiendo las costas, conforme tenían que hacerse por

---

13 Eudocio pretende que los años egipcios no eran solares sino lunares o meses, lo cual aproximaría los diez milenios de Platón a los acontecimientos que rememoramos en el texto.— Véase también L. Joleaud, art. cit., de la *Revue de Paris* (15 Aouú 1929).

fuerza con los escasos recursos navales de aquella edad. Coleos, que traspuso las Columnas de Hércules, no llega según él sino hasta la Tarsia de Argantonio, que está en la Iberia o Tartesia.

No ha faltado quien, con etimologías insensatas, haya pretendido probar la presencia de los atlantes en América, observando que en Méjico, en lengua nahua, el agua se dice "atl"; que existe el puerto de Mazatlán; que la mítica isla originaria de los aztecas se llamaba Aztlán; y que los Andes o Antis podían apellidarse así del no menos mítico Anteo, íntimamente vinculado con la fábula de Atlas, y cuyo diminutivo con poco esfuerzo cabría descubrir en *Antillas*. Tales adefesios quedan condenados sólo con formularlos y no hay que perder tiempo en rebatirlos. Dignos son en su puerilidad de compararse con las imaginaciones del buen Gonzalo Fernández de Oviedo, quien muy cándidamente asevera (bajo la fe del falso Beroso y Amiano, falsificaciones y patrañas del famoso embaucador Anio de Viterbo), que Atlante fue italiano, y su hermano Héspero, rey de España y las Hespérides, las que debían ser, no las Canarias, sino las Américas, con lo cual, por razones de remotísima herencia, quedaba archijustificado el dominio de Carlos V en las nuevas tierras descubiertas. Dejemos estas añejas boberías, por más que sobre tales asuntos y los colombinos conexos se escriban en la actualidad no menores.

Resumiendo: la Atlántida, no obstante el recrudecimiento de credulidad de los últimos años (síntoma de alarmante debilidad del sentido crítico), no pasa de una alegoría, como hace cuatro siglos lo reconoció justamente nuestro sabio jesuita español el P. Acosta. El mismo Platón así debía entenderlo, a juzgar por sus hábitos mentales y los muchos mitos que emplea en sus demás diálogos. Dice muy bien Leopardi (*Saggio sugli errori degli Antichi*, cap. XII): "Los más atinados han mirado el relato de Platón como una fábula".

Si se reputara fidedigno aquel relato, no habría por qué negar crédito a la realidad histórica de las Amazonas, Gorgonas, Hiperbóreos y Cíclopes, a la isla Panquea de Evehemero, a la de San Brandán y a la céltica ciudad de Is, y aun a las peregrinaciones de Simbad el Marino, que reposan en fundamentos equivalentes.

VIII

LOS PRECURSORES DE COLON

*Estudio presentado como delegado oficial del Perú al Congreso Histórico de Barcelona, en 1929. Se publicó en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1937 T. I, pp. 103-148.*

**E**N este estudio nos proponemos hacer una rápida revisión de los antecedentes, pretensos o verdaderos, asignados por los historiadores antiguos y modernos a la empresa colombina.

## I

### LOS ISRAELITAS SEGUN FRAY BENITO ARIAS MONTANO, FRAY GREGORIO GARCIA Y SUS MODERNOS PARTIDARIOS

Más desautorizada aún que la Atlántida<sup>1</sup> es la envejecida hipótesis del descubrimiento de América por los semitas, y especialmente por los hebreos. Los antiguos exégetas, atados a la estrecha interpretación de textos que prevalecía en las escuelas, se vieron obligados a formar el árbol genealógico de los habitantes del nuevo Continente

---

<sup>1</sup> Nos referimos a nuestro estudio sobre aquella materia, presentado igualmente a este Congreso Histórico de Barcelona.

partiendo de Sem. *Vitium erat temporis potiús quam hominum*; y así, sabio de tanto ingenio y fuste como el gran polígloto benedictino Fray Benito Arias (apellidado el Montano por ser natural de Fregenal de la Sierra), cayó en simpezas tales como identificar a Jectén con precisión envidiable, en calidad de tercer nieto de Sem, epónimo del Yucatán y padre de Ofir, quien pasó a América y dio su nombre, invertido y trabucado, a Méjico y al Perú, adonde andando los tiempos se dirigieron las flotas de los Fenicios y del Rey Salomón.

Esta ubicación de Ofir en el Perú, hizo naturalmente fortuna entre nosotros, e inspiró en el siglo XVII los escritos del extravagante presbítero y licenciado Fernando Montesinos, en Lima y Potosí<sup>2</sup>; al paso que el Cronista Mayor de Indias D. Antonio de León Pinelo, educado en Lima, remontándose a más, pretendía situar en América el perdido Paraíso, como ya lo había supuesto Colón. También fueron abogados del peruano Ofir el benedictino francés Genebrardo, Arzobispo de Aix y reputado hebraísta de la Sorbona (1537-1597); el dominicano explorador P. Maluenda (1566-1628); y en el siglo XIX el estrambótico explorador Onfroy de Thoron, que lo desplazó un poco al Este, llevándose, junto con el Paraíso, a nuestras fronteras con el Brasil y Colombia, entre el Putumayo y el Yapurá. Salvaban con desembarazo las dificultades de la tesis. El P. Maluenda no acaba de decidirse sobre si las naves de Salomón e Hiram venían por el Atlántico o por el Cabo de Buena Esperanza. Por el marfil, que en América no existe, fácilmente salían del compromiso, suponiendo que lo tomaban de tránsito, en las escalas del Africa o del Indostán. Y si no quedan huellas muy distintas ni manifiestas de tan dilatados viajes,

---

2 Otros muchos en el Perú creían corresponder a Ofir las islas descubiertas por el Almirante D. Alvaro de Mendaña en Oceanía, llamadas aún hoy Islas de Salomón a causa de tal creencia popular.

los Padres Arias y García no se espantaban “porque pudieron concurrir razones para esto, como sin duda para que no hubiese en los antiguos noticia muy clara de aquel Nuevo Mundo”. Como dice el proverbio español recordado por Fray Gregorio, y que tanto conviene aquí, *el creer es cortesía*. No todos, sin embargo, la gastaban sin tasa, pues el mismo P. García nos refiere que el mestizo historiador peruano, Garcilaso Inca de la Vega, se reía mucho de la etimología de Pirú, nombre casual y de la época de la Conquista, sacada a viva fuerza del bíblico Ofir; y los jesuitas, superiores en discernimiento a sus coetáneos y rivales, hacían mofa del Ofir y el Tarsis americanizados, y de la ínsula Atlántida, como es de ver en los escritos de los Padres Acosta y Pineda, que todavía pueden sernos útiles<sup>3</sup>.

Pero la autoridad predilecta de los hebreófilos era el IV Libro del falso Esdras, uno de los tantos apocalipsis apócrifos, compuesto éste al parecer en Egipto, en el primer siglo de nuestra era, y mirado con recelo por la Iglesia Católica, a causa de ciertas expresiones malsonantes que contiene y de predicciones sobrado precisas sobre la duración del mundo. Cuenta el pseudo Esdras que las tribus perdidas cuando el cautiverio de Salmanasar, salieron de Caldea, y atravesaron el Eufrates a pie enjuto, por favor divino, decididas, para evitar la idolatría y seguir estrictamente la Ley, a buscar morada en región no conocida de los hombres. En esta búsqueda llegaron a la comarca de Arsaret, que algunos comentaristas reputan la América, y en donde residirán hasta los últimos tiempos en espera de la llamada del Altísimo, que les ha de franquear de nuevo el paso del Eufrates, deteniendo la corriente. Harto se afanó el P. García en discurrir cómo cruzaron tantos ríos y mares, pues no consta más milagro que el sobredicho; y se satisface cal-

---

3 Uno de los pocos jesuitas que admitió el Ofir en el Perú, fue el P. Sa en sus *Comentarios a los Libros de los Reyes*.

culando que fueron poco a poco extendiéndose a través de la India y la China, y luego tomaron a voluntad la ruta del Océano, o la fresca y dilatada del Norte de Asia. Cierta que la credulidad del P. García es pasmosa. Admite la existencia de enanos, fieros enemigos de las grullas, provistos de una sola pierna, pero con pie tan descomunal que les sirve para cubrirse de la intemperie, a manera de paraguas o sombrilla. Cuenta que otros monstruos humanos, los *astomos*, carecen de boca y estómago, y se sustentan sólo de perfumes, siendo tan delicados que, si sienten un hedor, luego mueren (Todo esto copiado de la *Historia Natural de Plinio* y de la *Polyhistoria de Solino*). Supone que los indios se han hecho lampiños, como espera que con los siglos se hagan los criollos, por la poca substancia de los manjares americanos principales, que son papas, yucas, camotes y maíz. Para probar la ascendencia hebraica de los indígenas, descubre entre ambas razas singulares y gentiles semejanzas. Dice, por ejemplo, que se parecen judíos e indios en ser cobardes, mentirosos, narigudos, guturales de habla, duros e incrédulos para con nuestra religión, e ingratos para con todos sus benefactores. Corrobora tan graciosas razones con el testimonio del francés Genebrardo acerca de inscripciones hebraicas en las islas Azores, por el estilo de los plomos del Sacro Monte de Granada y de nuestras contemporáneas tablillas de Glozel.

La doctrina de la procedencia hebraica de los indios, que suena casi a vituperio en las páginas del P. García, fue ávidamente recogida por algunos judíos, que se jactaron con ella de primacía en el Nuevo Mundo. El más conocido de estos americanistas de la Sinagoga fue el rabino portugués Manasés ben Israel, natural de Lisboa y refugiado en Holanda <sup>4</sup>. Y como la continua lectura de la Biblia sue-

---

<sup>4</sup> *Origen de los americanos. Esto es esperanza de Israel* (Primera edición, Amsterdam, 1650, segunda, 1656). — Era Manasés ben Israel rabino principal de los sefardíes de Amsterdam. Cono-

le producir entre los protestantes fervorosos los mismos fenómenos de seguridad y obsesión que entre los judíos observantes, hubo una larga serie de escritores ingleses y norteamericanos, hebreos o reformados, que se empeñaron en probar el hebraísmo de los aborígenes de América. Enumeraremos al pastor anglicano Thomas Thorowgoo<sup>5</sup>; a James Adair, comerciante y viajero inglés del siglo XVIII<sup>6</sup>; al yanqui Elías Boudinot, Ethan Smith, Israel Woreby, Bárbara Simon y el ilustre Lord Kingsbrough, que con sus costosas publicaciones se arruinó en defensa de tan mala causa.

La religión de los mormones, que cuenta en los Estados Unidos con seiscientos mil prosélitos, como principal dogma profesa que los israelitas de la tribu de Josef poblaron la América del Norte, precisamente el siglo VII a. J. C.; y que un cierto Mormón, nieto de aquel patriarca, redactó la nueva ley en jeroglíficos egipcios sobre planchas de oro, traducida y divulgada dos mil quinientos años más tarde por Joseph Smith, el fundador de la secta.

Para no escandalizarnos de tan gruesos dislates e imposturas, recordemos que también nuestros antepasados españoles supieron que el Apostol Santo Tomás recorrió toda la América evangelizándola, estampando en peñascos desproporcionadas huellas, y que el volcán Misti arrojó,

---

cía muchas lenguas antiguas y modernas. Un correligionario suyo, Aarón Levi, bautizado en el Brasil y denominado entre los cristianos Antonio Montesinos, aunque en secreto fiel a su ley, le refirió haber hallado en las montañas de Chile una tribu hebrea; y en esta fantástica relación sustenta Manasés ben Israel su tesis. Debe reputársele precursor del sionismo.

5 Thomas Thorowgood: *The Jews in America*, (Londres, 1650); *Digitis Dei, New Discoveries* (Londres, 1652); *Jews in America* (Londres, 1660).

6 *The History of American Indians* (Londres, 1771). Véase toda esta bibliografía en el artículo de Mr. Henri Vignaud (Tomo XIV de la *Nouvelle Serie du Journal de la Société des Americanistes*, París, 1922). Puede agregarse a ella la obra del suizo Spizelius, secuaz de nuestro Montesinos del Perú, *Elevatio relations Monteziniani* (Basiléa, 1661).

dieciséis siglos después, sus sandalias <sup>7</sup>. Por su parte los hagiógrafos franceses narraban gravemente que el sombrero y los guantes de San Amable hicieron en un rayo de sol el viaje, desde Riom en Auvernia, a Roma. Y en Inglaterra hay todavía quienes creen que todos los anglo-sajones son progenie de Abraham, de las asendereadas diez tribus perdidas, las cuales debieron llegar a las islas Británicas, por el Danubio y Dinamarca, nombres derivados de la tribu de Dan. Por fin, otros, como el visionario espiritista Mr. W. Scott Elliot, fijan la cuna de la raza semita, “indisciplinada y turbulenta”, en Escocia e Irlanda, de donde los Acadios la expulsaron hace cien mil años. Los incorregibles semitas engendraron una depravada dinastía de brujos en la ciudad atlántica de las Puertas de Oro. Pueden leerse estos delirios en la Historia de la Atlántida del autor últimamente mencionado <sup>8</sup>.

No sólo la ida de los judíos a América antes de Colón es un embelesco semejante a los que acabamos de apuntar, sin el menor asomo de sentido común, sino que en los tiempos de la colonización española fueron poquísimos los que pasaron a nuestras tierras; y las antiguas posesiones castellanas se mantuvieron de hecho, hasta época relativamente reciente, bastante limpias de ellos. La expulsión fue en la Metrópoli anterior al descubrimiento del Nuevo Continente. A los conversos o cristianos nuevos se les prohibió pasar a Indias; y el que más instó a este efecto fue el propio Colón, que abominaba de ellos <sup>9</sup>. No fueron muchos los que elu-

7 P. Antonio de la Calancha. *Crónica Moralizada, del Orden de San Agustín en el Perú* (Barcelona, 1638), tomo I, Lib. II, cap. III.

8 Nueva edición francesa (París, 1922), págs. 47, 48 y 56.

9 Carta de Cristóbal Colón a Santángel.— No obstante las palmarias pruebas del odio de Colón por los judíos, y de su cristiandad de linaje, limpio aunque plebeyo, no han vacilado inescrupulosos escritores en declararlo judaizante, porque apenas hay mácula o despropósito que no intenten acumular sobre su memoria. Baste sobre el particular acordarse de las producciones de las escuelas galleguistas y extremeña, y hojear la obra de Kayserling, *Cristopher Columbus und der Anteil der Juden* (1894).

dieron la severa prescripción legal. Por rarísima excepción, llevó Colón en su primer viaje un judío converso de Murcia, Luis Torres, diestro en las lenguas semíticas, para que le sirviera de intérprete en los imperios orientales que imaginaba hallar. Los judaizantes portugueses que se disimularon en el Perú hasta mediados del siglo XVII, fueron aniquilados o ahuyentados, con extraordinario rigor, por la Inquisición de Lima. Y los que se rehicieron al amparo de los holandeses en Pernambuco y Recife, se vieron obligados, por la restauración del dominio portugués, a huir del Brasil, en 1654, a las Guayanas y Curazao, desde donde subrepticamente se deslizaron luego a Antioquia en Colombia, único probable núcleo israelita de alguna tradición y antigüedad en la América española. Conocidos son los versos de Gutiérrez González sobre Medellín, capital de la provincia colombiana de Antioquia:

*En esa tierra encantadora habita  
La raza infame de su Dios Maldita.*

con todos los dicterios antisemitas que siguen y que por discreción no copiamos.

## II

### PRETENSOS DESCUBRIMIENTOS DE FENICIOS Y CARTAGINESES

Descartados por completo los hebreos, quedan los otros semitas: fenicios y cartagineses. Si bien no parece del todo absurdo suponer que tan atrevidos navegantes pudieran tener barruntos de lejanísimas tierras, los textos que para el caso se presentan o solicitan, son tan deficientes y contradictorios que no permiten la menor certeza; y la mera posibilidad de una cosa no ha sido nunca prueba bastante de su realidad.

En la obra falsamente atribuída a Aristóteles, *Mirabiles Auscultationes* (cap. 84), se dice que los cartagineses descubrieron y colonizaron una isla *desierta, distante varios días (plurium dierum)* de las Columnas de Hercules, en extremo fértil y con ríos navegables. Agrégase que el Senado de Cartago, celoso de esta nueva colonia, y temeroso de que más tarde oprimiera a la metrópoli o cayera en manos de enemigos, la despobló, exterminando a sus propios colonos, y penando con la muerte el establecerse en ella. El relato es sospechoso en alto grado; las razones del despoblamiento, fútiles; y tanto la distancia indicada como la condición de tierra desierta de naturales, nos prohíben aplicarlo a las Antillas. Es natural que pensemos de preferencia en los archipiélagos vecinos a Europa y Africa, como el del Cabo Verde, que efectivamente debió de ser visitado por el navegante cartaginés Hanón (véase su *Periplo*), el de las Azores, o mejor aún el de las Madeiras, que cuando el descubrimiento portugués de 1420 constan haberse hallado deshabitadas. La dificultad de no haber en ellos grandes ríos, puede resolverse por las inexactitudes y amplificaciones de toda leyenda. Las Canarias, descritas por Plinio y Plutarco, han sido en cambio habitadas desde muy antiguo <sup>10</sup>.

Diodoro de Sicilia (*Bibl. Hist.*, IV, 19 y 20) habla de una gran isla de felices pobladores, situada al poniente de la Libia. La descubrieron los fenicios de Cádiz, llevados

---

10 Plinio, *Hist. Nat.*, Lib. VI, Cap. 32.— Plutarco, *Vida de Sertorio*, Caps. 8 y 9.— El testimonio del rey Juba en Plinio es terminante. Pausanias, I, 23, se refiere a Cabo Verde o a otras islas próximas.— Sobre la arqueología canaria, consúltense S. Berthelot, *Etnografía y anales de las islas Canarias*, las antiguas historias de Pérez de Castro, o sea de jesuita Anchieta, y del canónigo Viera y Clavijo, los libros de Verneau, el estudio de D. Salvador Calderón y Arana (*Bol. de Institución Libre de Enseñanza*, tomo VIII), la *Historia General del Archipiélago* por D. Agustín Millares, y la última edición refundida de la *Historia de los Heterodoxos Españoles* de M. Menéndez y Pelayo, tomo I.

al acaso por una tempestad. Gozaba de clima suavísimo, altas montañas y vegetación admirable. Los tirrenos o etruscos quisieron colonizarla; pero lo impidieron, con astutos consejos, los cartagineses, que esperaban conservarla, como herencia de los fenicios y como último recurso en caso de desastres en el Africa. Esta relación es contradictoria, en época y circunstancias, con la anterior del falso Aristóteles. Ni se explica por qué olvidaron los cartagineses comarca tan apacible y no dejaron en ella rastros. Cualquiera persona razonable advierte aquí también la extrema improbabilidad de que se trate de tierra americana, tan virgen de toda influencia fenicia y etrusca. Polibio, muy minucioso en sus datos acerca de Cartago, no menciona los pretensos descubrimientos de ínsulas atlánticas; y lo positivo es que el *Periplo del mar interior* del pseudo Scilax de Carianda dice terminantemente que allende Cerné el Océano era innavegable por la mucha lama. Lo mismo repiten Rufo Festo Avieno (*Ora Marítima*), traductor latino del periplo fenicio o del cartaginés de Himilcón, y todos los geógrafos e historiadores antiguos, sin excluir a Tácito (*Vida de Agrícola*, cap. 10; *De Germania*, cap. 55). El *mare pigrum, prope immotum et grave remigantibus* que Tácito describe, es un lugar común de la Geografía clásica. De donde parece deducirse que llegados a la región de las calmas, los antiguos marinos, desprovistos de brújula, no tuvieron ardimiento ni fuerzas para continuar adelante <sup>11</sup>.

A pesar de tantos obstáculos, denodados partidarios de los fenicios y cartagineses los han llevado hasta la América Continental, como Huet, el erudito Obispo de Avranches,

---

<sup>11</sup> La lentitud de las navegaciones era extrema en el mismo Mediterráneo. Estrabón (III) señala como viaje próspero y rápido el de Posidonio, de España a Italia por alta mar, que duró tres meses. ¡Calcúlese lo que habría supuesto, con tales medios, llegar a América!

y Jorge Horn<sup>12</sup>. Este buen alemán de Baviera, compilador de innumerables historias, descubrió que de *Poeni*, nombre latino de los cartagineses o púnicos, debían derivarse Pánuco en Méjico, Panamá, y la isla de la Puná frente a Guayaquil; de los cananeos, los cañaris; y del Kar fenicio, Caracas. Hizo por eufonía a los caníbales, primos de Aníbal; y halló en Haití muchos deudos de los Magones de Cartago, y en Guadalajara de Méjico a los nietos de los Barcas. Descontentadizo será quien no se convenza con tan robustas razones de parentescos y vecindades. Con etimologías semejantes, aunque de mayor especiosidad y aparato científico, llenó el doctor argentino D. Vicente Fidel López el Imperio de los Incas, de purísimos arios; el peruano D. Pedro Ignacio Cisneros, de indostánicos prevédicos (*Rev. Hist. del Perú*, tomo V); y el limeño doctor D. Pablo Patrón, las tres Américas de súmeros. A estos ilusos deben agregarse Court de Gebelin (*Le Monde Primitif*, tomo VIII), precursor de ellos en el siglo XVIII; y Roo, Johnston, Humbug, y el ya citado Gaffarel, propugnadores de la tesis fenicia en nuestros días.

Pero no milita en favor de esta última ningún argumento sólido. Los pretensos monumentos fenicios hallados en América han sido falsificaciones comprobadas y patentes; y se ha demostrado que la célebre inscripción de la Dighton Rock en el Massachussets, creída por unos fenicia, y por otros noruega, rúnica, es una pictografía de los Pieles Rojas, sin asomo de influencia extraña. ¿Cómo aceptar que si los fenicios hubieran colonizado parte de América, no llevaran ni en su alfabeto, ni la esencial invención de la rueda, ni sus animales domésticos, ni el uso del trigo, del marfil y del hierro? Es un devaneo suponer lo que nada indica, cuando los textos enunciados antes pueden aplicarse, sin mayor dificultad, a regiones insulares mucho más próximas.

---

12 Huet, *Demostración Evangélica*, proposición IV, Cap. VII, 6. — Horn, *De Originibus Americanis*, 1652.

## III

## MUNDO GRECO - ROMANO

Dejando de lado a los semitas y concretándonos al genuino mundo clásico, ha alucinado a algunos, verbigracia al antiguo geógrafo Ortelio, el tratado de Plutarco *De Facie in orbe lunae*. En este diálogo, atestado de reminiscencias literarias de Homero, de Hesíodo y de Platón, un cierto Sila, refiere a Lampreas, hermano de Plutarco, haber hallado en Cartago un extranjero muy docto, el cual descubrió pergaminos salvados de la destrucción de la ciudad por Escipión Emiliano. El misterioso arqueólogo forastero venía de una isla muy lejana en el Océano Atlántico, que no era otra que la celeberrima Ogigia de Calipso, a cinco días de navegación de la Gran Bretaña. Allí fue sacerdote de Saturno por treinta años, y aprendió maravillosos secretos. Equidistantes sucesivamente, al Oeste de dicha isla, había otras tres, y en una de ellas yacía el dios Saturno, cautivo y dormido. El clima era dulce, y las noches tan largas como que el narrador parece aludir a los fenómenos boreales. Más allá se extienden el Océano Croniano y el Gran Continente, cuyos habitantes griegos, sin mezcla alguna de sangre alienígena, son enemigos de los bárbaros que pueblan la isla de Saturno y las inmediatas. Saben estos griegos, descendientes de los colonos de Hércules, que es su tierra el verdadero continente, y que Europa y las demás, con Asia y Africa, son pequeñas en comparación de aquélla, la cual se dilata más al Norte, y es fronteriza al estrecho o desagüe que sale del mar Caspio. No trabajan estos sabios hiperbóreos, sino que emplean sus eternos ocios en la meditación y la filosofía. Cada treinta años una *teoría* o peregrinación religiosa viene de allá a nuestras comarcas; y así el extranjero pudo surcar el Océano de hielos, lama y fango, y arribar a Cartago, donde difundía tan prodigiosas nuevas, aprendi-

das de los genios, sobrenaturales guardianes del dios Saturno.

Se trata, pues, de una Odisea diminuta y en prosa, de un relato geográfico fabuloso, semejante al de la Atlántida de Platón, a los de San Brandán y los monjes irlandeses, o a las leyendas marítimas árabes e indostanas, con las que Humboldt mercedamente lo compara. Puede sin duda haber en él, como en toda fábula, un fondo real, derivado de antiguas exploraciones fenicias; y así parece demostrarlo la atribución a Hércules, que suele ser la traducción griega del Melcarte púnico, de las primitivas empresas emigratorias. En todo caso, el rumbo, por las circunstancias de la duración de las noches y auroras boreales en que insiste, hubo de ser el de las regiones escandinavas y bálticas, que a causa del ámbar atraieron a los comerciantes púnicos, o el de los archipiélagos del Norte de Escocia, todo alterado y magnificado por la fantasía popular y literaria. Nada hay que pueda ni remotamente aplicarse a América. Y si en la Cartago romana perduraban algunas memorias de los viajes oceánicos, no se orientarían hacia el Oeste, pues San Agustín sin ambages declara: "Nimis absurdum est ut dicatur aliquos homines ex hac in illam partem, Oceani immensitate trajecta, navigare ac pervenire potuisse". (*Ciudad de Dios*, lib. XVI, cap. 9).

Todavía más imaginaria y quimérica es la Gran Tierra Meropea descrita por Teopompo de Quíos, en el fragmento que nos ha conservado Claudio Eliano, y en que son interlocutores el Rey de Frigia y Sileno. Hay en ella dos enormes ciudades, la del Combate y la Eusebia o de la Piedad. Sus habitantes se cuentan por millares de millones, son de estatura gigantesca y viven diuturnísimas edades. Los de la metrópoli del Combate nacen armados; los de la Eusebia no cultivan, no conocen enfermedades, y mueren sonriendo. Desprecian a los hiperbóreos, aunque tan renombrados éstos de justos y felices; y naturalmente, mucho más a los europeos, y sólo por desdén no lo conquistan ni quieren

visitarlos. Riegan el Continente Meropeo dos grandes ríos, el de la Tristeza y el del Placer, con frutos mágicos, correspondientes en sus efectos a las denominaciones de las aguas que los alimentan. Los frutos del valle de la Tristeza hacen llorar y morir de pena; los del Placer, quitan la memoria y rejuvenecen. El mismo compilador, Eliano estima enteramente mendaces estas infantiles invenciones; y Apolodoro, citado por él, escribe: "Créalas quien tenga por fidedigno a Teopompo. Yo lo tengo por un gran forjador de patrañas, en lo que tratamos y en otros muchos pasos"<sup>13</sup>. Estrabón había declarado fabulosas todas estas tierras, y la existencia de los mismos hiperbóreos.

Las *Etiópicas* de Marcelo, conocidas a través de Proclo, mencionan siete islas de Proserpina (el número *siete* era ritual entre los griegos, y se aplicaba desde los orígenes a las islas del Mediterráneo, violentando la Geografía), y tres *inaccesibles*, en una de las cuales recordaban aún la sumergida Atlántida. Aunque la referencia al mito de Platón y el hecho capital de ser *inaccesible* precisamente aquella isla que conservaba la tradición, haga desconfiar mucho del testimonio de Marcelo, puede corresponder a las Canarias, Azores y Maderas; tanto más cuanto que Luciano (*in Hermitimo*) habla también de ínsulas que deben hallarse entre Cádiz y la India, medio en serio, medio en chanza.

Ciertamente los antiguos reconocieron la redondez de la Tierra; y por razonamiento e inferencia coligieron muchos la existencia de las antípodas y de continentes desconocidos. Aurelio Macrobio suponía cuatro continentes, interpretando el *Sueño de Escipión*<sup>14</sup> de Cicerón. El orador latino y su co-

13 Claudio Eliano, *Historias varias*, III, 3.

14 Cicerón, *De República*, lib. IV, cap. 19: "Eosque qui incolunt terram non modo interruptos ita esse ut nihil inter ipsos ab aliis ad alios manare possit, sed partim obliquos, partim transversos, partim etiam adversos stare vobis." Cap. 20: "Duo sunt habitabiles, quorum australia ille, in quo qui insistent adversa vobis urgent vestigia, nihil ad vestrum genus". — Macrobio, *Comentario del Sueño de Scipión*, II, 9).

mentador del Bajo Imperio eran ambos ecos del verdadero Aristóteles y de Estrabón <sup>15</sup>. Deducían todos ellos por conjeturas la probabilidad de grandes tierras ignotas, como nosotros ahora la pluralidad de mundos y planetas habitados <sup>16</sup>; y esperaban unos pocos, como Séneca, que algún día habían de descubrirse. Así se explican el texto de este filósofo en el Prefacio de sus *Questiones Naturales*, y sus conocidísimos anapésticos en el coro del segundo acto de la tragedia *Medea*:

Venient annis, saecula seris...

A la profecía de Lucio Séneca no pueden sumarse, como suelen hacerlo eruditos distraídos, los versos de la *Eneida* que dicen:

...Jacet extra sidera tellus,  
Extra anni solisque vias, ubi coelifer Atlas  
Axem humero torquet stellis ardentibus aptum...

(Lib. VI, 795-797)

porque Virgilio entendió designar allí solamente el Atlas africano y la Etiopía, según se echa de ver en el pasaje análogo del Canto IV:

Oceani finem juxta solemque cadentem  
Ultimus Aethiopum locus est, ubi maximus Atlans...

(580 y sgts.)

<sup>15</sup> Aristóteles: *De Mundo*, cap. III. — Estrabón, libs. I y II. — Igual era la doctrina de otros dos geógrafos griegos, Crates y Eratóstenes.

<sup>16</sup> Ya lo dice claramente el genial Lucrecio:

Esse alios aliis terrarum in partibus orbis  
Et varias hominum gentis et saecula ferarum...

(*De rerum natura*, lib. II, 1075-1076).

Ya lo advirtió Leopardi en su *Ensayo sobre los errores de los antiguos*.

Si los filósofos y geógrafos clásicos admitían, como corolario de la esfericidad de la Tierra, y por razones de equilibrio y simetría cósmica, varios continentes, ninguno afirma grave y asertóricamente que se conocieran y visitaran. Antes bien, salvo Séneca (*Quaestiones Naturales*) y quizá Eratóstenes y Luciano de Samosata, todos los restantes, desde Estrabón y Tolomeo hasta Plinio y el historiador gótico Jornandes, tenían por imposible la empresa del descubrimiento<sup>17</sup>. Y cuando, arrastrados por tempestades y corrientes, arribaron, por caso fortuito y rarísimo, unos enigmáticos y broncíneos navegantes, el año 62 antes de J. C., al mar del Norte, y los régulos germanos los entregaron a Quinto Metelo Céler, procónsul de las Galias<sup>18</sup>, los Griegos y Romanos los reputaron indostanos y venidos del Este, atravesando el Océano Artico, por imaginar siempre menor la distancia que separa la India de Europa. Colocaban de preferencia los continentes desconocidos, paralelos a la línea ecuatorial, unos en la zona boreal ártica y otros en la antártica templada, y a estos últimos en particular los denominaban

---

17 Estrabón, I, 1 y 2; Tolomeo, *Geografía*, VI, 16. — Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* VI, 36. — Jornandes repite textualmente: "Oceani vero intransmeabiles ultiores fines, nec cuiquam licuit transfretare, quia resistente ulva et ventorum spiramine quiescente...". Es la conocida explicación de ser inaccesible el gran Océano, conforme con los demás autores que en páginas anteriores llevamos citados.

18 Plinio, *Hist. Nat.*, lib. II, cap. 67 — Pomponio Mela, lib. III, cap. 5. — Debían de ser probablemente esquimales, como lo han insinuado varios, principiando por Gomara *Historia de las Indias*, fol. 7. En este punto se equivocó gravemente el contemporáneo historiador vasco D. Segundo de Ispizua (*Hist. de la Geografía Antigua*, Madrid, 1922, t. I, pág. 40) al considerar de Plinio el Joven el texto de Plinio el Antiguo, y desconfiar de la noticia, sin parar mientes en la significativa coincidencia con Pomponio Mela, quien atribuye al rey de los Boyos lo que Plinio al de los Suevos. Ispizua reitera el error de confundir a los dos Plinios en la nota primera de la pág. 51 y en la 97 del mismo tomo.

*Antictones*<sup>19</sup>. Pero en derechura de las Columnas de Hércules se figuraban el Atlántico infranqueable y desierto, o cuando más sembrado por algunas islas, como las que vagamente señala Luciano en su burlesca imitación de los viajes fabulosos.

Después de recordar tan conocidas y trilladas nociones de la Geografía antigua, podrá parecer ocioso, y aun injurioso, para el público culto, repetir que los hallazgos de vestigios romanos en América fueron y tienen que ser pueriles consejas y groserísimos embustes. Casi a raíz del descubrimiento comenzaron, por afán humanista, y una que otra vez hallaron acogida en la inexperiencia e ignorancia disculpables entonces. El primer Obispo del Darién, Fray Juan de Quevedo y Villegas, cayó en el eterno timo de las monedas latinas; y las envió a D. Giovanni Ruffo, el Arzobispo de Cosenza, Lucio Marineo Sículo consigna el hecho en su libro *Rerum Hispanarum* (XIX, 16); y la especie pasó al P. Maluenda. El propio Horn adujo dificultades y reparos (*De Originibus Americanis*, pág. 13). Una inscripción en el Cebo de la Roca fue desvirtuada y confutada, sin réplica posible, por Resede (*Antiquitates Lusitaniae*). Nuestro P. García no desahuciaba del todo la colonización romana, porque sus aficiones filológicas lo llevaban a notar preciosidades como la analogía entre el *Mitáyoc quechua* y el verbo latino *mittere*; el infinitivo *morder*, que en la misma lengua quechua se dice *canini*, y que es acción propia del can o perro; y por fin, y es lo mejor, que en el idioma de los Quijos se llama la mujer *ira*, y es voz adecuada a su carácter, según las palabras del Espíritu Santo: *Non est ira ira super iram mulieris*. Lo estupendo y lamentable es que hasta hoy mismo se urdan tonterías y añagazas semejantes, y no haya vergüenza de imprimirlas en periódicos y revistas.

---

<sup>19</sup> Estrabón, Lib. I y II; — Pomponio Mela, I; — San Isidoro, *Etimologías*, XIV.

Las grandiosas ruinas del Yucatán y la América Central, aunque tan peculiares e inconfundibles, suelen servir de péssimo pretexto a desenfrenadas imaginaciones. En los bajo-relieves de esos templos, unos fantasean legionarios romanos, al paso que otros desentrañan perfiles judíos y asirios, talles egipcios o elefantes asiáticos (que probablemente son tapires estilizados). No hay despropósito omitido, con ayuda de amañados documentos. Quizá el caso más burdo sea el que se registró en el *Nuevo Diario* de Caracas, del 6 de Agosto de 1920, por el Sr. D. Alberto J. Porta<sup>20</sup>. Refiere que el Sr. Marciano Rossi, de San José de California, asegura poseer papeles extraordinarios. Es el primero el facsímil de una carta, cuyo original debe buscarse en la biblioteca Vaticana, y en la cual Tadeo Visco, Canciller del Reino de Nápoles, el año de 1439<sup>21</sup>, bajo la Reina Juana II y su marido Jacobo (sin duda el Rey consorte Jacques de la Marche), da cuenta a la Dama de Honor Duquesa de Sessa (querrá probablemente significar a Covella Ruffo, mujer de Giani Antonio Marzano, segundo Duque de Sessa hacia esa época) de haber descubierto en la biblioteca abacial de Monte Cassino, en compañía del Capellán Real Dominicus Docier, un manuscrito inédito de Cayo Plinio el Antiguo. Contiene este manuscrito la descripción del viaje del clásico naturalista a Tulia Minor, que son las Azores y a Tulia Major, que es la región mejicana, pobladas por Oscos y Etruscos, y cuyos reyes se llamaban Ucio y Rosellac. Por ellos fue recibido y agasajado Plinio en la metró-

---

20 Puede verse el extracto en el tomo XIII, fascículo I, pág. 147 de la *Nouvelle Serie du Journal de la Societe des Americanistes de Paris*.

21 No figura tal nombre en la lista de los Grandes Cancilleres de Nápoles. Fueron entonces sucesivamente supremos depositarios del sello regio el Conde de Alife y de Bovino, que se llamaba Marino Buffa (1416); un Caracciolo, Conde de Nicastro (1419); dos Orsinis, Algiasio (1421) y Orso; Hugo de Alagna, Conde de Burello; y por fin el Duque Giacomo Caracciolo, en 1479.

poli de Uxmal, ciudad que ha debido de fundarse hacia el siglo X de nuestra era, y en ningún caso ha existido antes de Cristo. No obstante, los monarcas maya-etruscos le cuentan a Plinio Secundo que sus antecesores desembarcaron en las playas yucatecas cinco siglos hacía, escapados en un trirreme del combate naval de Himera, en que etruscos y cartagineses de Amílcar fueron derrotados por el tirano de Siracusa Gelón. Plinio residió muy a gusto varios meses en Uxmal, y luego regresó tranquilamente a Italia, de seguro a bordo de un transatlántico. Un mapa en pergamino, firmado por los mencionados canciller y capellán napolitanos, el año de 1422, señala el derrotero de Plinio, por las Columnas de Hércules a las Azores y al Golfo de Méjico. Otro mapa igual, de 1439, lleva la firma del cardador y tabernero Domingo Colón, padre del Almirante D. Cristóbal; y el último pergamino contiene la relación del viaje de Julio Sabino, pseudo descendiente de Julio César, a Norte América, por los años 70 a 71 después de Cristo. Consecuente con su pretense origen imperial, Julio Sabino conspira contra el fundador de la nueva dinastía, Vespasiano; y por intercesión del inevitable Plinio, salva la vida y es desterrado a la americana Tulia Major, con el propósito de fundar una colonia romana en compañía de cien personas, entre hombres y mujeres, muchos de ellos, Dios sabe por qué, vascos. El falsario ha bautizado Julio Sabino al proscrito colonizador, recordando sin duda al galo insurrecto homónimo, de nación lingón (Langres), que figura en el libro IV de las *Historias* de Tácito y que se atribuía igualmente descendencia de César, y salvador en la derrota por la abnegación de su mujer Epónima, quien lo ocultó nueve años en un subterráneo. Descubiertos al cabo, fueron ejecutados ambos en Roma. También, en las ficciones que analizamos, Julio Sabino perece por orden de Vespasiano; mas antes, en lugar de esconderse en sus patrias Galias, se establece, con permiso imperial y por el consejo de Cayo Pli-

nio, en el río Sabino, entre Tejas y la Luisiana, donde edifica la ciudad de su nombre, hoy floreciente, y aun pasa de allí a la Florida. Como la toponimia tiende siempre en mentes primitivas a engendrar mitos personales, invirtiendo así el proceso efectivo, es de suponer que de aquél pretenden estos inventores derivar las modernísimas Homosassa, que suena a cosa griega, Fuerte Júpiter y San Agustín. El coleccionista californiano atribuirá la última a evidente recuerdo de Augusto. Todavía el hijo de Sabino, Geno, perdonado por Vespasiano, emprende una postrera expedición a Tejas, para visitar las colonias paternas (de las cuales según su criterio subsistirán hasta nuestros días Aurora, Cartago, Augusta, Victoria y Atenas, reservando Palestina para los cristianos perseguidos, y Merlín para el hechicero celta). Por desgracia, las algas del mar de los Sargazos habían crecido tanto aquel año, que Geno y sus compañeros se quedaron metidos entre ellas sin poder avanzar ni retroceder. Después de tan portentosos hallazgos, y del no menos admirable de monedas y figuras romanas en Yucatán y Centro América, que en alguna parte hemos leído, resulta abonado y justificadísimo el pobre Fray Gregorio García, cuando identificaba el apelativo incaico imperial *Paullu* con los Paulos latinos, y las *acllas* peruanas con las vestales; y sin pérdida de tiempo habrá que investigar los nombres de los romanos procónsules fundadores de Pretoria en el Transvaal y de Victoria en Australia. Los antiguos mitólogos de la infancia del mundo, el célebre dominicano Anio de Viterbo y los más desaprensivos genealogistas, quedan eclipsados y vencidos.

#### IV

### CLASICOS ITALIANOS

Sin llegar naturalmente a estas monstruosas absurdidades, el tan acreditado Ginguené exagera mucho y desba-

rra cuando conjetura que Dante, en la expedición atlántica y muerte de Ulises (Canto XXIV del *Infierno*), quiso referirse a la América, cuya existencia imagina que sospechaba <sup>22</sup>.

Clarísimo es que Dante no ha podido aludir a América en aquel pasaje, a más de obvias razones históricas, porque la tierra misteriosa en cuya demanda hace perecer a Ulises, era una región inhabitada, *mondo sanza gente*. El rumbo Sudoeste en que la coloca *sempre acquistando dal dato mancino*, prosigue mucho más allá de las Canarias y los vecinos archipiélagos, en que también pensó equivocadamente Ginguené, pues el viaje de Ulises no dura menos de cinco meses:

Cinque volte raccesso e tante casso  
Lo lume era di sotto dalla luna; . . .

y se extiende al hemisferio austral, bajo nuevas constelaciones:

Tutte le stelle già dell'altro polo  
Vede la notte, e'l nostro tanto basso  
Che non surgeva fuor del marin suolo.

Esa comarca dantesca, inaccesible y desierta, debe de ser la misma montaña del Purgatorio: *che mai non vide navicar sue acque*; y en todo caso aparece como una evidente reminiscencia del continente meridional o *antictonio*, señalado por tantos escritores clásicos, entre los que bastará recordar aquí a Estrabón, Crates, Aristóteles, Plinio, Ovidio y Plutarco. De dicho tradicional sistema cosmográfico, que admitía por mera lógica en la zona tórrida grandes islas (que los más reputaban deshabitadas), y no de una increíble adivinación de la existencia de América, ha nacido esta inspiración del Dante. Su maestro Brunetto Latini afirma en

---

22 P. L. Ginguené, *Histoire littéraire d'Italia*, 1ª parte, cap. 8, sec. II, (edición de Milán, 1820), págs. 98 a 100.

el *Tesoro* que la zona tórrida es inhabitable; y lo mismo dice su discípulo Boccaccio, en *De Montibus et diversibus nominibus maris*. Su conocimiento de las estrellas del firmamento Sur, y en especial de la Cruz, manifiesto en varios cantos del Purgatorio, puede provenir, a más de Aristóteles (*De Coelo*, lib, II, cap. 14), de los árabes, cuyos astrolabios egipcios las designaban con bastante exactitud: por ejemplo, el de Caisar ben Casem, que pasó mucho más tarde a Portugal y fue después adquirido por un cardenal Borja; y éste parece otro de los curiosos nexos entre Dante y la ciencia musulmana, que recientemente se van demostrando.

Mucho tiempo después del Dante, cuando alcanzó gran desarrollo la navegación de altura, y los descubrimientos portugueses se multiplicaban, en vísperas de Colón, otro poeta florentino, el canónigo Pulci, en su *Morgante Maggiore*, año de 1488, declaró la pluralidad de continentes en el opuesto hemisferio, y esta vez con la calidad de *accesibles y habitados*, inspirándose en los ya recordados textos de Lucrecio, Cicerón y Séneca sobre las Antípodas. Dice así, refiriéndose a las Columnas de Hércules:

Sappi che questa opinion é vana  
 Perché piú oltre navigar si puote;  
 Pero che e'l aqua in ogni parte é piana  
 Benché la terra abbia forma di ruot...

E puossi andar giú nell'altro emisferio  
 Pero che al centro ogni cosa reprime...  
 E laggiú son città, castella, imperio,  
 Ma nol cognobbon quelle genti prime

(Parlamento de Astarot en el *Morgante*, canto XXV, octavas 227 y 228. Véase también la 229).

Por esto creía Torcuato Tasso que fue Marsilio Ficino el verdadero autor o a lo menos el inspirador del citado canto de Luigi Pulci (T. Tasso, *Lettere Poetiche*, VI).

Otros, como el moderno Francisco de Sanctis, han supuesto que en el sabio demonio Astarot quiso personificar Pulci al médico Pablo del Pozzo Toscanelli, el consejero de Colón.

## V

## MUNDO ISLAMICO

Si por un lado los mahometanos se adelantaron en la observación astronómica del hemisferio, como efecto de sus avances en la India y Africa hasta las cercanías de la línea ecuatorial, por otro lado no dejaron de intentar, aunque con escaso éxito, descubrimiento marítimos en el Atlántico. Los ocho primos Magrurinos (o sean *Los desengañados*) de Lisboa, según el testimonio del geógrafo español Mohamed el Edrisi (*Libro Rogeriano*), navegaron hacia el Oeste. Al cabo de once días penetraron en el mar de los Zargazos; y después de otros doce de navegación al Sur, arribaron a una isla que llamaron *de los carneros*, por los muchos que en ella hallaron, de carne muy amarga. Debieron de ser cabras; y la isla, una de las Maderas o Azores, o más bien la de Fuerteventura en Canarias, conocida desde los tiempos del rey Juba con el nombre de *Capraria*, y en donde, en efecto, encontró posteriormente el conquistador normando Bethencourt grandes manadas de cabras salvajes. Tras otros doce días de viaje toparon los descubridores moros con una segunda isla, cuyos habitantes, *atezados y rojizos*, recuerdan las características de los Guanches. Uno hablaba el árabe y sirvió de intérprete. El rey de la isla hizo transportar a los descubridores moros, vendados los ojos, hasta las costas berberiscas. Todo esto induce a suponer que la última de dichas islas fue otra de las Canarias, de preferencia a las de Cabo Verde, que algunos comentaristas modernos han indicado. De regreso en Portugal, los expedicionarios recibieron el sobrenombre de *ma-*

*grurinos*, por haber visto frustradas sus esperanzas, y lo impulsieron a una de las calles de la Lisboa agarena.

Antes de los relatos de Edrisi, el sabio Masudi, en sus *Praderas de Oro*, del siglo X de nuestra era (Trad. francesa de Maynard et Courtille, 1861), habló de exploraciones en el Océano Occidental, atribuyéndolas a un cordobés Caxcax, que regresó de sus viajes con mucho botín y dejó larga fama de sí en Andalucía.

Finalmente, un rey de Guinea en el siglo XIV, Mohamed Gao, equipó en demanda de tierras occidentales dos grandes expediciones, en la segunda de las cuales pereció él mismo (Enciclopedia de Ben Fadl-al-Omari).

Como se ve, las tentativas del mundo árabe no fueron allende los archipiélagos vecinos de España y Africa.

## V I

### EXPEDICIONES VASCAS, CELTAS, ESCANDINAVAS Y GERMANICAS

Los supuestos descubrimientos de América anteriores a Colón, revistados hasta aquí, no pasan de puros despropósitos, y poco esfuerzo es menester para refutarlos. Es casi *enfocar una porte ouverte* como dicen los franceses, aun cuando maravilla a veces su vitalidad en periódicos, revistas, y hasta libros y manuales, graves en apariencia. No ocurre lo mismo con los atribuidos a los permanentes habitantes de las costas europeas del Atlántico, vascos, celtas, y escandinavos. Navegantes audacísimos, superiores por todo extremo a los mediterráneos de la primera Edad Media; habituados, aun antes del empleo de la brújula, a emprender dilatadas expediciones de alta mar, y a frecuentar las pesquerías de ballena y bacalao en mares muy septentrionales, hay a *priori* la probabilidad de que por aquel lado llegaron a costas americanas. Por lo que toca a los noruegos,

se sabe de cierto y de manera irrefragable que colonizaron, desde fines del siglo X, la Groenlandia, y que visitaron las costas orientales del Canadá, según hemos de repetirlo adelante.

En cuanto a los vascos, no podemos aceptar hasta hoy más que la simple posibilidad, pues no conocemos al respecto ningún testimonio auténtico. Antes bien, las actas de las expediciones anuales de pesca de la Vizcaya española y Castro-Urdiales, que se conservan en la Real Academia de la Historia de Madrid<sup>23</sup> y que con toda exactitud principian en el año de 1237, no mencionan las pesquerías de Terranova antes del siglo XVI. Lo mismo parece desprenderse de los archivos explorados en Quipúzcoa, ateniéndonos a lo que hemos logrado conocer. Los de Orio señalan como primera expedición a Terranova la de 1530; los de San Sebastián, de 1538 a 1540. En Navarrete leemos también que los vascos empezaron a visitar Terranova hacia 1540<sup>24</sup>

Para los vascos franceses demandó la prioridad el antiguo abogado bordelés Cleirac<sup>25</sup>, afirmando que los marinos de Bayona y San Juan de Luz iban en busca de ballenas y bacalao hasta Terranova y las costas del Canadá, cien años antes de Colón, y que el secreto inspirador de éste fue un

---

23 Mss. Legajo V. nº 101. Fueron copiados por el Académico D. José Vargas Ponce, conocido investigador de los anales de la marina española. Los cita H. Harrise en su *Histoire de la découverte de Terre-Neuve*, (París, 1883).

24 *Colcción de Viajes...* por D. Martín Fernández de Navarrete (Madrid, 1825, tomo III, pág. 177 - 179).

25 Etienne Cleirac, *Us est coutumes de la mer* (Bordeaux, 1647), pág. 151. Antes de Cleirac, Marc L'Escarbot, en su *Histoire de la Nouvelle France* publicada en 1618, reclamó la antigüedad inmemorial de las pesquerías de Terranova, para los marinos de Dieppe, Saint Malo, La Rochela y Honfleur. Los naturales de Cap. - Breton sostenían ser ellos los primeros descubridores, contra las pretensiones de los de San Juan de Luz; mas es lo cierto que el primer derrotero conocido de Terranova es de 1579, y obra de un Oyarzábal de Ciboure (barrio fronterizo a San Juan de Luz). Para los vascos españoles, recordemos a D. Pedro de Novo y Colson en su *Historia de las exploraciones árticas* (Madrid, 1880); y al Marqués de Seoane, *Navegantes quipuzcoanos* (Madrid, 1908).

piloto de tales pesquerías. Mas todo debe reducirse a una *gasconada* de Cleirac, pues a más de no haber indicio de tan añejas excursiones, consta la primera de Bayona en 1528, casi al propio tiempo que las de España<sup>26</sup>. Los bretones franceses alegan por su parte un documento fechado en Paimpol el 14 de Diciembre de 1514. Es una transacción entre los monjes del convento de Beauport y los pobladores de la isla de Brehat; y en ella expresan los monjes su pretensión al diezmo de las pesquerías de Bretaña, Islandia y Terranova, por posesión de más de sesenta años atrás. De aquí ha sacado partido Mr. Tampier para su tesis *Les Bretons en Amerique avant Colomb*<sup>27</sup>. Mas en la negligente y confusa redacción de semejantes documentos, cabe pregun-

---

26 E. Ducéré, en el *Bulletin de la Société des Sojences et Arts de Bayonne* (1882), pág. 84. *Inventaire de Pes de Le Land marchand et armateur*, 1528<sup>o</sup> "Item certains de augunes carquesons et abaries deu blatge feit enlan mil Ve. XXVIII per le nabiu aperat Le Francese a Terre Nabe" ibidem, vid págs. 75 y 76; y del mismo en el *Bulletin* de los años 1892 y 1893, *Les Pecheure Basques a Terre-Neuve* luego publicados en tirada especial, en Pau. — Aunque ferviente historiador regionalista, tiene que confesar Mr. Ducéré que no hay ningún documento original que acredite este descubrimiento precolombino de América por los vascos. En la Edad Media la pesca de la ballena se hacía en el Atlántico inglés y en pleno golfo de Gascuña, por hallarse en abundancia allí esos cetáceos, hasta en las cercanías de Biarritz. Sólo posteriormente, cuando desaparecieron de aquellos parajes, los pescadores vizcaínos emprendieron en su busca las navegaciones árticas, poco después del descubrimiento de América por Colón. De otro modo no se explica que el experto cosmógrafo de Santoña, Juan de la Cosa (llamado otras veces Juan el Vizcaíno), en su mapa de 1500, atribuya a los ingleses la exploración de las costas de América del Norte, por los viajes de los Cabot, sin mencionar para nada los pretensos de sus vecinos y posibles paisanos vascongados. Lo mismo se deduce de las concesiones del Rey D. Fernando el Católico y la Reina D<sup>a</sup> Juana en 1511 al catalán Agramonte, para descubrir el misterio de la Terranova, y de las informaciones judiciales de San Sebastián, muy bien estudiadas por Fernández Duro. — Véase también Col. Muñoz, tomo LXXVII, Docs. de la Audiencia de la Isla Española. Argumentaban los de San Juan de Luz y Ciboure, que sus pruebas documentales se incendiaron con los saqueos y estragos de 1511 y 1636. Pero con documentos perdidos nada se demuestra.

27 *Annales de la Bretagne*, tomo IX, pág. 177.

tar si las pesquerías de Terranova se incluían expresamente entre las conocidas y poseídas hacia más de sesenta años, o si se mencionaban en calidad de menos antiguas, dentro de los diversos plazos que en la misma cláusula del documento se enumeran. En esta duda y ambigüedad de términos, es de elemental prudencia crítica, no apoyar tan atrevida proposición en tan aislado y frágil conocimiento. Si resultara probada la autenticidad del documento aducido, quedaría sentada la precedencia de los bretones sobre los vascos en el conocimiento de las costas de Terranova. El historiador naval Mr. de la Roncière procura relacionar estos viajes de los bajo bretones con los de sus vecinos normandos (lejanos descendientes de los noruegos, de que enseguida hablaremos), citando cierta carta del abate Palmier (Ruan, 19 de Abril de 1659), prohijado por el explorador Binot de Gonnerville, en que se hace referencia a permisos, diarios y relaciones de pilotos del almirantazgo de Honfleur, anteriores al descubrimiento de Colón<sup>28</sup>. Esperemos a que se produzcan dichos papeles, con la precisión del caso, para que resulte acreditado el testimonio del abate Palmier. Pero si adolecen de incertidumbres y defectos las pruebas documentadas de las antiguas navegaciones de bretones y normandos franceses, no puede negarse que la raza céltica, en todas sus ramas y derivaciones, tuvo la constante preocupación del misterio del Oeste. Su soñadora y poderosa imaginación pobló de fantásticas islas las soledades del Atlántico. A ella se deben principalmente aquellas quiméricas ínsulas, que tanto perduraron en los mapas científicos y en las creencias populares: la de San Brandán y las Verdes de las Corrientes, creaciones irlandesas; la Antilla y las de las Sirenas, que preocupaban a Colón (véase más adelante

---

<sup>28</sup> De la Roncière, *Navigations Francaises au XV siècle* (*Bulletin de Geographie historique*, 1895).

Precursor de esta escuela francesa fue Guillermo Postel, quien afirmó lo repetido después por Marc Lescarbot y Cleirac.

nuestro capítulo XI), y la de las Siete Ciudades, fantasías galaico-portuguesas; y la tremebunda de la Mansatanaxio o Mano de Satanás, que se diría reflejo nórdico de una leyenda árabe.

En su prodigiosa odisea misionera, los monjes de Irlanda visitaron y colonizaron las Orcades, las Shetland, las Feroe, y hasta la remota Islandia, antes de los escandinavos, cuyas *sagas* así lo reconocen. ¿Pasaron de veras más allá, como después lo hicieron sus enemigos y sucesores los noruegos; y sería en realidad alguna tierra americana la misteriosa Irlanda la Grande (*Irland it Mikla*), el Huitramanaland de que hablan las mismas *sagas*? ¿Quién *alcanzará* a fijar, en aquella poética raza, los neblinosos confines entre el mito y el recuerdo leyendario? Cantares del país de Gales, recopilados tardía e inseguramente, hablan del establecimiento del príncipe Madoc, hijo del rey gaélico Owen Gwynedd, en una maravillosa comarca muy al occidente<sup>29</sup>. Lo positivo es que San Virgilio, monje irlandés y Obispo de Salzburgo, el acusado por San Bonifacio y condenado por el Papa Zacarías a causa de su creencia en las Antípodas, afirmaba en pleno siglo octavo que sus compatriotas de Erin conocían “tierras allende el Océano”. Dicuil en su *De Mensura Orbis Terrae*, trata largamente de estas remotas emigraciones irlandesas, predominantemente monásticas.

Si acaso los Celtas no llegaron a entrever la América Septentrional, es sabidísimo que sus germánicos rivales, los Noruegos, se establecieron duraderamente en Groenlandia, desde fines del siglo X (985) hasta mediados del XV, para regresar, tras un intervalo de doscientos años, en el XVII. A más de las *sagas*, de tomo y pormenores tan verí-

---

29 Consúltese su análisis por Alejandro de Humboldt: *Examen critique, de l'histoire de la Géographie du nouveau Continent et des progrès de l'Astronomie Nautique*, tomo III, pág. 149.

dicos, lo acreditan infinidad de textos, por ejemplo los de Adán de Bremen en el siglo XI; documentos oficiales, como bulas pontificiales; y por fin, inscripciones rúnicas, cementerios y diversas ruinas muy bien estudiadas por los arqueólogos escandinavos. Una vez establecidos en Groenlandia, los Noruegos, por necesidad, a poco que continuaran, tenían que descubrir la Tierra de Baffin y las americanas aledañas, como lo reconoce el mismo famoso explorador Fridjof Nansen, contemporáneo nuestro, que tanto extrema el escepticismo acerca de las *sagas*<sup>30</sup>. Dos de éstas refieren, en efecto, las exploraciones de Leif y Thorvald Eirikson y de Thorfin Karlsefni hacia el año 1000, por las regiones que denominaron Helulandia, Marklandia y Vinlandia. La autoridad de dichas *sagas* históricas, en esta parte se prueba por su exactitud en lo relativo a las colonizaciones de Islandia y Groenlandia, concordante con las demás fuentes ya indicadas. ¿Por que habrían de mentir sólo en lo que respecta a dos tan verosímiles y hacederas navegaciones al próximo oeste de sus florecientes colonias? Hay además referencias a la Vinlandia en el propio Adán de Bremen arriba recordado; y si se advierten en el texto de las *sagas* particularidades alteradas por la leyenda, tenemos que admitir con el severísimo Nansen que el fondo está constituido por "reales conocimientos de los países de occidente".

La Helulandia (*Tierra de los Peñascos*) corresponde por las descripciones a Baffin y al norte del Labrador. La Marklandia (*Tierra de los Bosques*), hacia el Sudeste, poblada de esquimales (*Skroelings*) y muy abundante de pájaros, de osos y muchos otros animales salvajes, con playas continuas, bancos de arena, islas y bahías profundas, ha de ser el Sur del Labrador y parte de Terranova. La Vinlandia, donde hallaron trigo y viñas silvestres (*hueiti*

---

30 Conferencia en la Sociedad Real de Londres, 1911, tomo 38 del *Geographical Journal*.

y *vinvidr*)<sup>31</sup>, o frutos que mucho se les asemejaban, fue muy probablemente, para Leif el Venturoso, el golfo de San Lorenzo, desde la altura de la isla Anticosti hasta Nueva Brunswick y el Cabo Bretón; y para el segundo viaje de Karlsefni, la costa oriental de Terranova<sup>32</sup>. Ni el itinerario y cómputo de navegación de los descubridores; ni los datos astronómicos de la *sagas*, tal como ahora se interpretan; ni el aspecto de las tierras, su flora y su fauna; ni la omisión de los grandes calores estivales, no obstante haber pasado veranos en aquellas costas; ni en fin la constante presencia de los esquimales, permiten ubicar la Vinlandia al Sur de la Nueva Escocia, en el litoral de los actuales Estados Unidos, según lo imaginaron erróneamente tantos autores, a raíz de las publicaciones de Rafn. Definitivamente se ha averiguado que de las tan pregonadas huellas de los escandinavos en Nueva Inglaterra, las más fueron patrañas, y las restantes manifiestos errores; y que en particular el célebre petroglifo de Dighton es obra de indios wabenakis, y nada tiene que ver con las ruinas escandinavas. Así todo concurre a hacer creer que los noruegos en el litoral americano nunca bajaron hasta los 45 grados de latitud Norte.

Entre los compañeros de Leif en el Canadá, se contaba un germano del Sur, o sea un alemán, llamado Tyrker, según lo refiere la *saga* de Erik el Rojo. Después, en la época de Federico Barbarroja, hacia 1160, unos indios esquima-

---

31 También, muchos siglos después, el viajero francés Cartier creyó hallar en el Canadá viñas. Hoy se conviene generalmente con el botánico yanqui Fernald (*Notes on the plants of Wineland the good*, Boston, 1910), en que los escandinavos descubrieron en aquellos parapes, no vides, sino dos especies de grosellas muy parecidas, el *Cornus canadensis* y la *Smilax rotundifolia* cuyo zumo aprovecharon, como hacían con análogas plantas en Escocia e Islandia.

32 Hipótesis de la doble Vinlandia, sustentada por William Hovgaard y Andrew Fossum. Consúltese *La découverte de l'Amérique par les Normands vers l'an 100* (Pars, 1924), par le Lieutenant-Colonel Langlois.— Nos parece inútil recargar la bibliografía de cuestión tan conocida y debatida.

les, arrojados por tempestades y corrientes oceánicas, arribaron a las costas de Alemania. Lo atestiguaba el cronista Otón de Frisinga, y lo repite Eneas Silvio Piccolomini en su *Descripción del Mundo*. A esto se reducen las relaciones precolombinas entre América y la Germania medioeval. En el artículo reciente de un diplomático italiano, que es el más completo muestrario de crasos dislates que cabe imaginar, hemos visto reproducida la temeraria hipótesis de haber sido civilizadores antiquísimos del Yucatán hombres de raza germánica, por llamarse Votán un dios de la nación de los Zendalos, semejante entre los mismos mayas a Itzamná y Cuculcán, y en otras regiones al Quetzalcoatl mejicano y al Huira-cocha peruano. Pero todos estos personajes son míticos (véase la demostración de Seler); y si los indígenas los calificaban de rubios, blancos, aureolados de rizos, viajeros milagrosos que venían del Oriente y desaparecían sobre los mares lejanos, era porque no significaban sino hipóstasis del sol y del viento. Así se explican claramente sus atributos, en apariencia exóticos. Por decoro científico dejemos de lado la infantil homonimia del Votán zendal con el germánico, mera casualidad que nada indica<sup>33</sup>. De otro modo, como hay una tribu amazónica, la de los *panos*, que llama a las piedras, habría que aceptar en ella influencias italianas; en el *Manco* incaico, orígenes manchúes; y en el Chancay peruano, identidad con el Shangaray chino. Buenas estaban tales etimologías pueriles para los incipientes filólogos del siglo XVI, o para el descabellado abate Basseur de Bourbourg, que creyó descubrir palabras sajonas entre los mayas. Hoy descalifica totalmente el mero hecho de proponerlas.

---

33 Citemos a este respecto, por mera puntualidad de información, el ensayo de Charence *Le mythe de Votan, étude sur les origines antiques de la civilisation americaine* (Alencon, 1871).

## VII

## VIAJE DE LOS HERMANOS ZENI

En cambio, no es posible negar en redondo las extrañas navegaciones de los hermanos venecianos Zeni. Las comarcas septentrionales Eslandia, Engovelandia, Drogeo y Estotilandia, que dicen haber recorrido a fines del siglo XIV, en servicio del Príncipe Zichmni, al occidente de Islandia, podrían ser en rigor las mismas Groenlandia, Terranova y Canadá, visitadas y colonizadas por los noruegos. Pero la inverosimilitud de ciertos particulares, dificultades de cronología, y sobre todo la tan tardía publicación de estos viajes (1558), mucho tiempo después del descubrimiento efectivo de América, hacen nacer la vehemente sospecha de que se trate de una invención literaria, adornada *a posteriori* de pormenores fantásticos y de algunos datos positivos sobre las regiones dichas, ya exploradas cuando aquella publicación.

## VIII

## TEXTOS ESCOLASTICOS

La ciencia escolástica, entretanto, conservaba y repetía las nociones de los antiguos sobre la esfericidad del Globo y la existencia de incógnitas tierras, más bien creídas australes que occidentales. La transmisión se observa desde los textos de San Isidoro de Sevilla y el Venerable Beda, hasta los de nuestro Rey D. Alfonso el Sabio, Vicente de Beauvais, Alberto el Magno y D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena <sup>34</sup>.

---

24 San Isidoro cree que la Tierra es plana; y duda de los Antípodas, pero no del Continente Austral, "Extra tres autem partes orbis, quarta para trans Oceanum interior est in meridie, quae solis ardore nobis incognita est, in cujus finibus Antipodes fabulo-

En el franciscano inglés Rogerio Bacon, llamado el *Doctor Admirable*, advertimos bastante más. Consigna en su *Opus majus* que entre el Oeste de Europa y la India, yace “una mitad ignorada de la Tierra” (*plus medietatis terrae, nobis ignotum*); y asienta, siguiendo en esto a Séneca y Aristóteles, que el mar intermedio de España al Asia es breve (*Mare parvum*). Lo repite Nicolás Oresme, Obispo de Lisieux en 1382. No podemos olvidar que el gran Raimundo Lulio, en su teoría de las mareas, coincide con Rogerio Bacon, suponiendo la existencia de un vasto continente occidental (Véanse *Liber de Contemplatione* y *Questiones solubiles*). Todas estas doctrinas se hallan reproducidas o compendiadas en la *Imago Mundi* del Cardenal Pedro D’Ailly, Arzobispo de Cambrai, nacido en Compiègne en 1350, y tan leído y citado por Colón, quien lo lla-

---

se inhabitare produntur (*Etimologías*, Lib. XIV). En el Libro XIII escribe sobre los habitantes del quinto círculo, *cimerinus tropicus*: “Sol, quum ad eum circulum pervenit, himen iis qui ad aquilonem sunt facit, aestatem autem iis qui in austri partibus commorantur”.

Beda es más explícito sobre la inhabitabilidad de la zona tórrida; y acerca de los continentes australes, dice: “Superiorem inhabitamus partem, antipodes nostri inferiores; nullus tamen nostrum ad illos, neque illorum ad nos pervenire potest” (*De Elementis Philosophiæ*, lib. IV).

D. Alfonso el Sabio, heredero de los conocimientos árabes, afirma ya de manera terminante la existencia de salvajes negros en la zona tórrida: “Mas los lugares que son aparte de mediodía de la línea equinoccial, no ha y poblado sinon poca. Et los que y moran, son negros et eiopes, que moran en las islas de la mar. Et son gentes semblantes de bestias, que non an ley nin regla, nin derechos, nin saber, nin maestrías” (Libros Alfonsies<sup>a</sup> cap. VIII).

El dominicano Vicente de Beauvais es uno de los que más decididamente rescita la antigua teoría de Tolomeo de la redondez de la Tierra (*Speculum Majes*); y Alberto el Magno sostiene la real población y civilización de la zona tórrida, y refuta como error vulgar la inexistencia de los antípodos *De Natura Locorum*. El famoso Marqués de Villena propugnó en su *Tratado de Astrología* la redondez de y gravedad de la Tierra. El monje inglés Juan de Halifax Hollywood lo había precedido en el siglo XIII, dando las pruebas de la esfericidad.

ma *Pedro de Aliaco*<sup>35</sup>. Existía, pues, una continuidad perfecta desde los geógrafos del mundo clásico hasta la cosmografía oficial de fines de la Edad Media, como lo manifiesta muy bien Humboldt, y ella hizo posible y necesario el magno descubrimiento colombino.

## IX

### CARTOGRAFOS Y NAVEGANTES CATALANES E ITALIANOS

Al lado de esta preparación abstracta, teórica y filosófica, hubo la preparación técnica, náutica; y en ella la participación de los alemanes Regio Montano y Behaim ha sido muy exagerada. El malogrado historiador vasco Se-

---

35 Algunas de las anotaciones a D'Ailly en el ejemplar que conserva la Colombina, son de Bartolomé Colón, como ya lo sabía el P. Las Casas; pero otras son indiscutiblemente del Almirante Vignaud e Ispizúa se empeñan en sentar como artículo de fe que Cristóbal Colón no conoció el libro del Cardenal de Cambray sino después del descubrimiento de América. Nos parece esta tesis una obsecación injustificable. Desde 1480 o 1483, la *Imago Mundi* estaba impresa. ¿Por qué en el espacio de nueve años, le había de estar vedado a Colón procurarse un libro cuyo tema tan poderosamente le interesaba? ¿Por qué este afán de suponer que hasta 1492 nada leyó ni supo, cuando tantas declaraciones y testimonios contemporáneos nos lo presentan estudiando continuamente, y concentrado en Portugal en sus investigaciones de cosmógrafo; cuando hasta hubo época en que ejerció la profesión de librero; y cuando en el diario de su primer viaje, en el cual Ispizúa le supone del todo lego e indocto, cita expresamente a Plinio, habla del Gran Kan, y se refiere a las opiniones de los teólogos y filósofos acerca de la localización del Paraíso Terrenal? ¿Qué razón material hay para negar por sistema cuanto dice él mismo, y confirman su hijo Hernando y su confidente Las Casas? Ya es tiempo de romper esta arbitraria madeja de acusaciones malévolas y suposiciones calumniosas en que cierta escuela moderna hace consistir la biografía del Descubridor, sin duda como adecuado agradecimiento por el Continente con que nos gratificó, y póstuma compensación por las ingratitudes que padeció.

Adviértase que la *Imago Mundi*, antes de su impresión, corría ya manuscrita en Portugal, como lo comprueba una cita de Azurara; y el propio D'Ailly hubo de confirmar en Colón el error de

gundo de Ispizúa y el portugués Joaquín Bensaude<sup>36</sup> han puesto de resalto y en toda evidencia un punto principalísimo: *La ciencia de navegar que permitió las grandes expediciones, se elaboró en el Mediterráneo, en las penínsulas Ibérica e Itálica*. Su génesis se debió a la astronomía de los árabes, y muy principalmente a los trabajos de los pilotos catalanes y mallorquinos, venecianos y ligures. Los genoveses Vadino y Guido Vivaldi en 1281 sucumbían en la empresa de la circumnavegación del Africa, partiendo del estrecho de Gibraltar y engolfándose en el Atlántico ecuatorial. Diez años más tarde, otro Vivaldi, Hugolino, y Tedisio Doria visitaban el archipiélago canario, explo-

---

las equivalencias de los grados, que comparte con el célebre Martín Behaim y que con tanta dureza le reprocha Ispizúa, lo cual es una implicancia más en la débil argumentación de este último, pues vemos que las mismas equivocaciones geográficas (felices, porque determinaron el descubrimiento) las bebía Colón en aquellas fuentes escolásticas de las que caprichosamente se niega que consiguiera oportuno conocimiento. Es lamentable toda argumentación de Ispizúa sobre la fecha en que el Descubridor conoció las obras del Cardenal D'Ailly. De que una apostilla de Bartolomé es de 1488, deduce que el libro no pudo adquirirse antes de leerlo Cristóbal; y de que Bartolomé anotó algún pasaje, que sólo él era entonces propietario del ejemplar y que *tuvo* que llevarse a Inglaterra. Y exhibe encantado su cadena de frágiles supuestos como "conclusión rigurosamente lógica, sin género de duda" (ob. cit tomo II, pág. 231). De semejante fuerza y perentoriedad dogmática son las más de las afirmaciones de Ispizúa y Vignaud en todo lo relativo a Colón. Que éste leyera o nó a D'Ailly antes del primer viaje, no es cuestión tan esencial tampoco, pues pudo inspirarse análogamente en otros autores clásicos que sabemos de cierto conocía, y en los mapas y planisferios que por su profesión, de continuo manejaba. Hemos querido tan sólo presentar una muestra de la endebles de las razones con que pretenden muchos rebajarlo.

36 Segundo de Ispizúa: *Historia de la Geografía y la Cosmografía en las edades Antigua y Media con relación a los grandes descubrimientos marítimos realizados en los siglos XV y XVI por españoles y portugueses*, dos tomos, (Madrid, 1922-1926).

Joaquín Bensaude, *L'Astronomie nautique au Portugal a l'époque des grandes decouvertes* (Berna, 1912). — *Resume de l'Histoire Nautique portugaise* (Génova, 1917).

Véase también Luciano Pereira da Silva: *A Arte de navegar dos portugueses desde o Infante a D. Joao de Castro* (Oporto<sup>8</sup> 1922), tomo I.

rado de nuevo por Angiolini di Tegghia en 1341, y que poco después figura muy claramente en las cartas de marear de Cataluña y Mallorca. El catalán Jaime Ferrer va al Río de Oro en Agosto de 1345 (Humboldt). Los barcos castellanos de Luis de la Cerda arriban a las Canarias en 1360; y los vascos de Ruiz de Avendaño, en 1377. Casi al propio tiempo el mapa de Jahuda Cresques, o sea el judío converso Jaime de Ribes, el mallorquín (1375-1378), presentado al Rey D. Juan I de Aragón, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, señala al occidente de España y Portugal las islas misteriosas de *Mam* y de *Brazil* (ésta indicada ya en el Atlas Médicis de 1351), las Canarias, y las Azores y Maderas, mucho antes de que se colonizaran; y lo que es aún más de notar, en el Asia Oriental, el Catay (Chatayo), el puerto de Zaitón y las numerosas islas del mar de la China aparecen muy aproximadamente como lo imaginaba Colón, sin que necesitara para esto recurrir a Marco Polo. El cartógrafo genovés Bedario (1434) indica la Antilia y la isla cuadrada de Royllo; y el veneciano Andrea Bianco (1436) repite, siguiendo el Atlas Mediceo y a Pizigani (respectivamente de 1351 y 1367), las ínsulas de Brasir o Brasil, y pone la gran comarca de Antilia en las cercanías de las Maderas. El mallorquín Gabriel de Valseca (1439) multiplica las islas del Atlántico, desde la región ártica “que an lengue de Noruega”, hasta las últimas Canarias.

En esta escuela se formó Colón. Sus estancias en Porto Santo y Madera debieron proporcionarle barruntos de las regiones occidentales, que eran allí el alimento de la diaria conversación; y la herencia de los papeles y mapas de su suegro Perestrello (atestiguada por las historias de Hernando y Las Casas), descubridor de la propia isla de Porto Santo, hubo de procurarle mayores indicios sobre esas tierras sospechadas o entrevistas al Oeste, que los soberanos

de Portugal prometían sin cesar a sus súbditos por aquellos mismos años <sup>37</sup>.

## X

### COLON EN ISLANDIA — JOHANNES SCOLVUS — TEORIAS DE SOFUS LARSEN Y DE D. LUIS ULLOA

Aun antes pudo también recogerlos en su viaje a Islandia, hacia Febrero de 1477. Fútiles por demás son las objeciones que contra éste se formulan. Vignaud, en su morboso prurito de achacar todo género de mentiras y enredos a Colón, niega la veracidad de su testimonio, que es bien explícito (Las Casas; y las *Historie*, fol. 9). Recientemente interpretadas, las noticias que consigna son exactas.

La falta de congelación del mar ese año, en que insiste, ha sido averiguada y demostrada por las investigaciones del erudito danés Finn Magnunsen, y abonada por el gran explorador contemporáneo Charcot, en su reciente libro <sup>38</sup>. Las *braccia* de las mareas en el texto italiano,

---

37 En 12 de Enero de 1472, Alfonso V hace merced de La Aparecida, ya buscada por el Infante D. Fernando. — 1473, el 21 de Junio. Donación en juro de heredad a Rey Goncalves da Cámara de la isla que descubrieron sus navíos. — 1474, el 2 de Enero. Idem a Fernán Telles, de las que hallare en el Océano, no siendo en la parte de Guinea. — 1475, el 10 de Noviembre. Ampliación al mismo de la de las Siete Ciudades (que generalmente se confundía con la Antilla). — 1484, el 30 de Junio. Capitulación con Fernán Domingo de Arco, morador de Madera, para la Capitanía de una isla que se propone descubrir. Lo menciona Colón en el Diario del primer viaje. — 1486, el 24 de Julio, D. Juan II confirma el contrato entre Fernando Dulmo, capitán que se propone descubrir la isla de las Siete Ciudades, y Juan Alfonso de Estreito, concediéndole las islas que descubriere *después de cuarenta días de navegación*. En vista de tantos antecedentes, puede, pues, afirmarse sin vacilación, que para los habitantes de Portugal, y muy en particular para los que residían en las Azores y Maderas, todo conspiraba e inducía en aquellos años al inminente descubrimiento de América.

38 F. B. Charcot: *Christophe Colomb vu par un marin* (París, Flammarion, 1928), págs. 24 y 25.

como hace notar muy atinadamente nuestro compatriota D. Luis Ulloa<sup>39</sup>, fueron con evidencia *brazos* en el texto español original; y así son excusadas las alharacas sobre este particular. Las “cien leguas más allá de Islandia”, pueden y deben entenderse, no al Norte, sino al Oeste, como lo hizo Casoni<sup>40</sup>. Y por fin, la equivocada latitud de Islandia, que escandalizó a De Lollis<sup>41</sup>, la rectifica Ulloa como un palpable error de transcripción, en que el copista trastrocó los número, cometiendo el yerro, *sesenta y tres* por *setenta y tres*, que corregía en esas líneas Colón.

Consta que por aquellos mismos años (1476-77) zarpó de Dinamarca una expedición para Islandia y Groenlandia, que avanzó precisamente hasta más allá del paralelo 63, y realizó por el Oeste exploraciones cuyo alcance no está bien determinado<sup>42</sup>. Iba como piloto un Johannes Scolvus, llamado erróneamente *Skolny* y *polaco* por Humboldt, a causa de una equivocación en el manuscrito de que se sirvió. ¿Fue Joannes Scolvus el mismo Cristóbal Colón o sea Joannes Scoluvus, para la fonética danesa y la paleografía,

---

39 Luis Ulloa: *Xristo-Ferens colom, Fernando el Católico y la Cataluña Española* (París, 1928), pág. 319.— Ispizúa (tomo II, pág. 208) se aferra, sin dar razones, a que el viaje a Tule no fue sino a las islas Shethland.

40 Filippo Casoni: *Annali della Republica di Genova* (1708), pág. 26.

41 Cesare de Lollis: *Cristoforo Colombo nella Leggenda e nella Storia*, págs. 45 y 46.— No es del todo exacto que, como apunta De Lollis, haya mencionado Colón, en el Diario de su primer viaje (21 de Diciembre de 1492), por términos extremos de sus navegaciones Inglaterra y la Guinea. Lo que dice sencillamente es: “Vi todo el Levante y Poniente, por ir al camino del Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea” lo cual no tiene alcance restrictivo, máxime cuando en su libro de las *Profecías* añade que navegó todo lo que hasta entonces se navegaba, y nadie se atreverá a afirmar que era desusada la navegación a Islandia. El último texto conviene, pues, perfectamente, con el terminante párrafo de las *Historias* de su hijo Hernando y las equivalentes palabras de Las Casas.

42 Sofus Larsen, *La decouverte de l'Amerique vingt ans avant Colomb* (Journal de la Societé des Americanistes, tomo XVIII).

como lo asevera Luis Ulloa? <sup>43</sup>. Dista mucho de ser improbable. Cristóbal Colón pudo, entre sus nombres de pila, llevar igualmente el de Juan que era el de su legítimo abuelo, conforme nos lo enseñan esos documentos genoveses tan menospreciados por Ulloa. En cuanto a las demás tesis de nuestro ingenioso compatriota, por ejemplo a la de que Colón, apartándose de la expedición danesca, *pre-descubrió* las costas de la América del Norte, nada menos que hasta Haití, nos es imposible de todo punto admitirlas. Las tenemos por brillantes y complicadas fantasías, como la del origen catalán del Descubridor, desprovistas de base documental y en flagrante contradicción con cuanto se desprende de los hechos mejor averiguados <sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> Ulloa, ob. cit., pág. 322.

<sup>44</sup> Idem.— Reservándose Colón el derrotero, ¿porqué no habría afirmado su pre-descubrimiento, que le hubiera sido útilísimo para combatir las desconfianzas en España y entre sus mismos tripulantes? Las Capitulaciones, contra lo que pretende Ulloa, no lo demuestran. Aquella redacción en pretérito: “de lo que ha descubierto en las mares oceánas”, es vaga y ambigua. Conocida es la imprecisión con que se redactaba entonces. En ese mismo texto de las Capitulaciones, los Reyes Católicos se intitulan ya “Señores que son de la mar Océana”, anticipando sobre la concesión pontificia, como probablemente anticipaban sobre el prometido descubrimiento. Si el señorío pregonado allí es prematuro y de mera expectativa, ¿porqué no interpretar también como futura y expectante la cláusula de que tratamos: Puede ésta referirse además a sus laboriosos conjeturas e indagaciones en mapas y papeles, o a lo que creyó ver de nuevo en su viaje a Islandia. En todo caso, ¿porqué no lo dijo claramente, después del descubrimiento oficial, cuando ningún daño le iba a irrogar el conocimiento de esta prodigiosa hazaña y era desmedro de su gloria el callarla? No se explicaría tampoco su gran incertidumbre en hallar Haití en 1492, cuando se dirigió primero a las Lucayas y luego a Cuba, y abandonó el litoral de ésta sólo porque la costa se prolongaba indefinidamente y serle contrarios los vientos, según lo expone en el Diario de su primer viaje.

Por lo que atañe a impugnar la italianidad de Colón, Ulloa entra en largas disquisiciones de heráldica catalana, a fin de explicar el apellido completo del Descubridor, que se firmaba en latín *Columbus de Terrarubra* sin querer rendirse a la sencilla evidencia de que *Terra-rubra* es el lugar de *Terra-rossa* en el valle de Bisagno, Riviera di Levante, junto a Quito, conocida oriunde de Cristóbal Colón, y patria de su padre y abuelo efectivos.— El hecho

Para descubrir la América en 1492, Colón no necesitó por cierto haberla *pre-descubierto*; le bastaban el ambiente saturado de indicios y tentativas que era el de Portugal, y en particular el de las Maderas, y los conceptos científicos a que se había llegado, que hemos resumido en anteriores páginas, y de que alcanzó suficiente noticia.

## XI

### LA ANTILIA E INSULAS IMAGINARIAS — TEORIA DE VIGNAUD

El mapa dibujado o inspirado por Colón, y descubierto por Mr. de la Roncière en los Archivos de la Biblioteca Nacional de París (Abril de 1924), marca, como no podía

---

de que Colón fuera Colomo en sus primeros años de residencia en Castilla y Andalucía, indica por sí que su nombre originario no era el de Colón, sino el Colombo italiano y Columbus latino, pues *Colomo* es la castiza desinencia vulgar de *Columbus*, como se ve en los análogos vocablos *paloma*, *lomo*, *romo*, que pierden en nuestro romance la *b* de los latinos o lusitanos de que traen nacimiento.— Son baldías las cavilaciones sobre la multiplicación de Santiagos en la toponimia impuesta a las Antillas (pág. 123), si se piensa en que la empresa se hacía con españoles y al servicio de Castilla; y la del uso de la cruz de San Jorge por Colón (pág. 124), tratándose de un genovés. Para la identificación del menor de los hermanos Colón, niega Ulloa la legítima traducción de *Giacomo* en *Diego*, y la equivalencia castellana de *Diego* con *Santiago* y *Jacobo*. ¡Cómo si los infinitos *Diegos* de Castilla y León en los siglos medios hubieran debido patrocinio, no al Apóstol de las Españas, sino al desconocido ermitaño Didaco de Siria!

El gran Almirante se llamó a boca llena genovés en solemnes documentos. Se les recusa como apócrifos, porque todo se puede recusar. Pero en cartas a los Reyes, dirigidas por igual a Isabel, y a Fernando de Aragón y *Cataluña*, se dijo y se repitió "extranjero". Se rodeó siempre de italianos, y especialmente de genoveses (Fieschi, los Spinola, los Centurione, Antonio Basso, los Di Negro. Véase su inatacable codicilo) hasta el extremo de que su exclusivismo despertara graves recelos oficiales. Está comprobado que leía a Plinio en italiano, y en italiano lo anotaba, aunque fuera dialectal o incorrecto. En su carta de Jamaica, habla de Pisa y Venecia. Su hermano Bartolomé poseía, entre sus libros predilectos, el de Cecco d'Ascoli. Ninguno de sus contemporáneos abrigó la menor duda de

menos de ser, hacia los mares de Irlanda (dados los mapas anteriores, particularmente los italianos recordados atrás), las míticas islas del Brasil y de la Antilia, identificada con la de las Siete Ciudades, fundadas según la leyenda por los godos portugueses, fugitivos de la gran invasión mahometana. Nueva prueba de lo bien empapado que estaba Colón en las ideas geográficas de su tiempo, y especialmente en la cartografía de sus paisanos; y de que su descubrimiento tuvo como base empírica los que en su derredor se intentaban, lógica continuación del de los archipiélagos de Canarias, Maderas, Azores y Cabo Verde.

Palmario es que se documentaba sobre las supuestas ínsulas del Oeste y que preveía la probabilidad de tocar en la Antilia, tan expresamente mencionada en la carta principal y auténtica de Toscanelli. Pero de aquí a pretender

---

su naturaleza ligur. Se han publicado numerosas actas notariales de su familia, cuya humilde condición explica de sobra ciertos interesados silencios, lo insólito de su escudo de armas y el quimérico parentesco con los Señores de Cuccaro. ¿Qué más se quiere? Ni era tan desacostumbrado en verdad, desde los tiempos de San Fernando y Bonifaz, que los almirantes del rey de Castilla fueran genoveses. El de Alfonso XI tradujo su nombre italiano de Egidio *Boccanera* por Gil Bocanegra, sencillamente, sin que nadie suponga estrambóticos misterios.

Claro es que rechazando la autenticidad de cuantos testimonios estorban (testamento de D. Diego Colón, Historias de Hernando Colón, Las Casas, Anglería, Bernáldez, Antonio Gallo, Gius-tiniani, minuta de Assereto, mapa de Bartolomé Colón, despacho del Embajador Puebla a los Reyes Católicos), e imaginando donde quiera sutilísimas intrigas y secretos de Estado, puede fabricarse una novela; pero falla la clave de la bóveda cuando reflexionamos que, después de tan inmenso servicio como el del descubrimiento de las Indias, en el entusiasmo de los primeros momentos, la rehabilitación y el perdón del supuesto corsario rebelde habría sido cosa facilísima y obligatoria, sin persistir en las imponderables complicaciones de un falso estado civil para tan alto personaje, sobre todo cuando Ulloa admite (pág. 184, y en otras muchas) que Fernando el Católico conocía o sospechaba el que atribuye al Descubridor. Ni ¿por qué Fernando había de empeñarse sistemáticamente en frustrar a Aragón y Cataluña de los frutos del descubrimiento, él que era tan previsor, cuando varias veces abrigó el temor y estuvo de hecho a riesgo de quedarse sólo con esos sus privativos dominios, como le pasó más tarde a la muerte de Isabel?

con Vignaud que tal fue el objeto preciso y exclusivo de su primer viaje, sin imaginar hasta después de él la travesía del Océano a las riberas asiáticas, hay una inmensa distancia; y todo género de razones y versosimilitudes impiden salvarla. En el mapa referido, la Antilia está situada al Noroeste de España. Si se dirigía a buscarla, ¿cómo no se enderezó a aquel rumbo, en vez de aparejar hacia las Canarias por el Sur, y luego en derechura hacia el Oeste? <sup>45</sup> En el pasaporte expedido por los Reyes Católicos al Almirante, junto con las Capitulaciones (Abril de 1492), se dice, con todas sus letras, que lo envían *ad partes Indiae*. No puede, pues, haber dudas ni discusión al respecto. Por lo demás, la idea de la redondez de la Tierra y la consiguiente de la posibilidad de ir al Oriente Extremo partiendo del Occidente, estaban tan difundidas en la época, que habían pasado de las obras filosóficas y científicas hasta las de literatura imaginativa y popular, como es de ver en los viajes de Juan de Mendeville. Al propio tiempo que Colón, la estudiaban y proponían al Rey de Portugal, los dos sabios alemanes Jerónimo Monetario y Martín Behaim. Negar arbitrariamente que Colón, al igual que tantos de sus contemporáneos, la abrigara, fue en Vignaud uno de esos absurdos caprichos seniles de detracción, que privan a sus escritos de toda eficacia y autoridad.

---

¡Y los Cardona y Colón nada habrían vislumbrado de la noble prosapia catalana de su abuelo! ¡España entera habría perseverado por siglos en la conjuración inverosímil de ocultar con tenacidad sorprendente el tenebroso secreto (según Ulloa sabido o conjeturado por muchos) cuando ya las oscuras e intrincadas razones atribuídas por él a los Reyes Católicos, carecían de utilidad y fuerza, pues era Castilla la definitiva, incontrastable y exclusiva señora de las Indias! Todo es inexplicable y laberíntico en la hipótesis catalana; todo es llano y lógico en la genovesa, si no olvidamos que el Almirante no gustaba de particularizar innecesariamente sus orígenes, para no poner muy de manifiesto su plebeya extracción, y que para paliarla alegó alguna vez ilusorias alianzas.

45 Charcot, ob. cit., pág. 100.

## XII

CORRESPONDENCIA DE TOSCANELLI. — TEORIA  
DE GONZALEZ DE LA ROSA

Lo anterior nos lleva, como por la mano, a tratar de la célebre correspondencia entre Toscanelli, el canónigo portugués Martins y Colón, cuya autenticidad se negó años hace, con tanto ruido y aparato, por el mismo Vignaud y nuestro compatriota D. Manuel González de la Rosa <sup>46</sup>.

El verdadero iniciador y maestro de Vignaud fue aquí González de la Rosa. Este presbítero limeño era hombre estudioso y versado en historia americana, pero sus investigaciones e hipótesis resultan casi siempre inutilizables, por desordenadas y contradictorias. Aquejado de continuo por las fobias de la falsificación y el plagio, comenzó acusando al eminente D. Marcos Jiménez de la Espada de haber aprovechado con dolo su edición de la segunda parte de Cieza. Fantaseó luego sobre la lengua y escritura etruscas. Inspiró más tarde las cavilaciones contra Colón del mencionado Vignaud, a quien acabó acriminando de apropiarse fraudulentamente el fruto de sus trabajos, y que, para aplacar sus iras reivindicatorias, le dedicó con grandes

---

46 Henry Vignaud, *La lettre et la Carte de Toscanelli* (París, 1901), *Etudes critiques sur la vie de Christophe Colomb avant ses decouvertes* (París 1905).— *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*; dos vols. (París, 1909-1911).— *Le vrai Christoph Colomb et la legende* (París, 1921).

D. Manuel González de la Rosa, *La solution de tous les problemes relatifs a Christophe Colomb* (París, 1900).— *Mil cuatrocientos noventa y dos, Colón y su descubrimiento* (Art. en *El Comercio* de Lima del 28 de Setiembre de 1911, reproducido en la *Rev. Histórica del Perú* del mismo año).

En sentido contrario, consúltense el muy atinado libro de D. Angel de Altolaquirre, *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli* (Madrid, 1903); y el reciente de Mr. N. Sumien *La correspondance du savant florentin Paolo dal Pozzo Toscanelli avec Christophe Colomb* (París, 1927), que niega la segunda carta, con muy atendibles razones, pero demuestra la autenticidad de la primera.

elogios su principal obra. De regreso al Perú, donde en su vejez lo conocimos y tratamos mucho, imaginó que tan contradictorias fuentes, como los *Comentarios* del Inca Garcilaso y las *Memorias Historiales* de Montesinos, provenían de la adulteración y oculto aprovechamiento de los papeles de Blas Valera. Improbó que amontonaba contra la vida y escritos del gran cronista cuzqueño. En sus últimos meses, todavía inventaba otro intrincado plagio, el del *Evangelio en triunfo* de Olavide, que sin grave fundamento sostuvo copiado de un insignificante y olvidadísimo libro francés. Tal es el apasionado y enfermizo impugnador de la correspondencia toscaneliana.

Que los diferentes textos en que nos ha llegado esta correspondencia estén estragados por interpolaciones e incorrecciones, es seguro y evidente; pero el fondo nos parece de la mayor verosimilitud.

Muy natural y lógico era que un eclesiástico de Lisboa, conoedor de Italia, escribiera, en servicio del Rey de Portugal, a Toscanelli; pues el monarca portugués, por medio de sus embajadores en Mantua, ya había consultado al propio Toscanelli sobre asuntos de cosmografía el año de 1840. Su grande amigo y biógrafo, Vespasiano da Bisticci, cuenta que "muy frecuentemente despachaba consultas en Astronomía, cuando sus amigos se las pedían". Sabemos, además, que tenía muchas noticias del Asia, porque sus sobrinos comerciaban en especerías del Levante. Las ideas y preocupaciones expresadas en su dictamen a Martins, son con toda exactitud las de su medio y habitual sociedad; y para comprobación de ello basta cotejarlas con las octavas, que en este mismo estudio hemos citado, de su contemporáneo y confidente, el poeta Luis Pulci, en *El Morgante Maggiore*. Atento siempre Colón a su extraordinario proyecto, pudo tener fácilmente ecos de esta primera carta, pues su mujer estaba relacionada con el canónigo por el matrimonio de Bartolomé Perestrello con Margarita Martins; y nada hay

de violento y extraño en que, por medio del banquero florentino Lorenzo Giralaldi (o Berardi), acudiera en busca de confirmación al propio Toscanelli, cuya afabilidad y desinterés atestigua el insospechable Bisticci. Si Colón o los suyos hubieran fraguado la correspondencia, no se habrían limitado, tras de vagas frases de cumplimento y cortesía, a transcribir el parecer dirigido a Martins; habrían puesto de resalto los méritos del futuro Descubridor; no lo habrían supuesto portugués o naturalizado en Portugal, como lo hace Toscanelli en la segunda; y finalmente, no habrían sido tan explícitos en atribuir al cosmógrafo toscano la iniciativa de la empresa, lo que no podía redundar sino en desdoro de la genialidad de Colón. ¿Qué objeto se proponían con esta falsificación? ¿Por qué Colón no hizo caudal de ella si fue su inventor, en sentir de González de la Rosa? Y si lo fueron, como pretende Vignaud, su hermano, su hijo, o Las Casas, ¿qué necesidad tenían de agregar una autoridad forjada y no decisiva al cúmulo de las reales y verdaderas, que los dos últimos enumeran como antecedentes y motivos del descubrimiento? Observamos la misma superfluidad y contradicción inconexas, que son como el sello y la marca de fábrica en la suposición de los infinitos fraudes históricos y literarios, devaneados y alambicados, durante toda su vida, por González de la Rosa.

Tan se sabía o presumía en Italia la correspondencia de Toscanelli acerca del camino occidental para las Indias, que ya muerto él y a poco del descubrimiento de Colón, en 1494, el Duque Hércules de Este encargaba a su embajador en Florencia, Manfredo Manfredi, que rebuscara entre los papeles del difunto cosmógrafo los concernientes a aquel tema <sup>47</sup>.

Sabio de gabinete y humanista, el médico Pablo Toscanelli, por seguir las doctrinas de Marino de Tiro, concor-

---

<sup>47</sup> Gustavo Uzielli, *Raccolta*, vol. I, pág. 145 (Carta fechada en Ferrara el 26 de Junio de 1949).

dantes con las de Posidonio y Séneca, abreviaba mucho el volumen de la Tierra, y la consiguiente distancia entre Asia y España. Igual influencia errónea ejercieron en Colón las citas agrupadas por su predilecto Cardenal Aliaco. No ha habido en la historia error más útil y fecundo, pues alentó a la empresa y facilitó el hallazgo del Mundo Nuevo.

### XIII

#### LOS PILOTOS DESCONOCIDOS. OPINION DE LOS PERUANOS GARCILASO DE LA VEGA Y JOSE TORIBIO POLO

Predominando sobre los móviles doctrinales, la tradición señaló revelaciones concretas a Colón, de oscuros navegantes, casuales sabedores de remotas tierras al Oeste. Ya hemos hablado de las cartas y derroteros heredados de su suegro Bartolomé Perestrello (o más bien Pallestrello, que parece la forma primitiva). Un su contertulio en la Rábida, Pedro Fernández de la Frontera, experto marino, que había sido criado del Rey de Portugal, llegó al Mar de los Sargazos, y aseguraba la existencia de las comarcas occidentales<sup>48</sup>. El propio Colón, en el Diario del primer viaje, recuerda la empresa del portugués Fernán Domingos de Arco, y lo que de semejantes intentos se hablaba en la Gomeira, la isla del Hierro, y las Azores. Hernando Colón y Las Casas, siempre concordantes, mencionan varios pilotos: uno de ellos, Pedro de Velasco, de Palos, que hacia 1450, siguiendo el vuelo de los pájaros desde Fayal, se internó 150 leguas en el mar y halló la isla de Flores; otro, un marinero tuerto de Santa María, que yendo a Islandia topó con una

---

<sup>48</sup> Manuel Salas y Ferré, *El descubrimiento de América* (Sevilla, 1893), págs. 115 a 122.

tierra que imaginó la Tartaria, y a la cual por el mal tiempo no pudo arribar; y en fin un gallego que, estando en Murcia, refería asimismo que en el rumbo de Islandia columbró una ínsula desconocida <sup>49</sup>. El relato del que murió en Madeira huésped de Colón, dejándole en pago del hospedaje el precioso derrotero, cuenta igualmente con la alta autoridad de Las Casas <sup>50</sup>, que conocía al Almirante, manejó sus apuntes, y, como hijo de uno de los primeros pobladores de la Española, recogió la tradición de los descubridores. Poco importa, en consecuencia, que Oviedo la repunte “novela de gente vulgar” <sup>51</sup>. Gómara en cambio la confirma <sup>52</sup>, ignorando el nombre del piloto, e igual hace el P. Acosta <sup>53</sup>. Nuestro compatriota el Inca Garcilaso, aunque muy tardío (su obra apareció en el siglo XVII), dice haberse llamado aquel primer descubridor involuntario Alonso Sánchez, natural de Huelva, y precisa también la fecha, año 1484, “uno más o menos”, fundándose en el testimonio de su padre, el extremeño conquistador del Perú, Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas <sup>54</sup>. El erudito peruano D. José Toribio Polo siguió entre nosotros la teoría de su paisano el Inca Garcilaso, del propio modo que en España D. Cesáreo Fernández Duro <sup>55</sup>.

Asisten en favor de ella dos razones de innegable peso; el P. Las Casas asevera que los naturales de Haití recordaban haber visitado sus playas, poco antes que Colón, hombres blancos del mismo aspecto y traza, y no eran re-

49 *Istorie*, cap. IX.— Las Casas, caps. XIII y XIV.

50 *Idem*. XIV.

51 Oviedo: *Hist. Nat. y Gral. de las Indias*, lib. I, caps. II y IV.

52 Gómara: *Historia de las Indias*, cap. XIII.

53 Acosta: *Historia Nat. de las Indias*, lib. X, cap. XIX.

54 Inca Garcilaso: *Comentarios Reales*, Primera Parte, lib. I, cap. III.

55 D. José Toribio Polo: *La América y Colón* (Artículo publicado en *El Comercio* de Lima, edición de la tarde del 6 de Octubre de 1911; y reproducido en la *Revista Histórica del Perú* del mismo año).— C. Fernández Duro, *La Tradición de Alonso Sánchez de Huelva* (Bol. de la R. Academia de la Historia, tomo XII, págs. 33 y sgts., año 1892).

latos míticos, como los análogos de Méjico y el Perú, pues se referían a sucesos recientes; y este predescubrimiento de las Antillas parece confirmado por el hecho de haberse hallado en la Guadalupe, al principio del segundo viaje (4 de Noviembre de 1493), restos de una embarcación europea, que no eran por cierto de la *Santa María*, perdida al Norte de la Española hacía un año. Bastan las corrientes ecuatoriales para explicar tales arribadas fortuitas, aunque lo niegue D. Luis Ulloa <sup>56</sup>.

#### XIV

### JEAN COUSIN Y SU PADRINO, NUESTRO CONTEMPORANEO MARIUS ANDRE. OTROS IMPROBABLES PRECURSORES

Con su habitual ligereza, de que dio luego tan lastimosas muestras en el novelesco libelo *La veridique aventure de Christophe Colomb* (París, 1928), Marius André defendió la precedencia de las navegaciones de Jean Cousin, marino de Dieppe <sup>57</sup>. No podía desperdiciar la coyuntura de maltratar la por él tan odiada memoria del verdadero Descubridor.

Se pretende que en 1488, Cousin, yendo a Guinea, avistó y reconoció las costas del Brasil; y que llevaba en su compañía como piloto a Vicente Pinzón.

Ya Gaffarel y el capitán inglés Gambier <sup>58</sup> habían propugnado esta opinión; e hizo merecida justicia de ella, en dos monografías muy breves pero decisivas, D. Cesáreo Fernán-

---

<sup>56</sup> L. Ulloa: *Xristo-Ferens Colom* . . . págs. 390 y 391.

<sup>57</sup> Apareció su estudio como artículo en la *Action Francaise* en el año 1923. Lo reprodujo el *Journal de la Société des Americainistes*, tomo XV, págs. 289 y siguientes.

<sup>58</sup> Gaffarel: *Histoire de la decouverte de l'Amerique*. — Captain Gambier, *The tre discovery of America* (en la *Fort-Nightly Review*, de Enero de 1894, Londres).

dez Duro <sup>59</sup>. No es que parezca imposible, ni mucho menos, este casual descubrimiento, mera anticipación del de Cabral, y repetición de los de aquellos pilotos portugueses, andaluces o vascos, que acabamos de enumerar. Es que, como todas estas exploraciones normandas, a que ya nos hemos referido en páginas anteriores, el pretense viaje de Cousin y Pinzón no se acredita con documentos originales, pues pretextan que perecieron en el incendio de los archivos de Dieppe en 1694; ni hay más referencias claras que en las *Memoorias* del insegurísimo Desmarquets, fantaseador cronista naval de fines del siglo XVIII. Increíble parece que fueran tan estrictas la discreción y reserva francesas que en dos siglos, hasta el oportuno incendio, a nadie hubiera trascendido el secreto. El viaje de los Cousin (pues fueron en verdad dos, ambos llamados Juanes), origen de la leyenda, no se realizó efectivamente sino de 1503 a 1506, bajo el mando del capitán Gonville, como lo ha puesto bien a la luz Mr. de la Roncière <sup>60</sup>. Vicente Pinzón, el supuesto compañero de los Cousin, no se embarcó ciertamente con ellos, pues llevaban pilotos portugueses; y muy al contrario, declaró judicial y solemnemente en Sevilla, el año de 1513, la absoluta prioridad de Colón en América <sup>61</sup>. Hernán Pérez Mateos, primo de los Pinzones, declaró también, en Santo Domingo, que antes de Colón sus parientes de Palos no tuvieron “conocimiento del mar Océano ni de estas partes de las Indias”. Con tales declaraciones se desbaratan por igual las muy interesadas mentiras del hijo y deudos de Martín Alonso Pinzón, que sostenían que éste en Roma, obtuvo, de un astrónomo del

<sup>59</sup> *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXVI, pág. 149; tomo XXI, pág. 419.

<sup>60</sup> En el *Bulletin de Geographie historique et descriptive* (París, 1895). Otros autores franceses, sin mayor fundamento, suponen que el bretón Juan Coetanlern, el pirata llamado *Rey del Mar*, destructor de Bristol, y en su origen Almirante de Portugal, fue quien en Lisboa indicó a Colón el camino de la Antilla.

<sup>61</sup> Navarrete, *Col. de Viajes*, tomo III. — *Pleitos de Colón*, publicado por la Real Academia de la Historia (tomo I, pág. 266).

Papa Inocencio VIII, indicaciones exactas sobre las tierras por descubrir. Cuanto dijeron, con el evidente propósito de frustrar en sus derechos a los herederos de Colón, es un eco reconocible de las palabras del mismo Almirante y de la carta de Toscanelli<sup>62</sup>. Así ha venido a demostrarse, a mayor abundamiento y por vía indirecta, la autenticidad de ella, y a disiparse otra superchería anticolombina. Marius André naturalmente le prestó crédito y favor<sup>63</sup>. La pasión que lo enajena no le permite preguntarse porqué aberración inexplicable, si poseían los Pinzones tan calificados y certeros datos, y los recursos necesarios para la empresa, que sólo ellos eran capaces de acometer, como hasta la saciedad nos lo repite, se sometieron al aventurero fanfarrón, que nos describe tan desacreditado e incapaz. Pocas veces la paradoja hipercrítica y la atrabilis han osado mayores injurias contra uno de los más grandes benefactores de la Humanidad.

La escuela portuguesa, con Costa Lobo y Malheiro Dias<sup>64</sup>, se limita por lo general a reivindicar la iniciativa del movimiento de exploración al Oeste, recordando las tentativas y barruntos de que en el capítulo IX hablamos; o reclama con el P. Cordeiro la harto dudosa anterioridad de los viajes a Terranova de Juan Vaz Corte-Real y Alvaro Homen, o de los de Martín Behaim y Juan Ramalho El P. Cordeiro, historiador de las Azores en el siglo

---

62 N. Sumien, ob. cit., págs. 64 y sgts.

63 Marius André, *La veridique aventure...*, págs. 87 y 88.

64 Consúltense además del libro de Oliveira Martins, *Navegaciones y descubrimientos de los portugueses anteriores al viaje de Colón* (Madrid, 1892); y el de Bernardino José de Senna Freitas, *Memoria histórica sobre o intentado descobrimento de una supposta ilha ao norte de Terceira*. Versa éste sobre las Capitulaciones de Juan II con el Capitán Fernando Dulmo, que atrás recordamos. Presentan singulares analogías con las de Colón, que sus denigradores hallan tan insólitas y excesivas. También Dulmo era un extranjero, nacido en Flandes o Francia; y obtuvo el dominio y jurisdicción de las tierras que descubriera, la promesa de un título nobiliario, merced a la sazón no prodigada, y el mando de la escuadra y soldados que el Rey, en caso necesario,

XVIII, no se apoya sino en el incierto testimonio del Dr. Gaspar Fructuoso (*Saudades da terra*). El completo silencio de los cronistas lusitanos coetáneos entraña, en el fundado parecer de Harrise<sup>65</sup>, la más eficaz desautorización de la especie. La expedición de Behaim no pasó del proyecto que mencionamos en el capítulo XI; pues la de 1485, de que habla en su mapa, se redujo a las Azores.

*En Resumen:* fuera de los viajes noruegos, pronto olvidados, al Labrador y Terranova, en el siglo XI; y de la probabilidad de arribadas fortuitas por anónimos navegantes ibéricos, cuyas noticias debió de utilizar Colón, no hay prueba alguna de efectivos y materiales precursores europeos de éste. Todo lo demás se reduce a *vagas conjeturas*, según las propias y justas palabras del Descubridor (Carta de Colón a Rafael Sánchez, 4 de Marzo de 1493).

Y como las expediciones asiáticas a América carecen igualmente de historicidad, y el Fu-Sang de las leyendas chinas budistas, con caballos y bueyes domésticos, y desprovisto de armas y de edificios de piedra, no puede ser ninguna comarca americana, ha de afirmarse rotundamente que los mongoloides, desde su remotísima y prehistórica invasión en el Nuevo Mundo, permanecieron allí de todo punto aislado e ignorados del Antiguo, y sin más mezcla apreciable que la primitiva inmigración de los oceánicos polinesios y australianos, estudiada hoy por Sergi y Rivet.

---

debía enviar como refuerzo, para consolidar la colonización. No se reservaba la Corona portuguesa sino el décimo de los productos del descubrimiento. Resulta, pues, contra las griterías de Marius André y congéneres, que las "monstruosas pretensiones" de Colón eran idénticas a las que solían solicitarse y recabarse para expediciones semejantes.— Otro extranjero, y por cierto genovés, Lucas de Cazzana, fué socio principal en el fracasado descubrimiento, al Oeste de Madera, de Vicente Dias, portugués de Tavira, por aquellos años.

De los viajes ingleses en busca de las ínsulas del Brasil, recordaremos el de John Jay, en 1480, desde Bristol, conocido por el *Itinerario* de Guillermo de Worcester; y los otros que zarparon del mismo puerto en 1491 a que se refiere un despacho del embajador de los Reyes Católicos en Londres, siete años más tarde.

65 H. Harris, *Les Corte Real* (París, 1883).

IX

LOS FRANCISCANOS EN EL PERU Y LAS  
MISIONES DE OCOPA

*Conferencia sustentada en el Palacio de las Misiones de la Exposición de Barcelona, el 4 de diciembre de 1929, con motivo del homenaje a San Francisco Solano.*

*De este mismo texto íntegro hay hasta cuatro ediciones anteriores: José de la Riva-Agüero, Los Franciscanos en el Perú y las Misiones de Ocopa, Barcelona, Tip. Católica Casals, 1930, 23 pp. 20 cm.; Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1937, T. I, pp. 156-168; De las Misiones Franciscanas en el Perú, Lima, 1942, Colección Descalzos, nº 3, pp. 3-19; José de la Riva-Agüero, Afirmación del Perú (Antología), Lima, 1960, T. I, El Perú en su Historia, Cap. IX, pp. (247)-266.*

FUERON los Franciscanos al Perú, con D. Francisco Pizarro, en los primeros años de la Conquista, muy poco después que los Dominicos. El italiano Fray Marcos de Niza, con seis compañeros, presenció en 1532 el enjuiciamiento de Atahualpa, sin poder evitarlo.

La índole amable y popular de su Orden les granjeó en breve el favor de todas las clases en la naciente colonia. Multiplicáronse extraordinariamente sus conventos, enriquecidos con los dones de los conquistadores; y como para la inmensa tarea de catequizar a los súbditos del antiguo imperio incaico, hubo que acudir de preferencia a los regulares, encomendándoles los curatos de indios, que se llamaron *doctrinas*, tocó a los Frailes Menores el más crecido número de ellas.

A la difusión de sus empresas evangélicas correspondieron la cantidad y fama de sus casas y recolecciones, la esplendidez de sus templos, el crédito y veneración de sus religiosos. Franciscano portugués, Fray Pablo de Coimbra, fué quien en 1542, dijo la primera misa en la recién

fundada León de los Caballeros de Huánuco; franciscano Fray Jerónimo de Villacarrillo, el valiente amonestador de los rebeldes Gonzalo Pizarro y Carbajal; franciscanos, los que con Mendaña y Quirós partieron para los lejanísimos descubrimientos en Oceanía; y franciscanos, los que al frente del pueblo armado, resistieron a los piratas herejes Spielberg y Hermite Clerck en Pisco y el Callao.

Hasta 1565 la Provincia Seráfica de los *Doce Apóstoles*, comprendía todas las regiones del Pacífico Meridional, desde Panamá. En el indicado año segregáronse las de Quito, Bogotá, Chile y las Charcas, quedando la primitiva del Perú reducida al Norte y Centro de nuestro país actual, con las custodias anexas de Panamá, Cartagena de Indias y Tolú; pues Arequipa, Puno y el Cuzco se unieron a la de las Charcas, denominada de *San Antonio*. Y no obstante estas segregaciones, las de los *Doce Apóstoles* del Perú, contaba con cuarenta y cinco conventos, cuya cabeza era el de Jesús de Lima.

Mi patriotismo, enternecido por el tiempo y la distancia, evoca la solemne imagen de aquel gran monasterio, que con sus tres iglesias señorea una de las más hermosas y típicas plazas de mi ciudad natal. Veo las altas y macizas torres de San Francisco, bajo cuyas bóvedas duermen tántos de mis remotos abuelos; la Soledad, arcaica y airo-sa; la Capilla del Milagro, tan castellana y redondeada; los alizares de azulejos y los artesonados de la portería y los claustros, obras del portugués Vasconcellos, decoradas por alarifes sevillanos y ceramistas de Castilla, y que en efecto traen a la memoria los edificios mudéjares y la reluciente *Ygreja da Madre de Deus* en Lisboa. Veo las estalactitas de cedro de la soberbia escalera, los jardinillos y surtidores, las retorcidas y oscuras capillitas claustrales, la polvorienta biblioteca de infolios, la envejecida sala capitular, los andaluces callejones que llevan a la Casa de Ejercicios. En ese artístico convento murió el insigne apóstol y tau-

maturgo San Francisco Solano. Dos manzanas o islas de construcciones abarcaba, pues un Virrey Mendoza le permitió anexarse la que contenía el huerto y casa de placer del Conquistador Francisco Pizarro, y cerrar la calle intermedia. De él han salido, respetando el núcleo principal, el Seminario, un vasto hospicio, un cuartel e infinidad de habitaciones privadas. Y no bastando a los Franciscanos de Lima este inmenso cenobio, poblado entonces por más de 300 frailes, tenían al otro lado del río, Abajo del Puente, que es lo que en Sevilla Triana, en la clásica Alameda, esmaltada también por tres templos, junto al quemadero del Santo Oficio y a la supersticiosa colina del aquelarre, debajo del histórico cerro de San Cristóbal, una famosa recolección o *descalcez*, Santa María de los Angeles, privilegiado teatro de las penitencias y oraciones de Solano; y al otro extremo de la ciudad, el conventillo de Guadalupe, colegio universitario de San Buenaventura, donde se cultivaba la filosofía de Escoto, y se escribían libros expositivos de sus doctrinas, y existía una cátedra de ciencia mística. Y en los amenos pueblos que circundan Lima, se enumeraban los conventos campestres de Surco, La Magdalena, Lurín, El Callao, Chancay y Huaura, guirnalda rústica que coronaba, con claros y hospitalarios albergues franciscanos, la metrópoli criolla, henchida de religiosidad y devoción. Detrás de San Francisco Solano, brillaban su compañero Fray Juan Gómez; su precursor, el Venerable Fray Andrés Corso; el quechuista ayacuchano, Fray Luis Jerónimo de Oré, después Obispo de La Imperial de Chile; los historiógrafos Fray Marcos Jofré y Fray Bartolomé de Bustamante; los filósofos Fray Jerónimo de Valera y Fray Miguel de Ribera, descendientes ambos de conocidos conquistadores; y en fin, los tres hermanos limeños Salinas y Córdoba, nietos de los conquistadores Lope de Salinas y Diego Fernández de Córdoba, y parientes de los posteriores Marqueses de Lara y de Casa-Dávila: el ma-

yorazgo, Fray Lope, muerto muy mozo, de corista, en 1609, con vehementes indicios de santidad; el segundo, Fray Buenaventura, que fué antes de profesar Secretario de Gobernación del Príncipe de Esquilache y luego Regente de Santa María la Nuova de Nápoles, Comisario General de la Orden en Méjico y allí principal consejero del Virrey Conde de Salvatierra, fecundo polígrafo, que murió en 1653, Obispo electo de Arequipa; y el tercero, Fray Diego, cronista de la Privincia, renombrado autor de la voluminosa *Corónica*, impresa en Lima el año de 1651.

Este descomunal y rarísimo infolio, que he compulsado mucho en mi juventud, relata las primeras hazañas de los misioneros Franciscanos en las selvas. Traspuesta la segunda cordillera de los Andes las eminencias van siendo menores, aunque todavía escabrosas; se cubren de tupidas y calurosas arboledas, y se tienden al fin, con caudalósísimos ríos, en indefinidas llanuras de vírgenes e insalubres florestas. Esa zona, que con impropiedad denominamos la Montaña, excede casi toda ella de los límites del Imperio de los Incas, quienes domeñaron sólo mitad de la cuenca del Urubamba, y las provincias de Chachapoyas y Moyobamba; y visitaron, en expediciones muy precarias, las del Amarumayu o Madre de Dios, el Beni, el Mamoré y la comarca de los Chiriguanas. Más allá de estas *marcas* o *cejas*, se dilataba el salvajismo antropófago, exento de todo yugo, y tan impenetrable al principio a la civilización española como lo fué a la incaica. Tal ha sido la rebelde y colosal materia de la heroicidad misionera de los Franciscanos, que aquí explicamos y celebramos.

Natural era que, inmediatamente después de la Conquista, nuestros antepasados imaginaran, entre los bosques y arcabucos de la región oriental, imperios análogos al de los Incas. La ignorancia y codicia de los primitivos exploradores, y aun las huellas de colonización y defensa incaicas en las fronteras, hacían suponer, con fácil y aparente lógi-

ca, que tras aquellas espesuras se ocultaran países organizados, como otras las del mar de las Antillas apareció el Anáhuac, y tras las de Darién, Chocó y Manabí, el Tahuantinsuyu. Así se descarrió Gonzalo Pizarro en la jornada de la Canela, y Maldonado en la de los Antis del Cuzco. Así pereció Pedro de Ursúa a manos de Lope de Aguirre, en la trágica expedición de los Marañones. Así, a pesar de reiterados desengaños, persistieron las equidistantes quimeras del Dorado y del Gran Paytiti, por las que se arruinaron tántos caballeros y Adelantados como Ribera y Quiroga, D. Juan de la Egui Urquizu, Mate de Luna, Vaca de Vega, y D. Martín de la Riva-Herrera. En estas bélicas entradas, eco amortiguado e infeliz de las de Cortés y Pizarro, despilfarros de valor, aventuras malogradas por la aciaga inmensidad y la monstruosa y voraz hostilidad de las selvas desiertas, el misionero iba con el conquistador, pero supeditado y casi anulado por éste. Al revés de los grandes países andinos, en la Montaña el sistema militar era inconciliable con la catequización; porque la coacción, eficaz sobre sociedades estables y consistentes, era una imposibilidad, cada día más manifiesta, ante grupos de salvajes misérrimos y vagabundos. Se impuso al cabo de procedimiento de la penetración pacífica, de la persuasión lenta. Hubo que dejar solo al fraile, como él sin cesar lo pedía y reclamaba. La decadencia y término de las entradas de conquista o *adelantamientos*, y el exclusivo favor a las misiones, son hechos que caracterizan la segunda mitad del siglo XVII en nuestra América.

Desde antes, los religiosos, aunque absorbidos por la ingente labor de convertir a los semicivilizados, primera etapa necesaria en la cristianización del Nuevo Orbe, no habían omitido intentar por sí la penetración en la Montaña. Procurando reducir a los fugitivos vástagos de los Incas, cayó el protomártir del Perú, el agustino Ortiz. Nuestros Franciscanos, de Cajamarca se corrieron desde muy tem-

prano a Chachapoyas y Moyobamba, antiguas conquistas incaicas; y de allí pasaron a los bosques aledaños de los Motilones, pero sin rebasar mucho los confines del imperio indígena. El gran apóstol de los indios, el tantas veces citado e inolvidable San Francisco Solano, se dirigió hacia el Sur, al Tucumán o Reino de Tujma, y llegó hasta el Chaco. Pero el centro del Perú amazónico permanecía inabordable, cuando mucho antes de promediar la centuria décimaséptica, tres criollos, Fray Jerónimo Jiménez, limeño, el Padre Luyando, de Piso, y el Padre Larios, iqueño, formaron, muy al Noreste de Huánuco, las reducciones de Panataguas, y al Este de Tarma, las del Cerro de la Sal y Quimiri, el actual Chanchamayo, y avanzaron hasta el Perené y el Pangoa. En el Huallaga se encontraron con una colonia de Incas, emigrados después de la caída del Imperio, que retenían el culto del Sol, cantares históricos elegíacos sobre los acontecimientos de la Conquista española, el uso de fortines de piedra, y para sus curacas tronos labrados y bastones de mando con lanas de colores.

En el Perené sucumbieron estos misioneros nativos del Perú, siendo martirizados el año de 1637. Por aquel mismo tiempo, el segundo y definitivo descubrimiento del Amazonas, bajando de Quito por el Aguarico hasta el Brasil, tiene como protagonistas a dos franciscanos, Fray Andrés de Toledo, y el Hermano Fray Domingo de Brieva. Mas el regreso de esta expedición con el capitán portugués Pedro Texeira, la otra con el jesuíta Vásquez de Acuña y las consiguientes exploraciones de los dos últimos, determinaron la entrega a los Jesuítas de toda la zona de Maynas. Entonces los Franciscanos, excluidos del Norte, refluían al centro del Perú; y con el P. Illescas, por el Perené, intentan salir al Amazonas, tomando la vía del Ucayali. Illescas y sus denodados compañeros fueron muertos por los indios Sipibos en 1641. Nuestro Fray Diego de Córdoba lo ignora, y los reputa meramente desaparecidos, porque

del martirio no hubo certeza hasta bastantes años después de publicada la *Corónica*. En este punto nos abandona nuestro guía y paisano Fray Diego; y hay que suplirlo con las relaciones posteriores de los misioneros Biedma y Amich y otros de antaño, que ha recopilado y elucidado modernamente Fray Bernardino Izaguirre. En los archivos de Roma busco, hasta ahora sin éxito, la continuación de la *Corónica*, por el analista franciscano del Perú del siglo XVIII, el limeño Fray Fernando Rodríguez Tena, Lector de la Orden y Doctor de Teología en la Universidad de San Marcos. Su *Corónica*, diferente del *Aparato* y de la *Historia Natural del Perú*, que existen manuscritas en Madrid y Lima, se guardaba, hasta mediados del siglo XIX, en el convento de Araceli.

El P. Fray Manuel Biedma fue uno de los más insig-nes exploradores y misioneros del siglo XVII en nuestro país. Ya en 1663 lo hallamos en el Huallaga, muy arriba, entre los fieros Sipibos, causantes de tantos martirios. Aniquiladas las misiones de Panataguas y Payansos, por aquellos indios bravos y por una espantosa epidemia de viruelas, tiene el P. Biedma, a pesar de su tenaz arrojo, que ceder por allí el terreno; pero acude a rodear el obstáculo, y restaura más abajo las de Quimiri y el Cerro de la Sal, desorganizadas con los intentos militares de los capitanes Bohorques y Salgado. En 1673 el Padre Biedma, de Quimiri (hoy La Merced), avanza hasta el Pangoa. Recorre con sus compañeros el Pachitea, el Perené y el Bajo Apurímac; funda en Lima la Congregación de Conversiones, que lo habilita de fondos; reconquista el Cerro de la Sal; y protegido por el Virrey Duque de la Palata, reconoce el Pampas, el Tambo, parte del Alto Ucayali; abre un camino de herradura al Perené, cerca de su confluencia con el Ene, lo que significa nada menos que comunicar Lima con la vertiente atlántica; empalma en el Ucayali con los jesuitas de Maynas; se lanza por el Urubamba, al Este del Cuzco, y des-

ciende por el Tambo; y en el río Tambo, que para la civilización y la cristiandad conquista con su palabra, muere martirizado en Julio de 1687. Saludemos la memoria de tan valeroso e infatigable campeón, cuyo *Diario* ha sido justamente encomiado por el moderno naturalista Raymondi.

Y ahora viene otra figura de leyenda, el Venerable Fray Francisco de San José que se llamó en el siglo Francisco Jiménez, natural de Mondéjar en la provincia de Guadalajara y soldado de los últimos tercios de Flandes, en las infaustas campañas del reinado de Carlos II. Después de seis años de combates, vuelve a España, se mete fraile en Agreda, pasa a las misiones de Guatemala y Costa Rica, y de allí a Lima en 1708. Renueva con sus predicaciones, en la capital y otros puntos, los fervores suscitados un siglo antes por San Francisco Solano, de quien es digno continuador; procura restablecer las misiones de Panataguas en el Huallaga; y logra penetrar al Sur, por el Panao, al Pozuzo (1713). Hace revivir las del Pangoa y las del Cerro de la Sal, perdidas después de los asesinatos del P. Biedma y sus cooperadores, perpetrados por los Campas y Amushas. El más notable auxiliar de Fray Francisco, que se llamaba Fray Fernando y era burgalés, se establece en 1723 en la confluencia del Ene y el Perené, y allí muere mártir. El otro, Fray Juan de la Marca, era un francés. Fray Francisco, para la expansión de sus misiones, que iban del Huallaga al Ene, pide nuevos misioneros a España. Acuden bastantes, algunos catalanes, como los Padres Pons y Badía; y con ellos, junto al pueblo de Concepción, funda el colegio misionero de Ocopa, en 1724. Sus primeros pobladores adelantan más y más, con brújula, en las enmarañadas espesuras orientales; y el día del Corpus de 1726, avistan las inconmensurables Pampas del Sacramento. Diez años después, el Lunes 26 de Noviembre de 1736, el octogenario Fray Francisco, colmado de edad y trabajos, muere en el convento de su fundación, en donde se veneran sus reliquias. Sus

hijos y sus neófitos contaban que a su paso los demonios huían, se amansaban las fieras, y se le humillaban los tigres.

La muerte le ahorró la tristeza de ver al poco tiempo la pérdida de cuanto había tan laboriosamente ganado. En suelo tan inestable e ingrato, cada generación de misioneros tenía que comenzar reconquistando lo arruinado por enfermedades y sublevaciones de salvajes. Con todo, avanzaban siempre. En 1733 el Padre Marca y otros recorrían el Gran Pajonal. Iban civilizándose las hoyas del Perené y del Paucartambo. En 1740, las misiones de Ocopa contaban 50 pueblos y más de 10,000 almas. En un instante, todo se derrumbó, al empuje de una insurrección inesperada.

No fue esta vez un bárbaro: fue un indio cuzqueño civilizado, quizá un mestizo, a juzgar por el color y el bozo, que sabía leer bien en castellano y latín, y como sirviente de un jesuita había viajado por España. Se llamaba Juan Santos. Parece que asesinó a su amo; y como reo prófugo, entró por Huanta y el Mantaro a Chanchamayo, levantando a los indios con fingirse descendiente y sucesor de Atahualpa, cuyo nombre adoptó, y con prometer la supresión de mitas, obrajes y repartimientos. Conocía el Perú desde Cajamarca a las Charcas. Sus pensamientos iban hasta pretender la emancipación de todo el territorio peruano y coronarse Inca en Lima. Quería expulsar a todos los blancos y negros, instituir clero indígena, sin frailes, nacional y autónomo, a la manera de los Abisinios; y aliarse con los ingleses que, a la sazón en guerra encarnizada contra España, preparaban la expedición de Anson y el ataque a Cartagena de Indias. Los alzamientos contemporáneos en Huarochirí y otros lugares, indican que mantenían inteligencias en la Sierra. Fue el precursor de Condorcanqui y de la Independencia; y por eso no puede rehusársele atención, a pesar de sus burdas mentiras y fanfarronadas, adecuadas al medio en que debía influir. Lo cierto es que expulsó totalmente a los misioneros, aunque se conservó siem-

pre cristiano; hizo despoblar el Gran Pajonal; se apoderó del fuerte de Quimiri; exterminó a la guarnición; mató a varios Padres asturianos y valencianos; burló a los corregidores de Tarma; derrotó las dos expediciones del Marqués de Mena-Hermosa, despachadas por el Virrey; y llevó sus correrías depredadoras hasta las serranías de Andamarca. Hubo que construir dos fuertes, en Oxabamba y Chanchamayo, contra el indio alzado, que permaneció en armas hasta que pereció a manos de uno de los suyos.

Durante la larga sublevación de Juan Santos, que fue un período de trece a catorce años, no perdieron el tiempo ni los arrestos los Padres de Ocopa. Reforzados por 32 misioneros que llegaron de España, y viendo cerrados por el alzamiento los caminos del Tambo y el Pozuzo, flanquearon la dificultad, penetrando por Cajamarquilla y el Huallaga en las mismas Pampas del Sacramento. Ya en 1753, estaban de nuevo en ellas. A la muerte de Juan Santos repoblaron el Pozuzo, surcaron, no sin repetición de martirios, el Pachitea; y avanzaron por el Ucayali. El P. Amich, antiguo piloto de la Real Armada, tuvo en el Ucayali que retroceder ante otra sublevación y matanza de misioneros. Entretanto, la supresión de los Jesuitas hace heredar a los Franciscanos las misiones de Chiloé, al Sur de Chile, y las de Maynas; y Ocopa funda como filiales los colegios de Tarija en Charcas y de Chillán en Chile.

En estos incesantes avances y retiradas, transcurrió para las misiones el prolongado gobierno de Amat, quien reconocía que, gracias a los Franciscanos, contrapesaba España la acción portuguesa del Brasil y la desventaja para nosotros de los grandes ríos que corren al Atlántico, y de ese lado hacen accesible el corazón del continente. Los frailes de Ocopa contuvieron a los brasileños. Sin los misioneros cuyos hechos compendiamos, el Perú no se habría mantenido en la zona de la Montaña, que es hoy su esperanza suprema.

Creció tanto el radio de Ocopa, yendo del archipiélago de Chiloé hasta las llanuras boscosas de Maynas, que fue forzoso hacer dejación al Ordinario de algunas comarcas, ya bastante asentadas y regularizadas. Tal ocurrió, por este tiempo, con las de Lamas y Cumbaza, colonizadas hacía un siglo por el Corregidor de Cajamarca, General D. Martín de la Riva-Herrera, y que pasaron en 1771 a la jurisdicción del Obispo de Trujillo.

Acudían sin cesar de España contingentes misioneros. Entre los más notables Guardianes del Convento de Ocopa, Comisario y Prefecto de sus Misiones, a fines del siglo XVIII, se cuenta el distinguido geógrafo Fray González Agüeros, explorador del Mantaro, y repoblador del Bajo Apurímac, del Pozuzo, del Manoa, y de las quebradas de Vítoc y Monobamba, de consuno con el activo y experto Gobernador de Tarma, el Coronel asturiano D. Juan José de Abellafuertes. Yo tengo para mí, sin ningún género de duda, que el misionero franciscano fue de origen santanderino, y se llamaba exactamente Pedro González de Agüero, con el nombre y los apellidos tradicionales en mi cántabro solar, estropeado y pluralizado el último por los cronistas conventuales, poco cuidadosos de particularidades de familia. Los escritos y mapas del P. Agüero, descripciones de los viajes de los frailes de Ocopa en el Oriente peruano, y en Chiloé y Tahití, se custodian originales en Madrid, en la Academia de la Historia.

Sucedióle el P. Fray Manuel Sobreviela, aragonés, natural de Epila, famoso explorador y cartógrafo, que llegó a Ocopa en 1787 con 45 misioneros españoles. Tuvo la suerte de hallar en el nuevo Intendente de Tarma, el caballero andaluz D. Juan María de Gálvez y Montes de Oca, no menos eficaz apoyo que el P. Agüero en el anterior Gobernador Abellafuertes. Gálvez abrió y aseguró el camino de Vítoc, rehizo los fuertes de Chanchamayo, y reconstruyó los pueblos de Pucará y Cóllac, yermos desde

la rebelión de Juan Santos. Sobre esta base, el Padre Sobreviela y su colaborador, el Padre Narciso Girbal y Barceló (catalán, de Palafrugell en Gerona), realizaron las grandes exploraciones y colonizaciones que refirieron en las páginas del *Mercurio Peruano*. Extraordinario fue el impulso en los años de gobierno del P. Sobreviela. Crecieron por todos lados las reducciones, de Huanta al Huallaga. Dominóse el Bajo Ucayali con la fundación de Sarayacu. Quedaba expedita la comunicación directa entre el Huallaga y el Ucayali, explorada la margen izquierda de este último río, reconocida toda la Mesopotamia peruana, afianzado lo mejor de nuestro patrimonio. Triunfante en sus empeños, lleno de merecimientos, el P. Manuel Sobreviela, rodeado de la veneración general, murió en Lima el 7 de Mayo de 1808. El animoso geronés Girbal recorrió el Urubamba, y rehusó ser Obispo de Maynas, cuando se erigió esta diócesis. Le bastaba ser brazo derecho y consultor predilecto del benemérito Gobernador D. Francisco de Requena, Mariscal de Campo y Consejero de Indias, el gran administrador colonial, el hombre que tuvo más clara y cabal idea de la unidad indivisible de Maynas y su natural vinculación con el Perú, a quien debemos nuestros más evidentes títulos sobre los territorios amazónicos, tío del Presidente y Mariscal peruano La Mar. De la ilustre figura de Requena es inseparable la fisonomía del P. Girbal.

Cuando el P. Girbal regresó a la metrópoli en 1815, tuvo condigno sucesor en el P. Manuel Plaza, que en ese año, y en compañía del Padre Ruiz, recorrió el Tambo y abrió de allí un nuevo camino a Ocopa.

En el momento en que más prosperaban las misiones y con más fundadas esperanzas se internaban los Franciscanos en las montañas, vino a arrasar y a aniquilar aquellas, la guerra de la Independencia. Los misioneros del Ucayali tuvieron que huir a España. Otros se refugiaron en el Cuzco. El convento de Ocopa fue suprimido el 1º de

Noviembre de 1824. Sus frailes, traídos presos a Lima, fueron remitidos a los fuertes del Callao, todavía ocupados por los realistas, y cuyo Jefe, Rodil, los rechazó a balazos. El P. Plaza, se quedó solo en las selvas, sin recibir noticias ni socorros peruanos, aislado 30 años del mundo civilizado. Aun así, tuvo esfuerzo para continuar sus exploraciones en el Tambo. Su solitario heroísmo conservó para el Perú y la catolicidad la magnífica cuenca del Ucayali. Entretanto, el virtuoso limeño, Cura de Concepción en las inmediaciones de Ocopa, y después Arzobispo de Lima, D. José Manuel Pasquel, se desvelaba por reabrir el tradicional convento. Consiguió reunir algunos Padres dispersos; pero los estudiantes liberales asesinaron al Hermano Amorós para robarlo, y el anciano Guardián Fray Jerónimo Zurita, murió de aflicción y desamparado. No cesaba en sus afanes de restauración el Cura Pasquel; y al cabo obtuvo de su amigo y condiscípulo el Presidente Orbegoso permiso para reconstituir la comunidad, en Marzo de 1836. Reinstalóse efectivamente, bajo la Confederación Perú-Boliviana, el 22 de Febrero de 1838, con 17 frailes, muchos de ellos italianos. Hallaron ruinoso el edificio, disperso el archivo, desaparecidos los ornamentos, objetos preciosos y vasos sagrados. Pusiéronse en relación con el abnegado P. Plaza; y cuando éste, en 1844, salió a Lima y luego fue electo Obispo de Cuenca en el Ecuador, ya los recién venidos reanudaban firmemente la santa y civilizadora red de las misiones. Uno de ellos, el P. Cimini, rindió mártir la vida en 1852. Calmada la tormenta revolucionaria, volvieron en crecida, cantidad Padres españoles a los Descalzos de Lima y a Ocopa, con imponderable ventaja para la moral pública y el incremento de las predicaciones entre civilizados e infieles. Los liberales intentaron en vano por dos veces, en 1854 y 1865, suprimir el convento. Descompuestos de nuevo los ánimos en 1866, la comunidad fue disuelta, y desterrado sus frailes a San Ramón en el

Chanchamayo; pero el destierro no duró sino un mes, y el Arzobispo Valle logró la revocación de la medida. Desde entonces ha reflorado Ocopa, respetada y honrada por los poderes políticos de la República. El anticlericalismo, hasta hoy por felicidad impotente, ha sido imputado de tres sucesivos incendios, al parecer intencionales. No decaen los bríos apostólicos de los herederos de los insignes Padres Sobreviela y Girbal. Dígalo la gloriosa memoria del catalán de Manresa, Fray Gabriel Sala, explorador del Gran Pajonal, fundador de San Luis de Shuaro y Sogormo, integrador del territorio peruano, que murió siendo Guardián de Ocopa en 1889. Díganlo sobre todo el actual Vicario Apostólico del Ucayali, Monseñor Francisco Irazola, instaurador de Satipo y Puerto Ocopa en el Pangoa; y el venerable anciano que hoy me honra escuchándome, el compañero del P. Izaguirre, el émulo en proezas de Fray Agustín Alemany, Fray Manuel Navarro, aquí presente, para quien pido un aplauso, corta retribución a sus dilatados servicios en pro de la religión y de mi patria.

Hace casi diez y ocho años que visité Ocopa; y su recuerdo alienta conmovedor en mi ánimo. Aun me parece que escucho el blando aletear de sus palomas y el argentino repicar de sus campanas. En el fresco y luminoso valle serrano, entre arboledas de alisos, quishuares y alcanfores, y abundantes y lípidos manantiales, es como una ave mística, blanca y bienhechora, que reposa en la verdura bucólica de los Andes. Todos la llaman el relicario del Perú. Madre de 35 mártires, sepulcro de prelados y de santos, conserva en sus castizos claustros el olivo bendito del fundador, el cedro del P. Sala, ingenuas pinturas de los suplicios en la Montaña, los labrados sillares del P. González de Agüero, pilas corrientes entre arriates de flores europeas e indígenas, ensortijados y coruscantes retablos churriguerescos, salvados de los incendios; y en la Capilla de la Misericordia, entre las filas de canapés del siglo XVIII, an-

tiguos y ahumados cuadros, y vernáculos relieves de piedra de Huamanga. No faltan en la portería los indios mendigos, que reciben al día más de cien raciones. Foco y baluarte del mejor españolismo, benigna faz de la Madre Patria, constituye una de las mejores justificaciones de nuestra obra en América, personifica y cifra la influencia civilizadora de la verdadera España. En la paz de aquella noche, bajo el plenilunio andino, era Ocopa una imagen lunar de piedad y poesía; y comprendí cuanto debíamos todos los peruanos acatar y bendecir aquel monasterio que, a manera de las abadías medioevales de Europa, ha sido y continúa siendo para nosotros, lumbre de fe y de cultura, creador del sentimiento y ensanchador del suelo de la patria.



**X**

**SEVILLA, CUNA DE LA AMERICA ESPAÑOLA**

*Discurso pronunciado como delegado del Perú en el banquete de clausura del Congreso de Historia y Geografía de Sevilla, en abril de 1930. Se publicó en ABC, nº 1, Lima, 14 de noviembre de 1930; y en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos) Lima, 1937, T. 1. pp. 203-208.*

**E**XPRESO mi ferviente homenaje de gratitud y admiración a esta incomparable Sevilla, que, cuanto más conozco y visito, tanto más me embelesa y enamora. Su hechizo omnipotente proviene de su triple carácter, oriental, clásico-europeo y americano, que compone la rica e íntima fascinación a la que ninguna persona de mediana cultura y normal sentimiento puede abstraerse.

Oriental es Sevilla, indeleblemente. Setecientos años de reconquista cristiana no han logrado disipar el moruno encanto de sus calles y jardines, el arte africano de su Giralda, y los motivos arábigos de sus palacios, en cuya ornamentación los mudéjares encajes compiten a porfía con las filigranas góticas y los gloriosos emblemas del claro Renacimiento. Infinitamente más que la siciliana Palermo, que a su lado resulta tan pálida, es Sevilla, al igual que Granada, la soberana y eterna sultana del Occidente. Corazón y cabeza de la agarena Andalucía, en su atmósfera, de tan varia y muelle opulencia, diríase que vagan aún los divinos versos de su rey Almotamid y de Ben-Jani, y los del rondeño Abu-

Beca, que preludiaron en lengua arábiga el regalado dulzor de nuestros mayores elegíacos de Castilla.

Pero al lado y por encima de la blanda y halagüeña civilización islámica se yergue aquí, siempre a la postre dominador, el viril clasicismo grecolatino. Los que lo apreciamos y veneramos sobre todo, como supremo valor humano, los que nos interesamos tan sólo en el pensamiento musulmán porque Averroes fue vehículo eficaz de la especulación griega, recordamos con fruición que en las fronteras colinas del Betis yacen las augustas ruinas de Itálica; que en la barbarie medioeval fue esta ciudad la cátedra de San Isidro, el conducto de la menguante sabiduría bizantina; y que en la jubilosa resurrección renacentista, Sevilla fue para España la puerta triunfal del humanismo. Por aquí lució la aurora del primer Renacimiento, con Micer Francisco Imperial y los pintores giotescos; aquí, en el gran siglo XVI, nació Sebastián Fox Morcillo, el sublime comentarador del *Timeo*; aquí se formó y escribió Cervantes; Jáuregui y los sonetistas aclimataron todos los primores italianos; y Juan de las Roelas y Murillo vertieron con sus pinceles el róseo y dorado fulgor que transfiguró en belleza y gracia clásica el crudo y potente naturalismo de nuestro arte castizo. La inspiración española cobra en Sevilla melodía y patetismo; y en medio de estos vergeles y bajo esta generosa luz, prevalecen los paganos impulsos de salud y regocijo que alarmaban a los rígidos ascetas de Castilla.

Pero sobre estos timbres y preseas de su historia, Sevilla tiene para nosotros el mérito eminente, el atractivo profundo e inefable de ser cuna, solar y madre de nuestra América Española. Los hispanoamericanos nos sentimos en ella como en materno regazo y en casa familiar y propia, ataviada con las pías reliquias de nuestra alcuernia. Hallamos en este ambiente el entrañable consuelo de quien retorna al nativo hogar y renueva las memorias de la infancia. Por eso nos retemplamos en la conciencia de nuestro ser y ca-

rácter, que constituye el fondo de la verdadera nacionalidad. Esta arquitectura y estas costumbres, son el indiscutible e inmediato origen de las nuestras. Y de Sevilla provino hasta la diferenciación de nuestro acento, la proscripción de la z, el habla lánguida y cadenciosa, ora exagere la tonalidad andaluza, como ocurre con los antillanos y los del Mar Caribe, ora parezca una transición entre el andaluz y el castellano nuevo, como cabría observar en los peruanos. Y pues peruano y limeño es quien tiene el honor de hablaros, permitidme repetir que creo hallarme en otra Lima, en una Lima más grande, más alegre y más ilustre que mi amada transatlántica. Atavismos de ostensible influencia. Sevillanos fueron muchos de nuestros abuelos peninsulares; y si no todos nacieron en Sevilla, por lo menos casi todos a Sevilla vinieron, y en ella transcurrieron sus mejores días de esperanza y juventud. Atrevida copia de vuestra Catedral fue la primitiva nuestra, por algunos años su sufragánea, antes de que la destruyeran y redujeran los terremotos y desastres del siglo XVII. Nuestro primer Arzobispo fue homónimo y sobrino de vuestro célebre Cardenal Loayza. Iguales pintores y entalladores decoraban entonces nuestros templos; y Murillo y Montañés expedían numerosas obras a sus predilectos clientes criollos. Andaluces, y de esta comarca, fueron nuestros primeros poetas; y Diego Mejía de Fernangil se anticipó a Rodrigo Caro, cantando con toscana factura las ruinas incaicas de Andamarca y las vicisitudes de los imperios.

Quienquiera que esté enterado de los rancios linajes sevillanos, advertirá al punto la infrangible y legítima hermandad al reparar que Riberas, Telios, Santillanes, Messías, Esquibeles, Barbas, Céspedes y Carrillos de Albornoz, formaron el núcleo principal de nuestra antigua nobleza. Todo género de vínculos, espirituales y materiales, de cultura y de sangre, nos lleva a reconoceros y saludaros con agradecida ternura como progenitores nuestros. O mejor dicho

quizá, sois nuestros hermanos mayores; pues unos y otros, los españoles de acá y los hispañoles de allá, somos los hijos genuinos, y Dios quiera que no ingratos, de la gran madre difunta, de la excelsa España del Antiguo Régimen, que pudo tener, como todas las dominaciones, sin ninguna excepción, sus caídas y sus sombras, pero de la cual a boca llena me enorgullezco, y frente a las ruindades y apostasías modernas, me declaro vástago y heredero solidario.

Bien mirada, la soberbia Monarquía española, cuyas posesiones fueron en lo más valioso marítimas, tuvo como efectivo centro a Sevilla; y después de la lamentable separación de las dos Coronas española y portuguesa, y la pérdida imponderable de Lisboa, la capitalidad más lógica y segura debió ser Sevilla, como todavía la pensó y quiso ponerlo por obra el Rey Carlos III. Así, atentos al eje oceánico, que desde el descubrimiento de América era el vital para nuestra raza, hubiéramos podido seguir indefinidamente unidos, con grande y mutuo provecho, llegando, con el andar del tiempo y por el crecimiento de las colonias y la iniciativa de la Metrópoli, a una espontánea confederación de naciones hispanas autónomas y soberanas, como la que hoy compone y sustenta la grandeza del Imperio Británico.

No nos desanimemos con lo perdido por las intransigencias de nuestros inmediatos predecesores. Razas como la nuestra perduran; y en pocas generaciones pueden reparar los errores y ofuscaciones más graves. Nos queda íntegra la unidad espiritual, que es fuente de todas las otras. Pese al míope y grosero materialismo histórico, los sentimientos son los verdaderos factores de la Historia. Los afectos crean y determinan los intereses, que no son sino su concreción y exterioridad. El espíritu es la esencia de la materia, los anhelos se traducen al cabo en hechos.

Y es pasión ardorosa, irrestañable, salvadora y justísima, la que nos lleva, con todo el mundo contemporáneo,

a organizar en lo internacional vastas agrupaciones; a su-  
perponer a nuestras patrias pequeñas, precisamente por  
amor a ellas, por quererlas de veras libres, respetadas e in-  
tangibles, sentimientos de patriotismo continental y étnico,  
que las garanticen y magnifiquen, y que sin imperialismos  
ni hegemonías, en que no pensamos, salven y consagren  
nuestra indivisa civilización española, que tiene derecho a  
persistir, que no debe palidecer, y que en bien de toda la  
humanidad y de sus originalidades necesarias, sólo puede  
afirmarse y subsistir sin desmedro con la unión de sus hijos  
de los dos hemisferios.

Brindo, señores, porque se cumplan estos votos; y por-  
que se reiteren en el próximo Congreso Hispanoamericano,  
que auguro se realice, en correspondencia de la material Se-  
villa, símbolo de la comunidad pretérita y permanente, en  
la espléndida Buenos Aires, emporio de la comunidad fu-  
tura, centro, gala, ufanía y esperanza de la Gran España  
allende el Atlántico.



XI

EL CUZCO HISTORICO

*Conferencia sustentada en la Sociedad "Entre Nous" el 23 de marzo de 1934, en la ceremonia conmemorativa del IV centenario de la fundación española del Cuzco. Se publicó en: El Comercio, de Lima, los días 25, 27 y 29 de marzo de 1934, pp. 3, 4 y 3, respectivamente; Claridad, Lima, 24 a 30 de marzo de 1934; El Liberal, Lima, 25 de marzo y 3 de abril de 1934; Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1938, T. II, pp. 81-102. En esta última oportunidad la conferencia se publica con el título de IV Centenario del Cuzco español.*

**P**OCAS veces me habré levantado a hablar con más escasa preparación, a lo menos en lo tocante a la forma. Solicito por lo mismo, muy sincera, encarecida y particularmente, la benevolencia del auditorio para esta conferencia mía, que será una charla familiar, con incorrecciones y desgreños, una verdadera y total improvisación. Los últimos años he tenido el honor de leer aquí sobre Goethe y D. Ricardo Palma, en sus centenarios respectivos, discursos académicos redactados con algún sosiego. Entonces era yo mero particular, y podía disponer con cierta libertad de mis horas, para el estudio y la redacción de los temas que se me encomendaban. Ahora soy ministro, accidente que en el Perú puede ocurrir a cualquiera, pero que significa un imponderable recargo de quehaceres, no sólo por el trabajo inherente a la función pública, sino por la manera como entre nosotros se entiende desatinadamente la expedición de los asuntos administrativos. Hace ya bastante, cuando menos quince años, que la centralización oficinesca, no ya territorial sino burocrática, obliga a que los jefes de sección remitan

todo o casi todo a los directores, y éstos al Ministro, quien a su vez puede por si solo bien poco, porque casi no hay asunto de mediana importancia que no exija resolución suprema. A la congestión y plétora en el despacho, se agrega que la mentalidad del país confunde los ministerios con agencias de empleos; y las audiencias ministeriales, solicitadas por innúmera cantidad de gente, que excusa hablar con los auxiliares del Ministro, para exponer sólo a éste las más pequeñas nimiedades, exceden, en término medio, de una veintena diaria. Pero sean cuales fueren mis agobios de tiempo, no podía negarme a disertar en la actual ocasión, ante el pedido de la comisión de damas cuzqueñas presididas por la distinguida señora Doña Rosario de Guevara, y por tratarse de conmemorar la fundación española del Cuzco, la ciudad simbólica del peruanismo integral, que es el más hondo cimiento de nuestra patria y la viva entraña de nuestra nacionalidad; de la ciudad que inspiró mi entusiasmo, no de turista frívolo, sino de peregrino peruano en 1912, y mis estudios juveniles. Ciertamente que, a más del gran honor de la invitación, debo muy real y profundo agradecimiento a la ocasión que se me brinda para renovar o recapitular mis ensayos históricos de hace veintiocho años, y para templar, con los goces de la indagación, la trepidación ardiente de la política y el mareante tráfigo de la actividad administrativa, siquiera por breves momentos. Festejamos hoy la definitiva instalación de la cultura y alma españolas en la metrópoli cuzqueña, o sea la iniciación solemne del Perú cristiano y europeizado, que es el nuestro, el presente, el definitivo. Pero antes de la fundación castellana, hemos de recordar la primitiva fundación del Cuzco por los Incas, la del leyendario Manco Jápaj, y aún la reedificación o redistribución de la ciudad por los soberanos indígenas Huiracocha y Pachacútej, de la segunda dinastía.

Cuando hacia 1906 comencé en la Universidad a interesarme por la investigación personal de los anales incaicos,

predominaban en nuestra historia prehispánica dos corrientes antagónicas, por igual peligrosas y funestas. Era la una la aceptación rutinaria de las fábulas indígenas, el idilio de los Incas, que aun testaba manuales y libros de texto, y que aceptaba a ojos cerrados las aseveraciones del tardío recopilador Garcilaso, cuya utilidad y buena fe he defendido y defendiendo, pero al que jamás he reputado el más fidedigno, seguro y completo analista del Tahuantinsuyu. En oposición a la manida y yerta escuela tradicional, mantenida entonces aquí por los herederos de Lorente, nos llegaba el eco rabioso del antigarcilacismo europeo, que extremaba el escepticismo y la hipercrítica contra las tradiciones incanas, y todo lo sacrificaba en aras del aymarismo, hasta expulsar a la raza quechua de su área indiscutida, atribuir a los Incas origen aymara, y llenar todo el ámbito del Perú autóctono de dudosas o descabelladas etimologías collas. Como los errores, en la vida y en la ciencia, arrancan a menudo de influencias afectivas personales, a veces inconscientes, este desbordado aymarismo se debía entre nosotros unas veces a atávicas influencias puneñas y paceñas, a orgullos de campanario, o a especializaciones de sabios etnólogos que habían radicado sus búsquedas en las ruinas de Tiahuanaco o en el vocabulario aymara, y a los que secundaba el fácil y alborotado esnobismo de los superficiales aficionados y los juveniles principiantes.

La interpretación de los mitos incaicos y su traducción en hechos reales, en términos efectivos e históricos, es ya un resultado obtenido plenamente, y que trasciende hasta los libros de enseñanza primaria. Poco antes de 1906 no lo era tanto. Aun no se conocía acá la *Historia Indica* de Sarmiento de Gamboa, publicada en Alemania el mismo año, ni la del Padre Morúa, editada con mucha posterioridad. Las capitales Informaciones recogidas por el Virrey Toledo no habían aparecido en su integridad, y sólo podían leerse en el breve extracto que publicó Jiménez de la Espa-

da a continuación de las *Memorias* de Montesinos, otro libro este último de funestísima y perturbadora influencia. Tomando en consideración tales circunstancias, y resistiendo a tan contrarios y engañosos impulsos, interpretamos el conocido mito de Manco Jápaj y Mama Ojillo, nacidos en el Titijaja, en el sentido de su remota procedencia de una antiquísima cultura paleoquechua o protoquechua, concretada en el Tiahuanaco de los primeros tiempos. El mito complementario al del origen de Manco en el Titijaja, o sea el de la inmigración de Manco y otras tres parejas de Ayares desde Pacaritambo al Cuzco, lo expusimos como comprobación del quechuismo incaico, empujado desde el Sur por los vencedores collas. Su alcance positivo aparece corroborado con la reciente publicación de los documentos del Virrey Toledo y las conjeturas de los más modernos autores, como Latham, salvo en algunas particularidades muy controvertibles que avanza el mencionado autor, por ejemplo las relativas a la filiación uterina de los ayillos incaicos.

Repito que me aparto sustancialmente de Latham en el origen racial de los incas, que él tiene por collas. Las etimologías con que sustenta su tesis me parecen de lo más frágiles y movedizas. Mucho se ha abusado en historia peruana indígena del procedimiento etimológico, tan ocasionado a error cuando no se emplea con el severo método y la circunspección que su delicadeza pide, y principalmente cuando se ejercita sobre lenguas tan afines como la quechua y la aymara.

Motivo principal de confusiones, en otros autores, para la demarcación de las regiones idiomáticas quechua y aymara, es la anfibología originaria de la última denominación, que viene a enmarañar hasta hoy las nociones de textos y manuales, y las disertaciones que se ofrecen con presunción de innovadoras. El nombre aymara corresponde propiamente a una provincia situada al Oeste del Cuzco, en el departamento

actual de Apuríma, y que perteneció siempre a la lengua quechua y a su antigua confederación guerrera, aliada y hermana de los incas. El idioma colla de las naciones que rodean el lago Titijaja, recibió el nombre de aymara, porque los primeros en estudiarlo científicamente, que fueron los jesuítas de Juli, lo recogieron de labios de una colonia aymara trasplantadas en aquellas tierras collas desde hacía mucho tiempo, y que, por razón de convivencia, lo había aprendido a su vez de los indios circundantes. Recordando estas exactas observaciones, conocidas de todo peruanista escrupuloso, comprenderemos que la extensión del aymarismo preincaico en las regiones cuzqueñas y en el centro de la liga quechua, como es el caso de la región propiamente llamada aymara, se basa en la mayoría de los casos sobre una quimera, sobre una homonimia equívoca, un error de los que Baco llamaba *idola fori*. El nombre Manco, por más que pese a los ciegos aymaristas, tiene explicación etimológica muy cabal dentro del propio quechua, sin necesidad de atarse exclusivamente al *mallcu* de los collas. Las otras designaciones de las tribus Ayar son plenamente quechuas, y también lo son los nombres más antiguos que la tradición nos conserva de las tierras en el recinto cuzqueño preincaico. Los habitantes del Cuzco aquí presentes atestiguarán si la onomástica de Ajamama, Chumpicancha, Quenticancha y Sayricancha, de las barriadas en que vinieron a establecerse los incas inmigrantes, pueden ser más castizas y genuinamente quechuas de lo que son.

El lugar de donde inmediatamente provenían las cuatro tribus de *orejones* Ayar, el Pacaritambo de Paruro, se llamaba igualmente Tamputojo o Cassatampu. Estas designaciones prueban con toda evidencia el quechuismo incaico; y lo confirma todavía más el hecho de ser el idioma particular o secreto de la corte, en el imperio que fundaron, un me-ro dialecto de la lengua general quechua, el dialecto peculiar

a la región solariega de Pacaritambo. Las tribus que precedieron a los incas en el valle del Cuzco, se denominaban Huallas; y los quechuistas fácilmente reconocerán que no hay necesidad, para explicar su nombre, de acudir a intrusiones collas, las cuales no parece que rebasaran de ordinario y de manera estable la provincia de Canas, y si se extendieron mucho hacia el Oeste fue en época algo más tardía, contorneando las sierras que separan los modernos departamentos de Arequipa, Apuríma y Ayacucho, camino seguido en sus invasiones por los aymarizados collahuas y chancas, según lo indican con toda claridad las fidedignas Relaciones Geográficas.

No puede decirse con exactitud que sea milenaria la ciudad del Cuzco. La conquista del valle por los clanes de Manco no remonta más allá del siglo II, o a lo sumo de fines del XI. Así resulta del cómputo ascendente de los monarcas incas, subiendo desde la Conquista española, y admitiendo hasta los reinados de efectividad dudosa y la máxima dilatación de los períodos en las leyendas que los analistas nos transmiten. Con toda esta amplitud es imposible llegar a más de cuatrocientos años; y así la fundación del Cuzco es contemporánea de las Cruzadas iniciales y de las hazañas del Cid, de los tiempos que en Europa presenciaban el florecimiento del arte romántico y la iniciación del gótico. Cuando las primeras tribus incas ocuparon el sitio del Cuzco, consta que no existían en él sino cosa de treinta casas pajizas, habitadas por los indios originarios, *huallas*, *pojes* y *laris*. Cuando llegó la tribu de Manco y dominó a sus congéneres preestablecidos, los Allcahuizas de Ayar Uchu, los Antasáyay de Quizco Sinchi y los Chahuin Cuzco de Ayar Cachi, el caudillo de la tribu predominante, o sea el sinchi Manco, trajo consigo en un cofre el ave augural totémica, que se llamaba *inti* como el Sol, las copas con las semillas sagradas, los llamas *napas*, animales consagrados especialmente a la divinidad, y la carilla mágica; todo un bagaje sacerdotal, que

comprueba la herencia de una remota cultura teocrática. Su hermana y esposa Mama Ojillo ejecuta crueles mortandades sobre las tribus vencidas, que no sólo parecen hostilidades guerreras sino el cumplimiento ritual de los sacrificios humanos, de incontrovertible uso constante en el Perú prehispánico, y probablemente obligatorios en la ceremonia de la fundación de una ciudad. Todos estos combates entre ayllos congéneres, cruentas invasiones de territorios e inmolaciones de víctimas humanas, nos alejan mucho de la idílica leyenda que deleitó a los peruanistas del siglo XVIII y predominó todavía en buena parte de los del XIX. Nos traen recuerdos de la historia azteca, cuya similitud es innegable, y parecen ecos de los más remotos imperios bárbaros del Asia. La propia organización incaica se explica por la coactiva superposición de las diversas tribus confederadas. Los incas soberanos salen del clan que prevaleció, el de Manco y Ojillo. El Emperador, que a lo menos en la primera dinastía no es sino el jefe guerrero y sacerdotal de la confederación, se titula Jápaj Inca, o Sapallán Inca, lo cual equivale a Inca por excelencia, como el Sultán de Turquía se denominaba el Gran Turco. Pero el nombre de Inca compete también a todos los demás miembros de la federación de tribus, en sus diversos grados y jerarquías, desde el clan supremo, dividido en dos parcialidades de Hanan Cuzcos y Hurin Cuzcos, hasta los orejones de inferior grado o *chilques*, no trasquilados sino de cabellos largos, que habitaban las provincias cercanas al Cuzco y que usaban, con alguna variedad, divisas semejantes a las de la tribu soberana, como eran el turbante o *llautu*, las orejeras de oro y las insignias militares del *huarochiqui*. Entre ellos se repartían los mayores cargos militares y religiosos de todo el Imperio. Estaban todos los de la nación inca exentos de tributos. El cuerpo de ejército del Tahuantinsuyu, lo que en monarquías europeas se conocía por guardia particular o casa militar del soberano, se ponía en campaña conduciendo la estatua gentilicia del dios solar

Púnchau, y la sagrada piedra de Huanacauri, representación del héroe solariego Ayar Uchu, cultos ambos cuyos sacerdocios y sacrificios les estaban particularmente reservados. Bien se ve con todo esto que el imperio incaico no era la tierra de la igualdad fantaseada por literatos izquierdistas o superficiales *diletantes* de historia; era un estado jerarquizado hasta el extremo, asentado sobre la diferencia de clases y aun de castas. Imponderable distancia separaba a los incas u orejones en sus diversos grados, de los nobles alienígenas o curacas, y a éstos de la gente común y de los yanacunas. La división de la tribu de Manco en dos parcialidades, Hanan Cuzcos y Hurin Cuzcos, es la clave de la sucesión de las dinastías. La primera dinastía fue la de los Hurin Cuzcos, los más antiguos en el trono, los primeros en el establecimiento y preeminencias, como de ordinario ocurría en todo el Perú con los ayllos de las regiones llanas o bajas. Habitaban en el Inticancha o templo del Sol, que después se llamó Coricancha. Jápaj Yupanqui pereció asediado en ese palacio por sus confederados y súbditos que repugnaban seguirlo a una de las campañas del Collao, temerosos de perder sus privilegios con el acrecentamiento de poderío que podía granjearle al soberano la sumisión de los Hatun Collas. Los Hanan Cuzcos, que probablemente acaudillaron la conjuración contra Jápaj Yupanqui, dieron comienzo a la segunda dinastía con el entronizamiento de su sinchi Inca Roca. De aquí que se eclipsaran y aun perdieran del todo las supremas prerrogativas de los Hurin Cuzcos, según vemos en los textos de Cristóbal de Molina y Betanzos, quienes llegan a suponerlos de raza inferior y forastera, no obstante los testimonios más fidedignos de Cieza. La nueva dinastía, nacida de la anarquía y relajación de la liga incaica y quechua, señaló un evidente retroceso en las conquistas exteriores. Se perdió para los quechuas confederados la provincia de Andahuaylas, y aumentó el peligro chanca, que vino a hacer crisis en el reinado de Huiracocha. Este príncipe,

cuyo advenimiento indica por su propio nombre la reconstitución del vínculo íntimo con los quechuas, puesto que toma por protector y patrono al antiguo y supremo dios de la confederación, no inicia una nueva familia reinante, como tampoco ningún otro de sus sucesores, pues a lo más representan dentro del árbol dinástico ramas menores del propio tronco de Hanan Cuzco. Es observación que conviene no olvidar, para no incurrir en la imaginaria multiplicación de dinastías, que empieza ya a invadir arbitrariamente los mismos libros de texto.

Los grandes incas conquistadores de la dinastía de Hanan Cuzco, que tras los débiles comienzos de ella, restauraron y agigantaron el poderío cuzqueño, reedificaron también la capital, construyendo los principales edificios, y redistribuyendo los santuarios y las mansiones de los ayllos, como se lee en Betanzos, Cieza y el Padre Cobo. Puede llamarse ésta la segunda fundación del Cuzco, la ciudad del esplendor de los Hurincuzcos, la que contemplaron y admiraron los españoles cuando penetraron en ella a fines de 1533. Los conquistadores castellanos la proclamaban la única ciudad del Perú de traza concertada y orden regular, porque los grandes centros costeños de Pachacáma y Chanchán se hallaban bajo la dominación incaica decaídos y en parte arruinados. No ha de creerse sin embargo literalmente que la ciudad india del Cuzco contara en su área urbana la población de doscientos mil habitantes, que le asignan algunos escritores. Dentro del Cuzco incaico, tal como Garcilaso lo describe, con el barrio del Hospital de San Pedro inhabitado, por reservarlo los incas para sus futuros palacios, no había capacidad material para más de cuarenta o sesenta mil pobladores. Y el límite de doscientos mil ha de entenderse que se alcanzaba con los arrabales de forasteros o de ayllos inferiores, alejados de la ciudad propiamente dicha; y con las alquerías, aldeas y granjas de recreo que se diseminaban por todo el valle. Los conquistadores, que venían de ciuda-

des como Toledo, Sevilla y Granada, se sorprendieron sin embargo ante la regularidad y magnificencia de los sombríos palacios y de los templos con cenefas de oro y puertas cónicas de hierática y adusta majestad. El botín de la ciudad conquistada se recogió con bastante orden, por la severa disciplina que D. Francisco Pizarro mantenía en sus tropas, hasta el extremo, según dice uno de los antiguos cronistas, que sin permiso del jefe no osaban los soldados apoderarse ni de una hanega de maíz. Acopiáronse, para ser metódicamente distribuídas, las riquezas metálicas que habían de fundirse o repartirse en especie, las estatuas de oro macizas o en hueco, los vasos y las planchas repujadas de oro y plata, los mantos recamados de perlas gruesas o de chaquira, los collares de esmeraldas y turquesas y algunas cargas de las más preciadas vestiduras de *cumbi* y plumerías, y áureas o plateadas sandalias, que por curiosidad se enviaron a España o se adjudicaron a los principales capitanes. Poco había sufrido la capital incaica con el incendio que antecedió a la entrada de los españoles, porque se contuvo en breve y porque los mismos materiales de los edificios, de cantería granítica, lo limitaron a los techos, que eran de paja. La división entre los dos partidos incas, el cuzqueño de Huáscar y el quiteño de Atahualpa, era tan profunda e irreconciliable, que los incas del Cuzco acogieron como aliados y salvadores a los españoles, y asistieron, con no mentido regocijo, a las fiestas de coronación del legítimo heredero Manco II, el cual, después de haber tomado posesión del trono, e instalándose en uno de los palacios de sus antecesores, salió a campaña, al frente de sus indios fieles, como auxiliar de Almagro y de Hernando Soto, contra los quiteños o *Caras* de Quisquis, a los que españoles y cuzqueños unidos derrotaron en el valle de Jauja, ahuyentándolos hasta el reino de Quito. Tal era la situación del Perú cuando procedió Pizarro a la fundación española del Cuzco, hace hoy precisamente cuatrocientos años.

El 23 de Marzo de 1534, D. Francisco Pizarro, cuatro meses después de su entrada en el Cuzco, hizo la fundación española de la ciudad, capitaneando poco más o menos quinientos conquistadores. Cumplió escrupulosamente con las ceremonias usadas en tales casos. Con el puñal que llevaba, labró un tanto las gradas de una picota alzada en el centro de la extensa plaza, y cortó un nudo de la madera que remataba dicha picota. Le impuso al nuevo Cuzco los títulos de *muy noble y gran ciudad*; señaló sitio para la iglesia mayor, bajo la advocación de la Concepción de Nuestra Señora; y repartió solares para los principales conquistadores. Sirvieron de testigos en el solemne acto los Capitanes Gabriel de Rojas, Francisco de Godoy, Juan y Gonzalo Pizarro, el clérigo bachiller Juan de Balboa, Alonso de Medina, y el célebre fraile dominico, capellán del ejército, Vicente de Valverde, deudo del mismo caudillo fundador. Al siguiente día fueron nombrados y juramentados los dos primeros alcaldes ordinarios, el caballero castellano Beltrán de Castro y el Capitán griego Pedro de Candia, y el cuerpo concejil de ocho regidores; y los alcaldes recibieron sus varas de justicia. Finalmente, el 25 de Marzo, día de la Encarnación, después de misa, se reunió el Cabildo; y obedeciendo las Reales Cédulas expedidas en Toledo el año de 1529 y exhibidas ahora, quedó reconocido D. Francisco Pizarro, no ya sólo en su autoridad militar, sino en la civil de Gobernador y Adelantado de todo el Perú. Los Vecinos de la recién nacida Cuzco española presentaron en cabildo abierto para Obispo a Fray Vicente de Valverde por considerable mayoría, pues no obtuvo sino algunos votos el presbítero Juan de Balboa. Es de notarse que una de las primeras resoluciones del Cabildo fue para que las indias *mamaconas y ajllas* del Sol, guardianas de las sagradas momias de los monarcas Incas, y muchos indios orejones que ocupaban los edificios ya otorgados a los conquistadores, siguieran en quieta posesión de sus moradas, para evitar escándalos y maltratos, contentán-

dose los nuevos dueños de las canchas y los palacios con esperar, alojados en la parte restante y deshabitada de los edificios, por resultar excedente el caserío.

Diez meses después, en Enero de 1535, se fundaba la costeña Lima. Aquí, para seguir la rutinaria declamación, debería entrar yo en el paralelo entre la incaica capital andina y nuestra limeña metrópoli. Pero no quiero hacerlo, por tedio del lugar común y por conveniencias patrióticas y estéticas. Recuerdo la ironía de Eca de Queiroz sobre la comparación entre Lisboa y Oporto, que inundó por un tiempo la literatura y la oratoria lusitanas. Recuerdo también que la antítesis entre San Petersburgo y Moscú fue enfadoso tópico de los escritores rusos anteriores a la Gran Guerra, y que ahora la marítima capital de Pedro el Grande, desbautizada con el apelativo de Leningrado, agoniza de inanición, cual otra empobrecida y esclavizada Venecia, entre las aguas de su río y sus lagos, mientras su rival mediterránea, no mucho mejor librada, se estremece bajo el sanguinario y prolongado terror de los parásitos comunistas. Alejémonos de augurios tan funestos.

El perpetuo antagonismo y la sistemática contraposición que nuestros ensayistas literarios se complacen y ahincan en establecer entre nuestras dos mayores urbes históricas, no es siempre exacto. Lima no fue fundada en región anónima, desnuda de todo recuerdo autóctono: las ruinas de Huática, las del oráculo de Rimajtampu y las insignes de Pachacámaj, bastan a demostrarlo. El incaico Cuzco tiene en templos y edificios, levantados sobre los sillares indígenas, el más genuino caserío español que cabe imaginar. Cuzco, el grave, sombrío y tétrico, presenta trozos de amena y fresca alegría campesina; y Lima, la risueña y gentil criolla, ofrece en paisajes y memorias, en su pasado histórico y su actual aspecto, hechos y rincones de la más legítima y luctuosa tragedia.

En esto de las comparaciones, aunque todo conocimiento las supone, hay que proceder con veracidad y prudencia, porque el error nace de nivelar términos desproporcionados. No otro es el caso de la equivalencia o ventaja que los indigenistas pretenden atribuir a la cultura incaica respecto a la española, traída por la Conquista, y continuada y mejorada en el considerable período del Virreinato. Comparar la civilización muy relativa e imperfecta del Tahuantinsuyo incaico, con la de la España de Carlos V, es como comparar una criatura de dos años con un robusto y gallardo joven de veinte. El Perú de los Incas era una civilización muy primitiva, que salía de la piedra tallada y entraba en el período del bronce, que ignoraba el arado, el torno y la columna, sin más animal doméstico que el llama, apenas con atisbos de bóvedas, reducida a escasas plantas alimenticias, y no obstante pictografías groseras, sin escritura fonética ni jeroglífica, ni más medio mnemotécnico que los cordeles de quipos. Al lado de esta cultura, inferior a la mexicana, las primeras épocas de Troya, de Egipto y de la China, parecen prodigios de complicación y modernidad. Puede el moralista paradójico preferir un estado social incipiente a otro adelantado; pero el historiador desde su punto de vista no acepta valoración semejante. La conquista española en sus primeros momentos fue, como toda guerra, una barbarie destructora; pero la colonización emprendida al par de ella trajo a nuestro suelo elementos esencialísimos, desde los metales y la moneda, animales y plantas útiles, y formas de convivencia adultas, hasta la religión, las letras y las ciencias. Llamar bárbara e inferior la espléndida y predominante sociedad española del Renacimiento, dominadora y dechado del Mundo, poniéndola en cotejo peyorativo con la meramente curiosa civilización incaica, es un garrafal y redondo disparate. El Imperio de los Incas no puede ni siquiera equipararse con el antiguo México, dentro de un desapasionado y exacto criterio cultural. El

mundo maya y el nahua, a pesar de sus crueles ritos sacrificatorios, se hallaban mucho más adelantados que el Perú, por el comercio, las técnicas industriales y la escritura. Conviene que reconozcamos francamente todo esto, para no alimentarnos de ilusiones retrospectivas, que para nada sirven, y para que no nos escandalicen las aserciones de los más formales y abonados investigadores extranjeros. Lo que hay de más curioso y verdaderamente característico en el mundo incaico, es su organización social colectivista, su cuidadoso socialismo de Estado, en extremo refinado y quebradizo. He aquí la razón a medias oculta, extrínseca y adjetiva en todo caso, que suscita los panegíricos de tantos aficionados entre nosotros y aún en Europa. Pero ni siquiera es única ni original esta organización colectiva en la apropiación y cultivo de las tierras. El sistema de la propiedad territorial del clan ha existido en casi todo el globo, y constituye la época primitiva de la agricultura dondequiera. El ayllu peruano es el mismo *calpulli* mexicano, el *nomos* egipcio, la *desa* de Java, el *mir* eslavo, etc., etc. En el Perú se perpetuó, desarrollándose con medidas complementarias de socialismo de Estado, por razón del propio atraso y por la pobreza agrícola del territorio, que impone la concentración y limita la individualidad, según la atinada observación del moderno sociólogo Baudin. Mas sean las que fueren las diferencias y ventajas de la civilización española frente a la incaica, concurrían ambas en la amplitud y generosidad de su ideal. Por mucho que, como ya lo he expresado, fuera el Imperio de los Incas una sociedad de jerarquías y clases, era también un imperio expansivo, no fundado exclusivamente en el temor y el escarmiento, sino en la cooperación, en el bienestar, y en el recíproco amor entre dominadores y vasallos. Trataba a los países extraños, cuya conquista emprendía, en calidad de hermanos descarriados, que reducía a las leyes de la razón y la moral, muy al revés de la encarnizada xenofobia que animaba a los

aztecas. La civilización española era también, y con mucho mayor excelencia que la incaica, acogedora y humana. Sirvan de testimonio irrefutable las Leyes de Indias, de tan alto espíritu; la acción de los misioneros, tan favorable a los indios; y la conducta de la Corona, que por hacerlos libres en el Perú, no vaciló en afrontar terribles sublevaciones al principio de la época colonial. Es justo proclamar todo esto, y reconocer que no fue la codicia el único móvil que guió a los conquistadores. La propia institución de la mita o trabajo obligatorio, propensa a innumerables abusos, fue legado de los Incas al régimen colonial, sin que éste hiciera más que limitarla a determinadas ocupaciones, de universal que antes era. El enlace de dos civilizaciones de tipo humanitario tuvo que ser fecundo, por grande que se advirtiera la desproporción entre el desarrollo de ambas. Y de hecho, tras los primeros años de desconcierto, inevitables en toda unión forzada de dos pueblos, la fecundidad del mestizaje, no sólo material sino moral, quedó patente. No conozco afirmación más injuriosa para el peruanismo que aquella de ser inasimilables sus dos razas esenciales, la hispana y la india. Si tal fuera, el Perú resultaría un aborto. Y esperamos y constatamos que no lo es, por los tipos humanos que ha producido, desde Garcilaso hasta nuestros días, mestizos insignes de sangre y de alma. Ninguno de ellos, sin envilecerse y renegarse, puede, so pretexto de honrar a la madre, calumniar al padre generoso que le dio nombre, educación y linaje. El indigenismo exclusivo y frenético, el antiespañolismo obcecado y delirante, no es ya un error lícito, después de las conciencizadas rehabilitaciones históricas, producidas y documentadas en los últimos decenios: es una arma de combate esgrimida por manos desleales, a las que la verdad no ata ni rinde; es la máscara gesticulante, fraudulenta y ominosa de la revolución bolchevique, decidida a atizar y utilizar los más bajos rencores de las razas. Los indianófilos de este jaez no son

ciertamente continuadores del espíritu incaico, que era de paz, armonía y conciliación de tribus; son a lo sumo herederos de lo que los cronistas apellidan behetría preincaica, de la anarquía rabiosa, a la vez mezquina y espantable. Como por felicidad no pertenezco a tan menguada escuela, quiero en este aniversario pedir ejemplos de energía y hermosura moral a las dos edades cuzqueñas, la imperial incaica y la igualmente imperial de la conquista castellana.

A mediados del siglo XIV, Yáhuar Huájaj, el segundo soberano de la dinastía de Hanan Cuzco, ocupaba el trono cuzqueño y era jefe en consecuencia de la confederación incaica. A pesar del monótono ritmo ascendente y magnífico que los relatos de Garcilaso dan a toda la historia incana, parece que la segunda dinastía hallaba grandes tropiezos para la expansión y aun para la conservación de su poderío. Se resistían porfiadamente en el Sur los collas, cuyo influjo levantisco alcanzaba hasta la provincia de Canchis; y hacia el Oeste, la federación chanca retenía la comarca de Andahuaylas, arrebatada poco tiempo antes a los quechuas, fieles aliados y clientes de los Incas. El monarca Yáhuar Huájaj carecía de las dotes necesarias para conjurar la difícil situación, porque en su ánimo predominaban las tendencias indias a la irresolución, la desconfianza, y la excesiva pasividad y mansedumbre. Viva antítesis suya parecía su hijo Inca Rípaj, de índole brava, rigurosa e indomable, y al cual el padre, desavenido con él por natural incompatibilidad de caracteres, había desterrado a los campos de Chita. Así este vehemente príncipe, en el bárbaro imperio americano, viene a recordarnos las figuras europeas de Sancho IV, rival vencedor de su padre Alfonso el Sabio, o de Federico II de Prusia y del bizantino Juliano, herederos en desgracia, tenidos por impropios para reinar a causa de sus mismas cualidades, y que por ellas lograron variar los rumbos de sus precursores. Llega de pronto al Cuzco la nueva de la invasión chanca que, con

inaudito empuje, atraviesa el Apurímac. Yáhuar Huájaj y su hijo predilecto Inca Urco, sin recursos ni alientos para resistir, abandonan la capital y se retiran a Muyna. Cunde el pánico. Aceleran los chancas el ímpetu de su ataque; y por la huída general de los cuzqueños, los palacios y templos de la ciudad santa, ya amagados de cerca, están a punto de ser presa de los invasores bárbaros. Sólo Inca Rípañ, el desterrado príncipe, no se amilana. El ya había anunciado a su padre el peligro, relatándole una maravillosa visión, por lo cual fue amenazado de muerte en la corte, muy poco antes de producirse la agresión chanca. Ahora, realizados sus vaticinios, vuelve a presentarse, armado de una lanza, ante el padre fugitivo, le afea su pusilanimidad y declara su intención de resistir en el Cuzco hasta la muerte. Muchos le siguen, alentados por su actitud; y el primer combate, a estar a los más antiguos cronistas, debió librarse en el arrabal de Carmenca. Las mujeres participan en la reñida defensa de la capital, y la princesa Chañan Curi Coca hace en esos parajes lo que en la antigua Roma hizo Clelia contra Porsena y sus etruscos. Las diversas tribus incas y los aliados quechuas, reanimándose al saber la prolongada resistencia capitaneada por el príncipe heredero, acuden en su auxilio; y el poema épico incaico que describía estas lides, las simboliza en guerreros milagrosos que nacían de las piedras, y en fuentes sagradas que dan refrigerio a los vencedores en la gran llanura de Yahuarpampa, hacia Anta y Zurite. Allí la mente indígena imaginó a sus héroes abrevándose, tras la porfiada lucha, como Cástor y Pólux en el estanque del Foro romano, después de la batalla del lago Regilo. El joven Inca, para hermanarse más con sus fieles auxiliares quechuas, invoca al antiguo dios común Huiracocha, lo declara superior al Sol y adopta su nombre. Sigue dando alcance a los vencidos chancas, atraviesa vengador el Apurímac, recorre las provincias enemigas, y torna al Cuzco en triunfo a destronar a su padre y a colocar en

el Coricancha, en lugar eminente, sobre el dios solar Púnchau y todos los otros ídolos, la imagen del Huiracocha primordial, divinidad de la raza quechua. Las escenas de triunfo que los más exactos analistas nos trazan, difieren mucho de los apacibles colores de Garcilaso. El Inca, a la manera asiria, pisaba a los curacas vencidos y prosternados como un vivo tapiz de victoria. Bastantes de los cautivos hubieron de ser sacrificados, pues los cronistas castellanos describen tiempos en que se conservaban sus cráneos y sagrados tambores hechos con el cuero de los desollados. No obstante tales rasgos de atroz barbarie, la defensa del Cuzco contra los chancas por el Inca Huiracocha es una espléndida epopeya. Fue el cimiento de las grandes conquistas incaicas, que en cuatro sucesivos reinados se dilataron por miles de leguas, hasta Pasto al norte de Quito, y por el Sur, cuando menos en rápidas incursiones, llegaron mucho más allá del Maule, que es la frontera generalmente señalada, y penetraron hasta las propias tierras del Arauco, donde erigieron los Incas sus más remotos altares, creyendo divisar los postreros confines del Mundo.

Dos siglos después de la derrota de los chancas, la historia del Cuzco nos ofrece otra épica lección con la defensa de los conquistadores castellanos, asediados por Manco II. Este último soberano incaico, desengañado del poder quimérico que los españoles apenas le toleraban, y deseoso de recuperar su libertad y su patria, huyó del Cuzco y se hizo fuerte en la quebrada del Urubamba, rodeado de casi todos sus dignatarios y parientes, y seguido por la mayoría de sus súbditos. Sólo las naciones cañaris y huancas, y algunos yanacunas y mitimaes, categorías inferiores en la sociedad indígena, no participaron del alzamiento. Juan Pizarro, al frente de una columna, se vio derrotado en el río de Yucay y tuvo que retroceder acosado hacia el Cuzco, adonde lo llamaba su hermano Hernando. Innumerable cantidad de indios armados se precipitó sobre la ciudad y

le puso durísimo cerco, en Abril de 1535. Era principalmente la nación de los incas, con sus ayllos o clanes en pie de guerra, revestidos de chaperías y plumajes, provistos de armas de toda clase, arrojadizas y algunas incendiarias, picas, partesanas, porras, mazas, y aún espadas españolas, que de los cautivos y muertos españoles se conseguían. Al primer embate nada resistió. La fortaleza de Sacsayhuamán fue desocupada por consejo de Juan Pizarro. Era una inundación espumosa e infinita, como un océano desencadenado. Calculan los cronistas que los sitiadores serían hasta doscientos mil, de ellos ciento veinte mil guerreros, y ochenta mil indios de carga y bagajes. Los testigos más moderados no bajan de la cifra de cincuenta mil asaltantes. Para oponerse a tal ingente masa no había sino doscientos españoles, ciento veinte de a caballo y ochenta peones. Apretados de todas partes, redujéronse al centro de la ciudad, en la gran plaza a orillas del Huatanay, que abarcaba entonces las dos actuales. Los edificios del contorno estaban medio consumidos por el incendio, pues las techumbres de paja y las vigas de madera ardían con los algodones encendidos y bituminosos que lanzaban como granizo los sitiadores. Formaban los españoles un cuadro en que los de a caballo cubrían a los infantes. Velaban día y noche armados. De tiempo en tiempo una carga de caballería, de preferencia hacia la región llana, donde se erigió después el Hospital de Indios, aliviaba un tanto el cerco y permitía algún rato fugaz de seguridad. Por los callejones empinados, que componían la mayor parte de la ciudad incaica, no se podía transitar. Impropios para el ataque a caballo, estaban ganados por la indiada, que se agolpaba y rugía sobre los muros de piedra, echando sobre los blancos galgas y dardos. Construían además los incas unas recias empalizadas, para cerrar el paso a la caballería. Por las noches los peones castellanos, seguidos de algunas centenas de indios amigos, se afanaban en deshacerlas. Dice Pedro Pizarro que el as-

pecto de los cerros próximos, cubiertos por el enjambre de los indios sublevados, era el de un movedizo paño negro; y que la grito ensordecedora de la muchedumbre, exaltada por las bocinas y los *pututos* o cuernos indígenas, parecían hacer temblar la tierra. De noche relumbraban las hogueras, innumerables como las estrellas del cielo; y sobre el fondo rojizo de estas luces de los indios, se recortaban, como trozos de azabache, los cubos de la gran fortaleza, recobrada por los incas. Hubo españoles que, para librarse de las flechas y el humo de los incendios, fueron de parecer de recluirse en el palacio de Hatuncancha, por el lado donde hoy está la Catedral; pero la opinión se desechó, comprendiendo los más avisados que les tapiarían con piedras la única puerta de aquel cercado inmenso, y los ahogarían adentro bien pronto. Proponían otros romper a viva fuerza el asedio, desocupando la capital, como se hizo en México. Hernando Pizarro se opuso, afirmando que no desampararía la ciudad ganada, aun cuando hubiera que resistir por seis años. Los días más duros fueron del 5 al 21 de Mayo. Escaseaban muchísimo los víveres y el agua. Los indios se encarnizaban contra los caballos, en que consistía lo más de la ventaja española. Cuando derribaban alguno, se precipitaban con gritería redoblada y le cortaban manos y pie. Lanzaban con frecuencia al campo de los españoles las degolladas cabezas de los cautivos y de los asesinados en las provincias, que no fueron menos de trescientos. Convenciónense con esto los españoles que todo el país estaba perdido para ellos, y que el Marqués D. Francisco había sucumbido en Lima. Así lo clamaban, gesticulando, los indios lenguaraces, que se explicaban a medias en castellano. Pero un día, por el mismo arrabal de Carmenca que ya he nombrado cuando el ataque de los chancas, cayó rodando un saco: encerraba ocho cabezas de infelices Encomenderos degollados; y junto con ellas, por industria de un español cautivo, tráfuga involuntario, venía un gran paquete de cartas, cuya

importancia no sabían aquilatar los indios. Por éstas se enteraron los sitiados de las consoladoras nuevas de la victoria en Lima. El Marqués Pizarro y sus Encomenderos y soldados habían rechazado al ejército de Titu Yupanqui en las cargas de caballería por los sitios que después fueron la plaza de Santa Ana y la pampa de San Cristóbal, lugares históricos de nuestra costeña ciudad. Prometían las mismas cartas el próximo envío de auxilios para desercar el Cuzco. Con esto aumentaron los bríos en los fatigados defensores. Para complemento de consuelo, venían cartas de la lejana Europa, en que se relataban la espléndida victoria de Carlos V contra los moros en Túnez y La Goleta, y el jubileo concedido por el Papa. Por los mismos días se recuperó la ciudadela de Sajsayhuamán. Dirigió el ataque nocturno el esforzadísimo Juan Pizarro. Treparon por las callejuelas y las empinadas cuestas, salvando en la noche, con mil ardidés, las empalizadas y las barricadas de piedras con que los incas se defendían. Al amanecer emprendieron el asalto de la fortaleza. Cayó Juan Pizarro con el cráneo roto por un peñasco que le echaron de la torre mayor; y se lo llevaron exánime al Cuzco, donde agonizó por quince días. Pero sus hermanos al frente de una nutrida columna escalaron y ocuparon las torres del grandioso monumento, que ahora se explora en su complicada integridad. Era defensor del torreón principal un indio noble, al que la tradición apellida Cahuide, sin que yo recuerde haber leído este nombre en ninguno de los documentos primitivos. Alma de la resistencia, el valeroso *orejón* mataba a sus compañeros que trataban de rendirse, rompía las escalas de los castellanos y los precipitaba al abismo, manejaba con extraordinaria bizarría las armas españolas de que se habían adueñado; y cuando vio imposible toda resistencia, se cubrió con el manto la cabeza y se estrelló en la profundidad del campo inmediato.

Con la pérdida de la fortaleza quedaron los sitiadores muy desengañados. Poco a poco fue aflojando el asedio. En

las largas semanas que siguieron, hubo una serie de lances singulares, hazañas heroicas que parecen desprendidas de los romances fronterizos de fines de la Reconquista o de las octavas del Ariosto y del Tasso. El ingenuo Pedro Pizarro nos ofrece una galería de proezas, como en un *cantar de gesta*. Allí relumbran los hechos de Gabriel de Rojas, de Gonzalo Pizarro, de Maldonado, de Pedro del Barco y de Miguel Cornejo, apellidado el Bueno por antonomasia. Con la derrota de Lima y el avance de Alonso de Alvarado en el valle de Jauja, la proximidad de las sementeras y los anuncios del regreso de Almagro desde Chile, se fue ensanchando y debilitando el asedio; y los indios, en extremo escarmentados por los caballos, se retiraron a los cerros vecinos. Entonces fue la época de las excursiones por todo el valle, para traer comida, que tanto faltaba. Peligrosísimas eran estas expediciones, cuando había estrechuras y desfileros adecuados a las galgas. En una de ellas se alargó Gonzalo Pizarro hasta Jaquijahuana, lugar donde algunos años más tarde había de morir. En esta ocasión, poco faltó para que pereciera: los caballos de los suyos estaban tan fatigados y temblorosos con los galopes de las incesantes cargas, que los indios se avanzaban hasta tirarles de las colas, y había que defenderlos cuerpo a cuerpo a lanzadas y estocadas. Supo Hernando Pizarro el aprieto en que estaba su hermano; hizo repicar las campanas del Cuzco, llamando a socorro; y salió a auxiliarlo en su regreso, cuando ya los expedicionarios apenas se podían tener, rodeados por una nube de envalentonados indios, a los que hubo que ahuyentar, no sin gran trabajo. En otra salida, Gonzalo Pizarro apresó dos indios, que confirmaron las nuevas del regreso de Almagro y del avance de Alvarado. Con esto se desalentaron más los asaltantes día a día; y al fin el Inca se retiró con su guardia y objetos sagrados a la lejana fortaleza de Ollantaytampu, donde por última vez pudo hacer frente victorioso a la acometida de Hernando Pizarro.

Aprovechemos estas lecciones de la historia cuzqueña con un alto y comprensivo espíritu de peruanidad total. Pidámosle a cada una de las dos razas históricas la enseñanza y el ejemplo de sus respectivas cualidades. A la incaica, su disciplina, su jerarquía, su unidad, su sentido de la autoridad y la tradición, de parsimonia y de prudencia, cualidades todas que son esencialmente conservadoras y *derechistas*, porque el indio necesita el molde de una organización vigorosa y estable para producir obras duraderas como el granito o el cimiento romano. Entregado a la anarquía y a la flojedad individualistas, no saldrá nunca de lo que fue su primitiva behetría o barbarie; y quedará estéril, gris, inerte y tenue, como las arenas del desierto. Para aunarse en compacta y poderosa masa, necesita el impulso que concentraron en sí las supremas clases incas, y que luego pródigamente trajeron y desparramaron los conquistadores castellanos. Aprendamos de éstos, que también son nuestros padres, el arranque, la generosidad, la decisión y la audaz valentía españolas. Reunidas las cualidades de ambas estirpes, mantenidas y acendradas por una racional educación histórica, llegará el Perú a una plena conciencia nacional; y venciendo las ruindades y apocamientos que nos asechan, podrá salvarse de los más duros trances, fijar las contingencias de su vida, detener la móvil rueda de la fortuna, y lograr la reputación, la prosperidad y la animosa confianza en lo futuro que nuestro país necesita y reclama.



XII

EN EL DIA DE LA RAZA

*Discurso pronunciado en el Casino Español de Lima el 12 de octubre de 1934. Se publicó en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1938, T. II, pp. 169-174.*

**A**UNQUE completamente desprevenido, y en consecuencia sujeto a todas las incorrecciones de una verdadera improvisación, no puedo desestimar la amable petición que aquí se me hace para que tome la palabra; y a ello estoy aún más obligado después de los elogiosos términos con que el Sr. Ingeniero Dupuy, Presidente de este Casino Español, ha aludido también, según entiendo, a mi persona. No necesito encarecer la profunda satisfacción que me colma, el verme reunido con vosotros en este día consagrado a la celebración de nuestra raza común. Me he sentido siempre tan español como cualquiera de vosotros; y reanudando la terminología de los antiguos siglos de unión, deberíamos llamarnos todos, como hasta principios del XIX lo hicimos, españoles, porque eso somos en el alma y en la esencia, españoles peninsulares vosotros, y nosotros españoles americanos. Concurren hoy a aumentar nuestro júbilo diversas circunstancias muy notorias, entre las que no quiero mencionar sino la sugestiva proximidad del cuarto centenario de Lima, que con sus inmediatas evocaciones

intensifica todavía más el carácter españolísimo de esta castiza ciudad, y hace revivir los recuerdos de los conquistadores nuestros abuelos, que reposan en los antiguos templos y que fueron hermanos de vuestros progenitores.

Si, como decía el Sr. Dupuy, los santos atavismos de la raza hablan en mí, y en los que conmigo piensan y sienten; si tenemos a gala y orgullo merecer y sublimar el mote de neo-godos que nos aplican, y que es altísimo timbre de honor, porque expresa la ostensible consecuencia consciente en nuestro ser y perdurables destinos; si cultivamos con amor la continuidad histórica y la solidaridad étnica, pese a las vicisitudes y a los obstáculos, y por encima de las distancias en el tiempo y en el espacio, porque la fuerza y densidad de la sangre es vencedora de los siglos y de la inmensidad de los océanos, estos impulsos sentimentales se hallan corroborados y justificados por los resultados de la crítica moderna y de las investigaciones históricas. Los archivos han hablado, la luz se ha hecho; y documentos infinitos, cada día mayores y más terminantes, demuestran los beneficios de la colonización hispana, y rebaten las exageraciones monstruosas en que incurrieron el Padre Las Casas y sus discípulos y extranjeros secuaces, que llegaron a convencer y amedrentar a los españoles de ambos mundos en las pasadas generaciones, y a hacernos dudar injustamente de nuestras propias y ancestrales virtudes. Esa onda artificial de desprestigio, acrecida por las envidias de los antiguos rivales, y acogida sin discernimiento ni diques por nuestros sencillos y remotos padres, que aceptaron la derrota material, muy reparable, y así la hicieron, por espiritual, definitiva y absoluta, llegó hasta nuestras playas, hasta este Perú, entre los países americanos el más filialmente adicto a la Metrópoli, pero cuya propia docilidad lo hace de continuo juguete fácil de las estrepitosas novelorías forasteras, sobre todo si halagan sentimientos de

barata popularidad y de pequeñez lugareña. Así se explica la mentalidad pseudo culta del anterior siglo, desde la hispanofobia delirante de los declamadores y demagogos revolucionarios, hasta los conceptos depresivos y pesimistas sobre el régimen colonial y la herencia española, que disfrazados de documentación erudita y positivista ecuanimidad, inficionaban todavía, como amargos frutos de suicida descastamiento, nuestra escasa producción histórica criolla de mediados y fines de la última centuria. Ahora, aun el más prevenido en contra de nuestro pasado hispano, si quiere proceder con decoro y alguna circunspección científica, no puede suscribir los viejos dicerios. La actual información histórica lo veda. Quédese para soflamas subversivas, producto de mentes obcecadas y pasto de inteligencias inferiores, la rotunda afirmación aquella de haber los conquistadores del Perú despojado de sus tierras a las comunidades indígenas. Lo cierto y comprobado es que, salvo abusos bastante raros, las tierras repartidas a los españoles fueron las *públicas*, de los Incas, del Sol y de las Huacas; que los ayllos siguieron por lo común en posesión de las que para sí cultivaban; y que cuando alguien intentaba arrebatarélas, sus propios Encomenderos, tan acriminados por nuestros sociólogos diletantis, acudían a defender a sus vasallos, nó por caridad ciertamente, sino porque la disminución de terrenos de comunidades les irrogaba el clarísimo perjuicio de mermarles los tributos. Las Leyes de Indias, cuya inspiración paterna reconocen y alaban los más encarnizados enemigos del sistema colonial, no fueron en la práctica tan ineficaces e inobservadas como se ha pretendido al poner de resalto particulares infracciones, debidas a la lejanía y a nuestra consuetudinaria lenidad. Comparado ese Código con la legislación anglosajona de la misma época en las colonias americanas, y la poco posterior en las posesiones de la Compañía de la India, reclama, no ya sólo obligada y tibia aprobación teórica, sino ferviente y admirativo aplauso.

Cuanto al famoso monopolio que el librecambismo manchesteriano del siglo pasado tanto estigmatizó, escasa autoridad tienen para condenarlo hoy los propugnadores del proteccionismo, autarquía o autonomía nacional económica, dominantes dondequiera en la hora actual. Muchos de los que me oyen saben por experiencia que los vinos españoles no pueden al presente entrar en nuestro mercado, por protección a los nuestros, llevada a los rigurosos términos de proscribir en realidad los ligeros y de lujo. No otra cosa hacíamos, cuando éramos un solo inmenso todo, para defendernos de la importación extranjera y repartir el cultivo interno en zonas, conforme a los dictados de lo que hoy se llama economía dirigida. Y en lo tocante a esta redistribución interna, recordemos que el Perú, privilegiado siempre por la Madre Patria, obtuvo expresas autorizaciones para producir la vid y el olivo; y en los dos primeros siglos de la colonización, bajo la dinastía austriaca, se fomentó, aun con detrimento de la Península, la industria naviera en el Pacífico y la fabril de nuestros antiguos obrajes, que tanto como la minería y la agricultura, fueron la base de nuestra innegable prosperidad en el siglo XVII, y que al cabo de un abatimiento dos veces secular vuelven a reabrirse en las mismas localidades que animaron y enriquecieron en los mejores tiempos del Virreinato. La mentalidad del siglo XVIII y las prácticas económicas del XIX, antitéticas a las del nuestro, determinaron nuestro apocamiento recíproco, y agravaron e hicieron postración perdurable lo que, sin amilanarse y renegar de sí, pudo ser sólo transitorio contratiempo. Los émulos de entonces, que ya van igualmente en camino de bajada, unos por otros vencidos, y maltrechos casi todos, no pueden hoy enrostrarnos lo mismo que comienzan a experimentar y sufrir.

Por haber abjurado de nuestra genuina personalidad en el siglo XVIII, sobrevino a principios del XIX el cataclismo que, con la invasión napoleónica y la Independencia,

nos separó inevitablemente y produjo una nueva forma de vida. Ocurrió lo que con los sistemas planetarios. La enorme masa luminosa se dividió en astros, y nosotros constituimos los planetas y asteroides; pero en esta división puede y debe haber unidad y armonía, porque hay gravitación, atracción hacia el cuerpo central, hacia el Sol, foco y padre de todo el sistema. Y Sol continúa siendo, a pesar de sus eclipses y desmayos, la siempre amada Metrópoli. Que no se entibie, que no se debilite, que no se divida y cerceñe aún más, porque la gravitación disminuiría; y nuestro sistema planetario español de los dos hemisferios es necesario en su integridad y fuerza para el equilibrio material y moral del mundo, para conservar la salud, la tranquilidad y la heroica nobleza de la cultura blanca, cristiana y occidental. Por eso el voto y el ruego más vehemente de vuestros leales hijos es que no os disminuyáis, que no os desgarréis, que no imitéis los locos extravíos y las desacordadas mocedades nuestras, sino que seais inviolable dechado, honor y orgullo de vuestra progenie. Y en consonancia con estos anhelos brindemos, juntos y fervorosos, por nuestra común Madre España, por la verdadera, la auténtica, la grande, la fecunda, la tradicional, la gloriosa, la íntegra, por la que a todos nos une en sus esplendorosos y benditos recuerdos, y en sus perennes e inmortales esperanzas.



## **XIII**

### **EL LOCAL DEL MUNICIPIO LIMEÑO**

*Carta al Alcalde de Lima D. Luis Gallo Porras, del 9 de noviembre de 1934, apoyando el proyecto de recuperación del antiguo local del Cabildo de Lima en la Plaza de Armas. Se publicó en El Comercio de Lima, el 11 de noviembre de 1934; en La Prensa de Lima, en la misma fecha; y en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1938, T. II, pp. 175-179.*

**C**ONOCIENDO el celo y el entusiasmo de Ud. por el mejoramiento de la ciudad, y sus fecundos esfuerzos, de que todos somos testigos, para la decorosa celebración del próximo cuarto centenario, me permito exhortarlo públicamente a que no abandone el proyecto de recuperar el antiguo local del Concejo en la Plaza de Armas. Esa recuperación, indispensable por mil motivos evidentes de todo orden, fue uno de mis más fervorosos intentos mientras desempeñé la Alcaldía, y continué procurándola después, como ministro y como particular. No ignoro que Ud. participa de mis ideas. Ambos nos hemos visto momentáneamente detenidos por dificultades secundarias y accesorias. Las he creído siempre y las sigo creyendo ahora muy superables. No es posible resignarse a que por diferencias que apenas montan algunas decenas de miles de soles, pierda nuestra ciudad, definitivamente quizás, el histórico, tradicional y adecuadísimo lugar de su administración comunal. La Compañía propietaria hoy de aquel derruido solar, tiene sin duda derecho a su justa indemnización, por compra o permuta;

pero si los fondos votados para el centenario no bastan a cubrir este desembolso, el Congreso en funciones puede conceder la suma necesaria. Sería la mejor y la más estable inversión de las que se hagan para la conmemoración de ese Centenario IV. Las ceremonias de las fiestas pasarán, y se desvanecerá su eco; los monumentos obsequiados por las provincias, no son imprescindibles, y tal vez constituyen un superfluo recargo; hay obras públicas en la parte urbana nueva aplazables o de menor significación. Lo que no admite espera es reparar el feísimo aspecto de la Plaza Mayor con este vacío, y cumplir con el imperativo y unánime voto del Concejo Municipal del 6 de Noviembre de 1923, que ordena reconstruir la Municipalidad en su antiguo sitio. El acto que revelearía mayor emoción histórica limeña, más claro espíritu de continuidad, y más apropiado homenaje a cuanto se celebra y evoca en la solemnidad del IV Centenario, es el de la devolución al patrimonio municipal de suelo tan íntimamente ligado a la historia de Lima y del Perú. De ese lugar venerable irradió toda la actividad edilicia y mucha de la política de nuestra capital por más de 380 años. El antiguo Cabildo de la Lima española y virreinal fue como el ensayo y la iniciación de nuestra vida autónoma. Después la Municipalidad republicana fue teatro de decisivos acontecimientos en nuestra historia patria. No abandonemos ligeramente el escenario de tales recuerdos. Allí podría instalarse, con el ensanche de algunas fáciles expropiaciones, un edificio municipal que armonizara con los demás públicos de la Plaza Mayor, subsistentes o en proyecto. Sólo así evitaríamos la vulgarización, la ramplonería, y me atrevo a decir que la profanación y devastación de lo principal y esencial de Lima. De otro modo, sea cual fuere la estrictez y severidad de las ordenanzas municipales en lo tocante a arquitectura, el estrago estético se hará irremediable; y no pasarán muchos años sin que veamos instalarse en aquel terreno tan céntrico algún edificio

de pacotilla, banco, hotel o *building* de oficinas comerciales. Conjure Ud. esa inminente desgracia desoladora. Bien sabemos que en muchos años, aun después de rescatado el solar de la vieja Municipalidad, no se dispondrá de los recursos para su decente reedificación; pero a lo menos habremos asegurado las posibilidades de lo porvenir. Tendremos por lo pronto un jardín o *square* con el espacio indispensable para algunas de las estatuas que en tan excesiva abundancia nos amagan. Habremos contribuído con esta readquisición a no matar el corazón de la ciudad, a no desvalorizar aún más aquel núcleo de Lima, cuyos propietarios, ya tan perjudicados, merecen algún estímulo y alguna compensación, siquiera en perspectiva.

Confiado en que no desoirá Ud. este anhelo de cuantos amamos la Lima histórica, y que pondrá Ud. su actividad y tesón tan conocidos al servicio de esta constante idea, que preserva la fisonomía artística de la ciudad y resguarda sus bien entendidos intereses, me repito de Ud. atentísimo amigo y servidor.



XIV

LAS ACTAS DEL ANTIGUO CABILDO DE LIMA

*Prólogo al T. I de los Libros de Cabildos de Lima, descifrados y anotados por Bertram T. Lee, Lima, 1935, pp. IX-XIII. Se reprodujo en La Crónica, de Lima, del 18 de enero de 1935, pp. 8 y 32; y en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1938, T. II, 181-187.*

**E**NTRE las obras suscitadas por el cuarto centenario de Lima, es una de las más útiles y duraderas la edición de los libros de Cabildo por Mr. Bertram T. Lee. Urgía corregir y continuar la de Torres Saldamando, impresa en 1900 aunque ejecutada desde 1888, y plagada de errores, no sólo en los *Apéndices*, sino en el propio texto. Importaba, sobre todo, no detenerse, como Torres Saldamando y sus colaboradores, en el primer tomo o *Becerro*, sino proseguir cuando menos con los del siglo XVI y la primera mitad del XVII, cuyo tenor requiere casi igual laboriosa descifración. Así lo entiende y proyecta Mr. Lee; y así lo anhelamos fervientemente cuantos nos interesamos por la historia patria, pues los anales del Ayuntamiento limeño son documentos capitalísimos para el estudio del pasado peruano. Únicamente en vista de ellos pueden apreciarse, con certeza y justicia, los sucesos de la antigua Lima y del Perú Colonial.

Se perdió por desgracia, en muy remota fecha, el segundo *Becerro*, que contiene las actas capitulares desde el 27 de Octubre de 1539 exclusive hasta la del 4 de Enero

de 1544; es decir, lo tocante al asesinato de D. Francisco Pizarro y la rebelión de Almagro el Mozo, el nuevo Cabildo que éste formó con sus parciales, la guerra de Chupas y el gobierno de Vaca de Castro. No es seguro si se destruyó de propósito, para ocultar el proceder de los que fueron facciosos o tuvieron que sometérselos; o si se extravió casualmente, en el siglo XVII, como pueden hacerlo suponer determinadas noticias que alega el P. Cobo en su *Historia*. También se desglosaron numerosas hojas de los años 1544 al 48, relativas a la insurrección de Gonzalo Pizarro, como por la misma razón lo hicieron los Cabildos de las demás ciudades. Faltan después, en los posteriores años, por mala encuadernación o ignorados motivos, algunas otras actas; pero las muchas restantes de los voluminosos códices, bastan a suministrarnos la más cabal imagen de nuestro período español. Mr. Bertram T. Lee, con la dedicación que tanto lo honra, y la tranquila minuciosidad y escrupulosa exactitud característica de su raza, debe traducir e interpretar las obscuridades paleográficas de las dos primeras centurias, sin limitarse a las juntas y acuerdos propiamente dichos, antes bien incluyendo en el trabajo los cuadernos de Reales Cédulas, con minutas virreinales al margen, los de aranceles y diversos manuscritos de esa edad, recopilados algunos en 1633 por D. Antonio Román de Herrera Maldonado y en 1713 por D. Francisco Alvarez Gato, y existentes en el Archivo Municipal.

Entre infinitas curiosidades, los libros de Cabildos de Lima y sus documentos conexos, nos instruyen sobre la repartición de solares y estancias (o sean huertos pequeños contiguos), el crecimiento y progresos de nuestra ciudad, las tasas y ordenanzas de mercaderías, pesas y medidas, ganados, víveres, aguas, barcos que entraban en el Callao, gremios de oficiales mecánicos, procuradores generales que con importantes encargos iban a España, las dos sublevaciones de indios (la de 1536 y la de 1539, provocada esta

última por los excesos de Alonso de Mercadillo); las precauciones higiénicas y cuarentenas contra las pestes, como la establecida contra la epidemia que devastaba México por los años de 1560, contra la de los valles del Norte en 1589; los ecos que en nuestro medio despertaban, y los donativos que demandaban, los mayores acontecimientos de la inmensa monarquía, las guerras contra el Turco, navales o terrestres, en el Mediterráneo como Lepanto, o en Viena y Buda, y los aprestos de Armados contra Isabel de Inglaterra y contra los sucesivos corsarios. La noticia de la destrucción de la Invencible llegó a Lima el día 29 de Agosto de 1589; y el Cabildo votó en seguida la apreciable suma de veinte mil pesos para las nuevas defensas bélicas, tomándolos a censo sobre los Propios, y haciendo los Regidores renuncia de sus salarios por cuatro años (Acta del 9 de Setiembre de 1589). Todo esto y mucho más hallará el historiador en los seis primeros tomos que ahora se imprimen; y en los venideros, que próximamente esperamos.

El Ayuntamiento de Lima era, como dice Solórzano, “el gobierno político, prudente y competente de la ciudad, elegido por sus mismos Vecinos y moradores, con jurisdicción civil y criminal ordinaria”; y según Juan de Matienzo, “de derecho natural” (Solórzano, *Política Indiana*, Libro V, cap. I; Matienzo, glosa 21, Nº 15 en el Libro V de la *Recopilación*). Por él se mantenían y acrisolaban “las costumbres y preeminencias de los habitantes de Indias”; y los dichos “se veían ocupados y honrados, y daban muestras de su ingenio y capacidad”, conforme lo explica el mismo Solórzano (*Ibidem*). Para que sus Alcaldes conocieran libremente en primera instancia, consiguió pronto Lima del Rey la supresión del Corregidor, que les hacía competencia; y desde entonces juzgaron civil y criminalmente en primer grado, aun siendo los demandados Oidores. Cuando éstos comparecían como reos, conocían en lo penal conjuntamente el Vierrey y los Alcaldes de Lima, al revés

de lo que se observaba en México, donde se reservaba tal jurisdicción sobre Oidores a sólo el Virrey (Ordenanzas de 1530 y 1563; Reales Cédulas de 1550 y 1552). La policía o gendarmería de la *Santa Hermandad* estaba sujeta al Cabildo; y su Alcalde particular, que a los comienzos solía ser el Ordinario saliente, logró al fin asiento y voto estables entre los Regidores. Reputábase privilegio señalado de Lima, selección extraordinaria del restringido sufragio, que uno de los Alcaldes se tomara fijamente de entre el cuerpo de Regidores Perpetuos, verdadero patriciado u oligarquía municipal, representante de los antiguos conquistadores, habiendo obtenido nuestro Cabildo en el siglo XVII, a trueque de un servicio cuantioso en dinero, la derogatoria de la Provisión de 1537, que prohibía hacer Alcaldes a los Regidores. El otro salía de los vecinos nobles de fuera del Ayuntamiento (como ocurrió, por ejemplo, con el Señor de Valero, D. Sancho de Castro y Ribera, en 1682), o de los *situados*, o sean pobladores con rentas sobre encomiendas vacas, o de los mercaderes, con tal que no vendieran por sí ni midieran en sus tiendas, sino por factores o criados. Cuando el Procurador del Cabildo de Lima se presentaba ante el Rey, gozaba de honores de Embajador. La referida etiqueta se observó bajo Carlos II, el 23 de Junio de 1692, con D. Manuel Francisco Clerque. En las fiestas de tabla, tenía derecho el Ayuntamiento a la alfombra y a recibir la paz; y en eventualidades de mayor substancia y trascendencia, podía contribuir con sus delegados a la prevista convocatoria de Cortes de Indias, contemplada en varias Cédulas (1530, 1540, 1593).

Como todo, el Cabildo de Lima decayó y vio mermadas sus facultades en la segunda mitad del siglo XVIII. Los Propios y Arbitrios, que fueron siempre estrechos, pasaron, en virtud del artículo 30 de la Ordenanza de Intendentes, a ser administrados por la Junta Municipal, compuesta únicamente por el Alcalde de primer voto, dos Re-

gidores por turno, el Procurador General, el Síndico o Mayordomo, y un Contador. En lo judicial, desde 1786, el Juzgado de Policía (dependiente del Virrey), los cuatro Alcaldes de Corte y los treinticinco de barrio, invadieron en muchos casos las atribuciones de los Ordinarios. Amargamente se quejaban de ello los cabildantes, en las instrucciones que impartieron a su Diputado en Madrid, D. José Baquijano y Carrillo, el 17 de Enero de 1793. Pero estas mismas instrucciones (Libro 39 de Cabildos), patentizan, como en anterior estudio lo indiqué, el profundo sentido regional y particularista que de continuo alentaba a la ya por entonces declinante y menoscabada corporación. Fue, a pesar de sus desmayos, la cuna de nuestra autonomía y germen del espíritu de independencia.

Las Casas Consistoriales estuvieron, desde fines de Octubre de 1535, en uno de los solares de García de Salcedo, junto a la Iglesia Parroquial, por donde se alzó después el palacio del Arzobispo. Desplomáronse, por mal construídas, hacia 1553; y los Alcaldes y Regidores se reunían en las posadas del Virrey y los Oidores, y a veces en el convento de San Francisco. Mudáronse al cabo, en 1556, al solar de Hernando Pizarro, que habían acordado adquirir desde 1548, y que estaba en la Plaza, frente al primitivo citado arriba. Ya a principios del siglo XVII las describe el P. Cobo: "fuertes y suntuosas, con muy vistosos corredores delante de la sala del Ayuntamiento, que es una grande y hermosa pieza; y debajo la cárcel de la ciudad, con su capilla tan bien adornada y servida que se puede llamar iglesia; y en la puerta del Cabildo, hacen audiencia los Alcaldes". Este edificio, tan alabado por Cobo, era el reconstruído, tras el funesto temblor del 9 de Julio de 1586, por el Alcalde D. Jusepe de Ribera y Dávalos, y por él mismo inaugurado hacia 1610. En su espaciosa escalera, murió asesinado, el 29 de Octubre de 1659, el Alcalde D. Antonio Bravo de Lagunas (descen-

diente y mayorazgo por línea segundogénita del fundador Ribera el Mozo), cuando las corridas de toros por el bautizo del Infante D. Felipe Próspero. Derrocado por los terremotos subsiguientes, se reedificó al punto, con decoro aunque con menor lucimiento. En su nueva forma, albergaba a nuestros ediles cuando la Jura de la Patria; y así continuó, con leves modernizaciones, hasta el incendio de 1923. Hoy, doce años después del siniestro, yace tapiado, asolado y derruido, como tras las catástrofes de 1687 y 1746; y lo que es peor, enajenado a particulares. Parece que hubiéramos querido maldecir, execrar y sembrar de sal el sitio donde el 15 de Julio de 1821 prometimos solemnemente, por primera vez, ser nación soberana. Muy diversa de nuestro impío abandono ha sido la actitud de otras capitales sudamericanas para con el foco de sus memorias cívicas. La enorme Buenos Aires, tan mudada y transfigurada por su prodigioso desarrollo, no ha olvidado por ello el modesto Cabildo de mediados del siglo XVIII, que fue teatro de sus primeras revoluciones. La Intendencia ha emigrado de ese lugar; pero las arquerías y los salones del histórico Ayuntamiento bonaerense, con levísimo detrimento se conservan, como intangible museo patrio; y cuando el atropellado e ignaro vandalismo intentó arrasar la conmovedora reliquia, hombres como el General Mitre, Lamas y Puyrredón protestaron con justa alarma y enojo, y lograron defenderla y restaurarla. Ojalá, siquiera con tardanza, imitemos algún día tan saludables ejemplos. Entretanto, consolémonos pensando que, si no los calcinados muros y el solar yermo, a lo menos las acciones y recuerdos de nuestro añejo Cabildo de los Conquistadores, pródigo, hidalgo, sensato y magnánimo, se preservan en este libro, publicado en el cuarto centenario de la ciudad, bajo el amparo del Concejo, por el celo de un limeño de adopción, el erudito norteamericano Mr. Bertram T. Lee.

XV

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPOCA  
ESPAÑOLA EN EL PERU

*Ensayo escrito con ocasión del IV centenario de la fundación de Lima. Apareció en La Prensa, de Lima, el 18 de enero de 1935, p. 33; y se reprodujo en Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos), Lima, 1938, T. II, pp. 257-273.*

**D**ISTA mucho de ser una ley inconcusa el progreso indefinido y fatal en las sucesivas edades históricas. Como la felicidad humana y la cultura son conceptos bastante relativos, cada tipo de civilización posee virtudes intrínsecas, no siempre transmisibles, ni en su totalidad ni en su mayoría siquiera, a los tipos sociales posteriores. Hay excelencias que se pierden, ventajas peculiares e irreversibles, que corresponden a determinados sistemas de convivencia, a climas originales en el curso de los tiempos. Pero como las más de las adquisiciones benéficas se acumulan y transfieren a través de las generaciones en los pueblos civilizados, lo regular y ordinario es un continuo incremento de magnitudes, o sea de prosperidad material, salvo en los períodos de crisis o de indudable disolución. Por eso es natural que en nuestra historia peruana la época incaica significa una mejora respecto de los curacarzos independientes e imperios megalíticos, aunque en algunas particularidades descubran éstos más intensidad o más delicadeza, mayor empuje o primor; y por lo mismo, de manera general irrefragable, equivalió la conquista castellana a un avance

enorme, que elevó a nuestro país desde la tenue y borrosa penumbra prehistórica, la incipiente edad del bronce, el aislamiento bárbaro, la extrema exiguidad primaria de elementos de vida y alimentación, muy deficiente tracción animal, suma pobreza mecánica y desarrollo intelectual rudísimo, hasta la plena luz de la magnífica cultura europea renacentista. Todos los innegables adelantos y provechos que se cifran en la obra de los conquistadores y colonizadores españoles, no eran presumibles ni posibles entonces sin la forzada incorporación del Perú dentro de la gloriosa monarquía hispana, que emprendió y encabezó la tarea de civilizar la América indígena.

La desorbitada mentalidad liberal del pasado siglo llegó, hasta escritores equilibrados como Mendiburu (Prólogo del *Diccionario*), a lamentar que el imperio de los Incas, por inferioridad bélica, no hubiera podido frustrar la empresa de Pizarro y detener de modo permanente la invasión española. A los ojos de la experiencia histórica, ese voto retrospectivo o añoranza nos parece de todo punto desatinado e impío. Si la nacionalidad incaica, por caso de milagrosa preservación, se hubiera conservado algunas centurias soberana, su tenaz barbarie habría impedido por largo tiempo la pacífica propagación en nuestras comarcas de la cultura de Europa; y cuando al cabo de tan nocivas tardanzas, ésta se hubiera impuesto victoriosamente, la retardada irrupción habría acarreado al Perú autóctono la misma infeliz suerte que hoy toca a los países mongólicos menores, a las Chinas secundarias y subalternas, Corea, Anam, Tonquín, Tibet, Birmania, y cuando más Siam; ya que toda especie de conjeturas y probabilidades veda suponer en la psicología incaica una transformación como la estupenda japonesa, que tiene raíces y antecedentes en el carácter y el pasado nipones.

La conquista y colonización española fueron de tal entidad y trascendencia (iguales cuando menos para no-